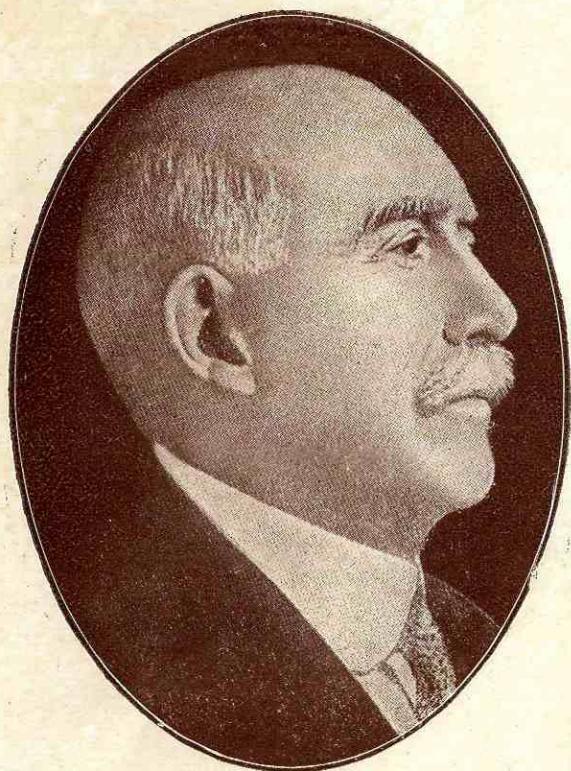


A la favorita
Graciela Santos en
Caligrafía
La profesora
Alyria Casares



SED BUENOS CON VOSOTROS MISMOS
POR ORISON SWETT MARDEN

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ



Oisonswitt Marden

Recitado a Antigüedad
— del Autor —
O. S. MARDEN

MARDEN

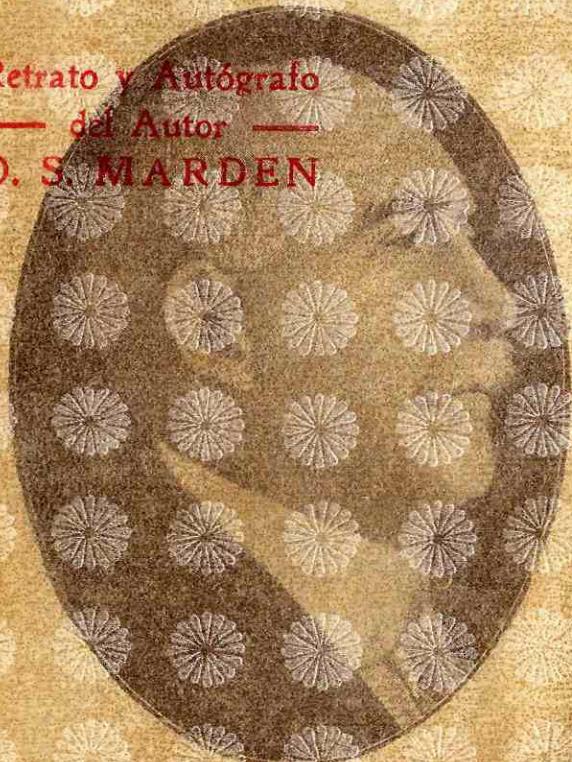
EDICIÓN ESPECIAL AL FESTIVAL

DE O. CLEMENTE

ANTONIO CLEMENTE EDITOR

O. S. MARDEN
ARTURO, 118. — BARCELONA
(ESPAÑA)

Retrato y Autógrafo
— del Autor —
O. S. MARDEN



Orison Swett Marden

SED BUENOS CON VOSOTROS MISMOS

OBRA ADORNADA CON AMENOS EJEMPLOS, QUE ENSEÑA
CÓMO HEMOS DE SER BUENOS CON NOSOTROS MISMOS
PARA DAR CUMPLIMIENTO A LA FINALIDAD DE LA VIDA.

ESCRITA EN INGLÉS

POR

ORISON SWETT MARDEN

TRADUCIDA DIRECTAMENTE AL ESPAÑOL

POR

FEDERICO CLIMENT TERRER

ANTONIO ROCH. -- EDITOR

OFICINAS Y TALLERES: ARAGÓN, 118. — BARCELONA
(ESPAÑA)

INDICE

PÁGINAS

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR	9
CAPÍTULO I	
LA UTILIDAD DEL BIEN	17
CAPÍTULO II	
EL TRATO SOCIAL	53
CAPÍTULO III	
ENERGÍA Y VOLUNTAD	77
CAPÍTULO IV	
EL VALOR DE LA PALABRA	95
CAPÍTULO V	
LO EXTERIOR Y LO INTERIOR	117
CAPÍTULO VI	
LA PERFECCIÓN EN LA OBRA	129
CAPÍTULO VII	
SIMPATÍA Y BENEVOLENCIA	151
CAPÍTULO VIII	
VITALIDAD DEL AMOR	175
CAPÍTULO IX	
SERENIDAD Y CONFIANZA	195

	<u>PÁGINAS</u>
CAPÍTULO X	
EL BUEN JUICIO	213
CAPÍTULO XI	
DOTES DE MANDO	227
CAPÍTULO XII	
TRABAJO Y PROSPERIDAD	243
CAPÍTULO XIII	
LA FALSA ECONOMÍA	261
CAPÍTULO XIV	
LAS CUENTAS DE LA NATURALEZA	275
CAPÍTULO XV	
LA HORA DE LA OPORTUNIDAD	285
CAPÍTULO XVI	
VOCACIÓN Y VOLUNTAD	299
CAPÍTULO XVII	
LA INTRÍNSECA BONDAD	309

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Quienes según vayan leyendo las páginas de esta nueva obra de Marden mediten sobre lo leído, advertirán sin duda la insistencia, que acaso parezca enojosa a los críticos de mares altos, en representar la importancia que para el feliz cumplimiento de la finalidad de la vida tiene el examen de la propia conciencia cuyo resultado sea no sólo conocerse cada cual a sí mismo, sino el medio ambiente que le rodea.

Mientras no se adquiera por experiencia personal este íntimo conocimiento, complementado por el del mundo exterior, en cuanto alcanza el límite de nuestra percepción, sonarán a hueco los consejos, exhortaciones, advertencias, máximas y preceptos con que los moralistas de toda época trataron de mejorar un mundo que según ellos mismos predicaban con apocalípticas trompetas, se precipita a paso de liebre fugitiva en el abismo de su aniquilación.

De la lectura de esta obra de Marden, ampliación en unos pasajes variada y en otros reincidida de las anteriormente publicadas, infiero con la mayor humildad de juicio, que no puede tener prá-

tica eficacia la ética sin que la preceda la psicología, porque según demuestra la experiencia de la vida, la verdadera felicidad consiste en el dominio de sí mismo y mal podrá dominarse quien no llegue a conocerse.

Nos exhorta Marden en esta obra a que seamos buenos con nosotros mismos y en sus varios capítulos trata de otras tantas condiciones de esta bondad individual y egoente, pues no fuera lícito ni propio llamarla egoísta, que es la bondad más difícil de practicar por ser de todo punto opuesta al egoísmo.

Dijo quien todo lo sabe, que los mayores enemigos del hombre están en su propia casa, y aunque hubo intérpretes que tomaron el signo por la cosa significada, creyendo que esos enemigos eran entre sí los miembros de una misma familia, la interpretación exenta de absurdo señala por casa del hombre su cuerpo de hueso y carne, y por enemigos las pasiones, concupiscencias y vicios propios de su flaca naturaleza inferior.

De aquí que cuando uno no se toma el provechoso trabajo de estudiarse a sí mismo, invierte sin darse cuenta en malicia y daño toda la bondad y beneficio que movido por el egoísmo se forja la ilusión de allegarse.

Si computáramos los casos de infortunio individual, correspondería mayor tanto por ciento a

la imprevisión que a la adversidad. Ha de ser ésta muy ruda e implacable para que se cebe en un individuo o en una familia sin consentirle ni siquiera el intento de revuelta y lucha; pero sucede que, como fuego fatuo, persigue la adversidad a quien la teme y huye de quien la embiste, y así se ensaña en cuantos ve desprovistos de armas con que rechazarla.

Porque la imprevisión a cuya siniestra sombra se cobija la adversidad en acecho de la víctima, no consiste en ordeñar las vacas gordas sin acordarse de las flacas, sino que mayor transcendencia tiene la imprevisión en el orden de la economía moral, cuando no empleamos toda nuestra actividad física y mental en establecer condiciones de vida a propósito para evitar los ataques del infortunio y discernir los motivos que determinan una acción y las consecuencias de esta acción dimanantes.

A mi entender, lo importante es templar y disponer del mayor número de armas esgrimibles en la lucha por el pan. Los medios de vida no son en nuestra época tan escasos como les parece a los abúlicos; mas para valerse de ellos se necesita colocarse en condiciones de aprovechamiento.

De estas condiciones, tan numerosas como variadas y ninguna de ellas suficiente, aunque todas necesarias, trata Marden en los capítulos siguientes, estableciendo, o por mejor decir, recordando

la diferencia entre lo que realmente puede beneficiarnos a pesar de que de momento nos parezca perjudicial, y lo que en realidad puede perjudicarnos por más que la ilusión nos lo presente como beneficioso.

Según el autor de esta obra, ha de ser el hombre bueno consigo mismo para conservar la salud del cuerpo absteniéndose de todo lo que amenace quebrantarla.

A quienes por ser portentos de erudición no se les esconde en el misterio nada de cuanto la naturaleza, el arte y la ciencia atesoran en sus alfolíes, les parecerá vulgaridad la precedente afirmación; pero lo extraño es que a pesar de saber todo el mundo que para conservar la salud es necesario abstenerse de todo cuanto la perjudique, sea tan crecido el número de los que con su intemperancia provocan la enfermedad.

Por tanto, no sobran los comentarios con que Marden amplía su afirmación, movido del propósito de convencer y persuadir a quienes todavía no han recibido en este punto concreto lecciones de la experiencia lo bastante duras para el escarmiento.

En cuanto al reino mental, dice Marden, o lo repite si antes de él lo hubiese dicho otro, pues todo fuera posible habiendo como hay tantas plumas y lenguas, que los bienes intelectuales están asimismo

sujetos a la condición de utilidad y servicio de la vida, porque de lo contrario se invertirían en males.

También parece esto vulgaridad si nos colocamos en el pináculo donde, como en el Olimpo los dioses, habitan los que miran con microscopio las conciencias y con telescopio las superconciencias; pero también resulta que están en formidable mayoría quienes no saben emplear acertadamente, en beneficio de sí mismos, las facultades intelectuales, o por desconocimiento de su verdadero ser les dan siniestro punto de aplicación.

Los comentarios de que Marden cuaja esta obra, esmaltada con amenos ejemplos, habrán de servir de mucho provecho al lector que guste de la filosofía del sentido común, de la claridad de los conceptos y el vigor de los argumentos, sin complicaciones de abstrusas filosofías, sólo asequibles a las mentes que por el buen parecer de privilegiadas fingen entenderlas.

El mayor mérito de una obra didáctica sin pretensiones de magisterio infalible está, según opino modestamente, en la compenetración mental entre el autor y el lector. Cuando se logra esta finalidad, la palabra escrita tiene tanta eficacia como la hablada, y los caracteres impresos en el papel, línea por línea y página por página, vibran con fonética energía, y convencen y persuaden como el más elocuente discurso.

Repetidas veces ha declarado Marden que no presume de originalidad en el sentido de exponer una doctrina recién estampada en el troquel de su mente; pero no se le podrá negar en justicia que logra alentar la voluntad del lector mediante el simultáneo estímulo de su entendimiento al transmitirle verdades cuya clara exposición les da carácter de axiomáticas.

Encomia Marden sobre todas las virtudes cívicas la del trabajo, sin distinción entre intelectual y moral, pues ambos son igualmente necesarios para el progreso humano; y aunque a los primates de la pluma, acostumbrados a ahondar en el papel con ella, les parezca perogrullada, no estará de más decir que la concordancia entre la aptitud y la actividad es requisito indispensable del gozo en la acción, y que la discordancia entre ambos elementos psicofísicos produce pena.

Así el trabajo, acción por excelencia, es pena cuando falta la predisposición a él, ya por ineptitud, ya por repugnancia del esfuerzo necesario para realizar cualquiera obra por mínima que sea. Pero deja de ser pena y se trueca en placentero goce cuando vencidas las dificultades del aprendizaje vencemos también la resistencia que se opone a la actualización de nuestra energía.

Una vez adquiridos hábitos laboriosos, echamos de ver que no en balde la ociosidad mereció siem-

pre vituperio, y que aún más dulce que el lícito descanso es el trabajo, si de él dueños y no esclavos lo mediamos a fines de provechosa utilidad para el propio perfeccionamiento y el bienestar del mundo.

Es una de tantas preocupaciones sociales, uno de tantos errores públicos el tener por incompatibles la delicadeza de sentimientos y la finura de modales con el trabajo manual.

A los que por no haber sido buenos con ellos mismos cayeron de la cumbre de la fortuna al abismo de la miseria, les dice Marden que el trabajo manual a nadie deshonra, por más que la falsa dignidad de antaño lo tuviese por deshonroso y por honrosa la holganza.

Trata el autor de las principales cualidades del carácter, clasificándolas en positivas y negativas, o lo que tanto monta, en virtudes y vicios; pero de acuerdo con la psicología experimental, que si adolece todavía de deficiencias, ha rectificado los tradicionales errores de la filosofía escolástica, opina que la energía psíquica es la misma cuando se aplica en el positivo sentido de la virtud como en el negativo del vicio, y por lo tanto cabe la posibilidad de ser buenos con nosotros mismos invirtiendo el sentido de aplicación de negativo en positivo valiéndonos de la fuerza de voluntad y de su auxiliar la energía del pensamiento.

Sin el menor asomo de heterodoxia, en el concepto corriente de esta vaga y fluctuante palabra, expone Marden la verdad comprobada por la experiencia de que el cuerpo es la expresión de la mente, y en consecuencia por medio de la índole de nuestros pensamientos podremos establecer las condiciones de la vida corporal en lo que a la normalidad de su funcionamiento se refiere.

Insiste Marden en la necesidad de distinguir entre el verdadero ser humano inmortal y permanente y su aspecto personal, transitorio y perecedero; mas también afirma, apoyándose en las palabras de San Pablo, que lo corruptible puede transmutarse en incorruptible y lo mortal en inmortal. Con esto y en esto reconoce la ley de evolución que rige en el universo entero, a que están sujetos todos los seres y todas las cosas, desde el átomo al sol, desde el infusorio al hombre. La única ley cuya obediencia puede darnos la paz del alma y la salud del cuerpo en que consiste la mayor felicidad asequible en esta vida.

FEDERICO CLIMENT TERRER.

I. LA UTILIDAD DEL BIEN.

I. LA UTILIDAD DEL BIEN.

Los que se quejan de la fortuna debieran quejarse de sí mismos.—VOLTAIRE.

Muchos emplean la mitad de su vida en hacer miserable la otra media.—FRANKLIN.

No hay más que una felicidad: el cumplimiento del deber. No hay más que un consuelo: el trabajo. No hay más que un placer: la belleza.
—CARMEN SYLVA.



UY raro es hallar quien sea completamente dueño de sí mismo y domine con plena maestría todo cuanto emprenda; que comience su labor con la seguridad de llevarla a término feliz; que sea capaz de afrontar vigorosamente los problemas de la vida; que se mantenga en disposición de realizar sin violentos esfuerzos el máximo de su actividad; y que aproveche magistralmente cuantas favorables ocasiones se le deparen de perfeccionamiento y prosperidad.

A fin de mantenerse en la cumbre de su condición y obtener completo señorío de todas sus potencias y facultades, debe el hombre ser bueno consigo mismo y pensar bien de sí.

Pero esta bondad no ha de confundirse con la condescendencia ni con el engreimiento, porque podría figurarse quien no reflexionara sobre este

punto, que el ser bueno consigo mismo consiste en lo que vulgarmente se llama *darse buena vida*, satisfacer, si acaso cabe satisfacción en la concupiscencia, los gustos, apetitos, deseos y pasiones con que la *bestia humana* o naturaleza inferior pone a prueba el temple del *ángel humano* o naturaleza superior.

Esta doctrina, si así puede llamarse, que enfoca toda la actividad del hombre en los goces materiales con ilusión de bienes y realidad de males, no es de nuestros días como creen quienes achacan a los tiempos modernos la causa de la corrupción, desquiciamiento y podredumbre en que a su pesimista parecer se va hundiendo el mundo sin otra esperanza de regeneración que su apocalíptico fin.

Nada menos que tres siglos antes del nacimiento de Jesús establecióse en Atenas, procedente de Samos, donde había nacido y pasado su infancia, el tan famoso como vilipendiado filósofo Epicuro, quien en la sabia ciudad de la sapientísima Minerva formó un grupo de amigos que se reunían en uno de los jardines públicos de la población, donde en resumen les enseñaba que el bien del hombre sólo consiste en el placer.

Expuesta así escuetamente parece absurda esta enseñanza, porque aun al cabo de veintitrés siglos prevalece entre el vulgo y también entre muchos que se precian de intelectuales, el grave error de

considerar la palabra *placer* como sinónima de sensualidad y de concupiscencia, como si no hubiese placeres intelectuales y morales mucho más intensos y duraderos que los de la sensación corporal.

El calumniado Epicuro lleva sobre su nombre, siglo tras siglo, el estigma de la sensualidad, de la brutal concupiscencia, hasta el punto de llamar *epicúreos* a los que no tienen en la vida otra finalidad que halagar los cinco sentidos y poner en frecuente práctica lo de comamos, bebamos y etcétera que mañana moriremos.

Sin embargo, el verdadero propagador de la filosofía sensualista no fué Epicuro, sino Arístipo de Cirene, quien anticipándose al adagio de *hoy todo y mañana nada*, decía que el único bien es el *placer del momento*. En cambio, Epicuro consideraba el placer en su genuino concepto, dándole por condición que no fuese un *placer de momento*, como el de Arístipo, sino que se habían de prever sus consecuencias, porque si después de gozado amenazaba dar dolor, ya no era tal *placer*, sino el mal permanente con disfraz de pasajero bien.

Aún iba más allá Epicuro en su mal comprendida por lo insidiosamente tergiversada filosofía, pues enseñaba a sus discípulos que *prefirieran los placeres de la mente y del ánimo a los del cuerpo y se mantuvieran siempre tranquilos y gozosos sin ceder jamás a impulsos coléricos*.

Lejos de ser los epicúreos tal como nos los pinta la tradición escolástica, eran abstemios, de costumbres frugales y observaban una conducta de ejemplar austeridad. Eran buenos con ellos mismos.

Al cabo de siglos, el contemporáneo filósofo C. S. Peirce, ha reavivado la genuina doctrina epicúrea con el nombre de pragmatismo (llamado también utilitarismo y humanismo), que sólo reconoce por verdadero en el orden de los conceptos filosóficos aquello que *sirve* para la vida humana, lo que le es *útil* y en algún modo positivamente le aprovecha.

Guillermo James y F. C. S. Schiller han pugnado esta filosofía, también mal comprendida y con intención o sin ella tergiversada por quienes se figuran que lo *útil* ha de ser forzosamente material y grosero sin que pueda haber *utilidad* en lo mental y espiritual, como si estos dos órdenes o aspectos de vida no fueran tan *humanos* como el estrictamente corporal.

Los tergiversadores del pragmatismo han llegado al insensato extremo de achacarle la culpa de la creciente afición a los alcaloides que como la morfina, cocaína y hashish producen una vivísima excitación placentera seguida de profundo abatimiento.

La inculpación no puede ser más artera e insi-

diosa, porque desde el momento en que el resultado de la acción es doloroso, siniestro y perjudicial, no es posible que la acción sea *útil* para la vida y por lo tanto el ansia de gozar del *placer momentáneo*, del falso y pasajero *bien* de las sensaciones concupiscentes de toda laya está virtualmente baldonada por el pragmatismo, como lo estuvo hace siglos por el epicureísmo.

Nos hemos detenido algún tanto en las precedentes consideraciones para fijar lo más precisamente posible los conceptos del *bien* y del *mal*, de lo *útil* y lo *pernicioso*, del *placer* y del *dolor*, del *gozo* y la *pena*, a fin de comprender sin ambigüedades lo que significa el *ser buenos con nosotros mismos*, o dicho de otro modo, *proporcionarnos el mayor bien posible*.

Si tenemos en cuenta que el hombre es una trinidad constituida por el cuerpo, la mente y el espíritu, comprenderemos sin esfuerzo que los verdaderos bienes de la vida son de tres órdenes: corporales, intelectuales y espirituales.

Todo lo que *sirva* y sea *útil* para la vida y salud del cuerpo será un *bien corporal* y proporcionará *placer*. Todo lo que sea *nocivo* y *perjudicial* a la vida y salud del cuerpo no le *servirá* de provecho, aunque de momento proporcione *placer*, cuyo resultado sea *dolor*.

Por lo tanto, en lo referente al cuerpo, el ser

buenos con nosotros mismos consiste en abstenernos de todo lo que pueda dañarlo, aunque de pronto prometa proporcionarnos placer.

Aunque los higienistas han expuesto las reglas generales que debemos observar para mantener el normal estado de salud, no son tan absolutas que puedan aplicarse indistintamente a todos los individuos, pues lo que daña al cuerpo depende del temperamento de cada cual, de los hábitos adquiridos, de la condición profesional y varias otras circunstancias difíciles si no imposibles de enumerar al pormenor.

La más prudente regla de higiene es no abusar de nada, tener por guía de conducta la virtud de la templanza, reprimir las incitaciones de la gula y la luxuria en cuanto se excedan de la prudente satisfacción de la natural necesidad y abstenerse de todo lo que por personal experiencia sepamos que perjudica la salud cuya conservación es la mayor y mejor prueba de bondad con nosotros mismos, pues *únicamente podrá disfrutar de todo quien no abuse de nada*.

Un rey de Persia envió al califa de Damasco, Mohamed Mustafá, un médico habilísimo en la ciencia y arte de curar, quien llegado a su destino le preguntó al califa que cuáles eran las costumbres de aquella corte en cuanto se refería al régimen de alimentación:

El califa respondió:

—Mis cortesanos no comen más que cuando tienen verdadero apetito y nunca se levantan saciados de la mesa.

—Pues entonces, me vuelvo a mi tierra, porque nada tengo que hacer aquí.

Los bienes intelectuales, pertenecientes al reino mental, deben estar asimismo sujetos a la condición de utilidad y servicio de la vida, porque de lo contrario no son bienes, sino males de penosas consecuencias.

La lectura reflexiva y el estudio atento vigorizan las facultades intelectuales, aumentan nuestros conocimientos y nos proporcionan el placer resultante de su adquisición, que es mucho más vivo cuando los conocimientos adquiridos nos sirven para el ejercicio de una profesión social, pues entonces cosechamos el fruto de nuestros esfuerzos y damos por bien empleado el trabajo que nos costó el aprendizaje. Así, bajo el aspecto mental, somos buenos con nosotros mismos cuando allegamos el mayor bien posible a nuestra mente en la determinada especie de conocimientos útiles para la vida.

La sabiduría es preferible a las riquezas, porque si bien consideramos, todo cuanto en el mundo es riqueza material expresada por el común denominador llamado dinero, ha tenido su origen en

el conocimiento, en la sabiduría práctica de los inventores e industriales, que con la mágica varilla de su talento alumbraron nuevos y copiosos manantiales de riqueza.

Pero la aplicación del conocimiento no ha de tener fines egoístas, sino que ha de dar resultados útiles para el verdadero objeto de la vida individual y colectiva. El egoísta no halla bien duradero en los placeres intelectuales que para sí mismo reserva sin compartirlos con el prójimo, o cuando ofrece el fruto de su conocimiento con miras basíardamente interesadas.

Un alquimista que había escrito un libro en cuyas páginas explicaba cierto procedimiento para hacer oro sin necesidad de la tan buscada piedra filosofal, dedicó la obra al papa León X con la esperanza de recibir un cuantioso donativo en atención a la dedicatoria.

Enterado el papa de lo que el alquimista se había propuesto al dedicarle la obra, le envió un gran bolsón de cuero del todo vacío, con el recado de que si tan bien conocía el procedimiento para hacer oro, sólo le faltaba el bolsón donde ponerlo.

Los placeres intelectuales tienen la ventaja sobre los materiales de que no hay para ellos otro límite que el del esfuerzo mental necesario para adquirir el conocimiento deseado, mientras que los placeres de sensación están condicionados por

la potencia sensual que sólo llega a cierto límite, pasado el cual se transmuta el placer en dolor o no es posible disfrutarlo.

Pongamos por ejemplo lo que sucede en los llamados placeres de la mesa. Por muchos millones que posea un hombre no podrá halagar el gusto más allá de lo que consienta la potencia digestiva de su estómago, y otro tanto cabe decir del placer de los demás sentidos.

En cambio, los placeres intelectuales son más duraderos y mucho mayor la potencia mental del hombre para su disfrute, aun en los casos en que las facultades intelectuales parecen ausentes porque están adormecidas.

Duval, el famoso bibliotecario del rey Francisco I de Francia, se complacía en resolver siempre que le era posible las dudas de los concurrentes a la biblioteca; pero cuando alguien le preguntaba algo que él ignorase, no tenía reparo en responder sinceramente:

—No lo sé.

Sucedió cierta vez que uno de esos sujetos tan imbéciles como intemperantes que en todas partes dan rienda suelta a su engreimiento, preguntóle a Duval una cosa a que el bibliotecario no supo responder.

—Pues el rey le paga a usted para que lo sepa —repuso altaneramente el preguntón.

A lo que replicó Duval:

—El rey me paga por lo que sé, porque si me hubiese de pagar por lo que no sé, no tendría bastante con todos los tesoros de la tierra.

Sin la condición de utilidad, en vez de ser un bien serán un mal los conocimientos adquiridos, o por lo menos de nada nos servirán en la vida, y así vemos hombres de mediana erudición y cultura universitaria que pasan mil trabajos y tribulaciones para ganarse el pan, mientras que holgadamente viven quienes sin saber latín ni griego ni meterse en honduras filosóficas, dominan técnicamente un oficio o profesión.

Primero conviene colocarnos en condiciones intelectuales de vivir de nuestro honrado trabajo. Despues llega la hora de filosofar. Pero quien pasa la noche contemplando las estrellas sin ser astrónomo de profesión, no será capaz al día siguiente de encender con un rayo de sol la lumbre del hogar.

Después que hayamos conquistado una posición social, continuaremos siendo buenos con nosotros mismos si además de seguir paso a paso los adelantos de nuestra particular profesión seguimos también la marcha general del mundo para ser hombres de nuestro tiempo y no quedar como supervivencias caducas del pasado. Hemos de dominar nuestra profesión, pero no especializarnos en

ella tan exclusivamente que seamos peor que analfabetos en la multicolor esfera de la cultura general.

Dice a este propósito monseñor Dupanloup, que fué obispo de Orleans:

En las carreras más liberales hay considerable pérdida de tiempo y actividad; y si cada cual se examinara a sí mismo, muchos serían los que hallaran que no hacen lo que pueden hacer, y por consiguiente, que no son lo que debieran ser.

A los jóvenes letrados, a los hombres del foro, me permitiría yo aconsejarles que no se encerraran en sus estudios especiales, que salieran alguna vez de este círculo, para llevar a otros ramos de la ciencia humana la actividad de un espíritu tan bien preparado por los estudios de jurisprudencia. No ignoro cuán noblemente ocupa su vida el legista; pero todos ellos tienen más o menos tiempo libre, ratos perdidos que podrían invertir con gran provecho en otros trabajos, en estudios literarios, históricos y filosóficos donde hay algo más que un encanto, hay un auxilio, una luz para la ciencia misma del derecho y para el don de la palabra.

Y lo que digo de los letrados, ¿de cuántos hombres de carrera no podría decirlo? Noble profesión, que exige grande esfuerzo intelectual es la de ingeniero; mas sus estudios especiales no salen de las ciencias exactas. Ahora bien; ¿está todo en estas ciencias? Y por importantes que sean, atenerse estrictamente a ellas, ¿no es cerrarse otros horizontes, atrofiar valiosas facultades de la mente y dejar insatisfechas nobles necesidades del espíritu? Al contrario, añadir a esas profundas ciencias exactas bellos e interesantes estudios literarios o sociales, ¿no es elevarse, enaltecerse, perfeccionarse más todavía?

¿Y los militares? ¿A quién se ocultan los ocios, el

tedio, los peligros de la vida de guarnición? No hay carrera en que vaya más lejos el cansancio del ocio, y si tenemos militares que sobresalen en otros ramos de la ciencia, es porque supieron aprovechar el tiempo que otros desperdiciaron en la enervante ociosidad de sus facultades.

En cuanto a los bienes espirituales, fácilmente podemos ser buenos con nosotros mismos siendo buenos con el prójimo. Esta es la sola condición necesaria y suficiente para la utilidad y servicio de la vida espiritual. Cuanto más nos esforcemos en servir a la humanidad, mayor y más duradero será el placer resultante de nuestro servicio. Gozaremos entonces de aquella paz del ánimo y tranquilidad de conciencia que por lo inefable excede a toda expresión verbal del humano entendimiento.

El error está en no equilibrar, o mejor dicho, armonizar los tres aspectos o modalidades de la vida: el corporal, el mental y el espiritual. Unos concentran toda su actividad en los sentidos corporales, dejando yermas las facultades de la mente y en embrión las potencias del espíritu. Son las gentes materializadas, las que se figuran que *lo positivo* es la vida estrictamente animal, sin preocuparse ni ocuparse en los supremos intereses de su verdadero ser o individualidad. Son la grosera encarnación del egoísmo.

Otros se entregan por entero a los placeres intelectuales con que les brindan la literatura, la

ciencia o el arte. Todo lo posponen a la satisfacción nunca cumplida de su *apetito mental*, y son los bohemios literarios, científicos o artísticos de vida estéril en lo espiritual y desatinada conducta en lo material.

Por otra parte vemos a los que menosprecian todo cuanto les parece humano sin advertir que todo lo humano es de esencia divina, y maceran su cuerpo, se abstienen de todo placer sensorio por legítimo y natural que sea, se alejan del mundo como soldado que abandona las filas por miedo de pelear contra el enemigo, y todos sus esfuerzos se concentran en el egoísmo espiritual de gozar en la otra vida la eterna felicidad que su religiosa fe les promete.

Lo importante para armonizar los tres aspectos de la vida correspondientes a los tres elementos corporal, mental y espiritual del hombre durante su paso por la tierra es *conocerse a sí mismo*, porque sin esta previa condición nadie podrá ser *bueno consigo mismo*.

Mas para conocerse a sí mismo es indispensable que el hombre se convenza de que su cuerpo y su mente son los adecuados instrumentos de que le ha provisto la divina ley de evolución para adelantar por virtud de la experiencia en el camino de su perfeccionamiento.

¿Qué diríamos del escultor que adrede embotara

su cincel, del escritor que despuntara su pluma o del pianista que a martillazos destrozara el teclado? ¿Qué decir del artífice que dejase enmohercer sus herramientas y pasara la vida en ociosa contemplación al considerar que sus obras no habían de ser eternas?

Fuéramos con nosotros mismos mucho mejores de lo que somos si bien nos conociéramos, si viésemos en nuestro cuerpo y mente dos instrumentos de perfección espiritual, los dos sostenes de la vida de nuestro verdadero ser en este mundo.

Convencidos de nuestra íntima y permanente naturaleza, no caeríamos en los ociosos extremos de cebar hasta el hartazgo los apetitos sensuales o macerar hasta la extenuación nuestro organismo corporal, ni tampoco se menospreciaría nadie teniéndose por miserable gusano de la tierra ni se enorgullecería creyéndose el rey y soberano de la creación.

Dijo un filósofo que el hombre que a sí mismo se menosprecia por temor a lo que se llama *cólera divina*, como si la Bondad infinita y Justicia absoluta fuese capaz de encolerizarse, blasfema de Dios que lo creó a su imagen y semejanza, o por mejor decir que de Sí mismo lo emanó cual brota la chispa de la hoguera para que germinando a manera de semilla divina, volviera a El, convertido en hombre perfecto al término de su evolución.

Todavía no es muy consolador el número de quienes reconocen su divino origen y se convencen de que su intrínseca potencialidad excede incomparablemente a las facultades ya actualizadas, o dicho de otro modo, que es capaz de dar de sí mucho más de lo que dió, de hacer algo superior a sus ordinarias tareas. Este desconocimiento es una de las más poderosas determinantes del fracaso.

Quienes persisten en ver el aspecto débil, enfermizo y transitorio de su ser, que siempre están exagerando sus defectos y se creen incapaces de hacer nada de provecho, son sus peores enemigos, pues se tratan como sus más enconados no los tratarían. Lo más lastimoso es que a fuerza de pensar bajamente de sí mismos llega a convertirse en realidad la bajeza y se rezagan o por lo menos se estancan en el sendero de evolución.

Dice la sabiduría de los siglos que tal como un hombre piensa en su corazón así es, y añade que se convierte en lo que piensa. Por lo tanto, la opinión que de sí mismo tenga será la guía de su conducta y se manifestará en las características de su personalidad.

De esta ley psicológica, corroborada por la experiencia, se infiere la siguiente regla de vida mental: *No os representéis jamás en vuestro pensamiento distintos de como quisierais ser.*

Le preguntó a Sócrates uno de sus amigos cuál era el medio de lograr una buena reputación, y el filósofo replicó:

—La lograrás procurando ser lo que deseas parecer.

Al pensar en nosotros mismos hemos de formar la imagen mental de un ser noble, bello, perfecto, libre de todo vicio, adornado de toda estimable cualidad. Rechacemos resueltamente los malos pensamientos acerca de nosotros mismos y no consentamos que en la representada imagen haya mancha alguna que deprima nuestra individualidad.

Insistamos en ver en nosotros el hombre que tuvo el Creador en su mente al darnos la existencia, no el hombre contrahecho y burlesco que la ignorancia, los siniestros pensamientos y la viciosa conducta deformaron. La estimación propia, el buen concepto que podamos tener de nosotros, la perfecta imagen representada en nuestra mente nos será mucho más valiosa que la opinión ajena.

Si queremos obtener de nuestra vida el mayor porvecho posible en sus tres modalidades, si anhelamos ser y hacer cuanto nos sea posible, no sólo hemos de pensar bien de nosotros mismos sino portarnos rectamente con nuestro cuerpo, por medio de la fisiocultura en que se comprenden el ejercicio, alimentación, recreo y descanso.

Pero seguramente preguntarán algunos cómo

va a ser posible que los malvados, los criminales, los viciosos y libertinos cuyo corazón por lo empedernido e insensible parece de berroqueña, se representen esa imagen del hombre noble, puro, perfecto, inmaculado, tal como según la tradición y la escritura salió Adán de las manos de Dios.

A primera vista resulta un mucho contradictorio que el criminal se conciba inocente, el libertino santo, el ignorante sabio, el bellaco discreto y el débil fuerte; pero la dificultad no está en la formación del concepto sino en el necesario esfuerzo mental para formarlo.

Las fuerzas mentales están sujetas a la misma ley que las corporales, y como éstas sólo pueden vigorizarse por el ejercicio. Si quienes no han reconocido aún la verdadera naturaleza de su ser pusieran tan sólo una vez en acción la fuerza de su pensamiento, invirtiendo de mal en bien el punto de aplicación, se operaría en ellos una mudanza de ánimo que maravillaría a cuantos no estuvieran familiarizados con las leyes psicológicas.

Cuando una enfermedad grave pone al hombre a las puertas de la muerte o por cualquiera vicisitud siente el escalofriante roce de la implacable enemiga y sale vencedor de la tremenda crisis, suele operarse en él un cambio de conducta a que se llama *conversión*, porque convierte en grandes santos a los grandes pecadores.

En estos casos, más frecuentes de lo que parece, la mente con sus nuevos pensamientos es la renovadora de ánimos y corazones, y de cierto que ni uno solo de los convertidos dejaría de confesar que de su mente brotaron en forma de pensamientos optimistas, esperanzados y seguros, las vibraciones que conmovieron su corazón.

Claro está que no habiendo en este mundo nadie perfecto, no es posible que la recomendada imagen de perfección sea la del hombre *tal cual es* sino *tal como quisiera ser*, porque por muy bajo que se hunda un hombre siempre quisiera ser mejor de lo que es. La voz de la conciencia no queda jamás enmudecida aunque temporalmente la debilita la gritería de las pasiones.

Aunque antes dijimos que el ser bueno con el prójimo era la única condición necesaria y suficiente para ser bueno consigo mismo, no obra esta condición por espontánea eficacia, pues muchos son buenos con el prójimo y no saben serlo consigo mismos, porque descuidan su salud, disipan sus energías y malgastan sus recursos. Son esclavos de los demás y tiranos de ellos mismos.

Aquella sonada máxima que tan a menudo sacan a relucir los egoistas diciendo que la caridad bien entendida empieza por uno mismo, tiene mucho de verdad en su fondo cuando en realidad se entiende bien y no sirve para cohonestar el egoísmo,

porque caridad es sinónimo de bondad y cari-
tativos y buenos seremos con nosotros mismos si
damos a nuestra vida la dirección y conducta que la
llevé a realizar su divinal finalidad.

Muy loable característica es el cumplimiento de los deberes a que la comunidad de origen nos obliga respecto del prójimo, pero también estamos obligados a cumplir los deberes que con nosotros mismos tenemos por imperio de la ley de evolución para mantenernos física, intelectual y espiritualmente en el más alto nivel posible, pues de lo contrario no podremos llevar a cabo la peculiar obra que al nacer nos encomendó el providencial destino.

Grave culpa es abandonarnos a la depresión, el abatimiento y le pesimismo de modo que no estemos en favorables condiciones de responder al llamamiento de la vida o afrontar con esperanza de triunfo cualquiera eventualidad o vicisitud que pueda sobrevenir.

Entonces nos sentimos dispuestos a sufrir con paciencia aquellas contrariedades que no esté en nuestra mano impedir, en vez de dejarnos arrebatarnos por inútil iracundia.

Cuenta se del insigne matemático Newton que era de tan energético y a la par tan ecuánime temperamento, que ningún accidente lo atribulaba. Tenía un hermoso perro llamado *Diamante*, a quien estimaba en mucho. Una noche estaba New-

ton en su gabinete, cuando le llamaron para atender a un visitante, y entretanto entró el perro que encaramándose de un salto a la mesa volcó la bujía sobre unos papeles llenos de fórmulas y cálculos que representaban la casi ya terminada labor de muchos años.

Al volver Newton encontró reducidos a pavesas aquellos inestimables documentos cuya pérdida era irreparable, porque no estaba en edad de recomenzar tan improba tarea; pero en vez de arremeter furioso contra el perro, exclamó en tono de amistosa reconvenCIÓN:

—¡Oh! Diamante, Diamante. No sabes tú el mal que has hecho.

Otro ejemplo de ecuanimidad y dominio de sí mismo nos da Casimiro II rey de Polonia, quien habiendo en cierta ocasión ganado en juegos de azar todo el dinero de uno de sus cortesanos llamado Konarsky, recibió del perdidoso un tremendo bofetón. Asustado el cortesano de la enormidad de su delito de lesa majestad, trató de huir, pero lo alcanzaron los guardias de palacio y fué condenado a muerte.

El rey lo hizo comparecer en presencia de la corte, y les dijo a los circunstantes:

—No me sorprende la conducta de este caballero, que en un momento se vió arruinado. Yo soy el único culpable en este asunto, porque no debí

dar el mal ejemplo de una perniciosa costumbre que amenaza enervar a mi nobleza. Comprendo que esté arrepentido de su falta y esto basta. Ahí tiene su dinero y juremos todos no volver a probar fortuna en el juego jamás en la vida.

Muchos hay dotados de excelentes prendas, con aptitud casi enciclopédica cuya obra no pasa de la vulgaridad porque no saben o no quieren colo-carse y mantenerse en la necesaria condición física y mental para hacer todo cuanto de que son capaces y excede ventajosamente de su ordinaria labor.

En todos los órdenes de la actividad mercantil vemos empleados que sólo están medio despiertos y medio vivos, con su cuerpo repleto de células muertas o emponzoñadas a consecuencia de su viciosa conducta, malas costumbres y peores pensamientos. ¿Es extraño que obtengan tan poco provecho de la vida cuando tan poco ponen en ella?

Hay quienes en plena virilidad están todavía en el mismo punto en que se colocaron al salir de la escuela. No han adelantado un paso. Algunos han retrocedido, y ni unos ni otros acierran a explicarse por qué no prosperan ni se les muestra propicio el éxito.

Pero quien psicológicamente los observa echa de ver que el impedimento está en la imprudente ruina de su salud, en el descuido de sus necesidades físicas, en la conducta desordenada, disipación

de las energías, flojedad en el trabajo y costumbres perversas, vicios todos que estorbarían el paso aun a los colosos de la inteligencia humana.

Por doquiera vemos jóvenes entorpecidos en su carrera, cojeando en la medianía o rezagados en la inferioridad, a pesar de tener disposición para mucho más altos menesteres, porque les faltó la energía requerida por el vencimiento de los obstáculos con que tropezaron en su camino. No fueron buenos con su cuerpo. Ignoraban que es su cuerpo el instrumento de la actividad del espíritu, y al estropearlo y desgastarlo lo inutilizaron para el desempeño de su natural servicio.

Si el autor de un libro no vierte en sus páginas el entusiasmo desbordado de su alma, si *no siente* lo que *escribe*, si no domina la materia de que trata, y sobre todo si no le movió a escribirlo el vivo anhelo de contribuir al mejoramiento de la vida humana, no podrá despertar el interés del lector, carecerá de la indispensable amenidad para *enseñar deleitando* según hace siglos aconsejó Horacio. El autor no logrará levantar el ánimo de los lectores porque al escribir el texto no supo levantar su propio ánimo. El libro no tiene vida porque el autor carecía de vitalidad intelectual. No fué mentalmente bueno consigo mismo.

Un clérigo, cualquiera que sea la religión de su ministerio, y un maestro, sea cual sea la índole

de sus enseñanzas, no lograrán convencer a sus feligreses y discípulos si sus pláticas y lecciones son desmayadas y frías, sin el fervor místico y el entusiasmo didáctico de que habrían de rebosar para influir eficazmente en los ánimos. En vez de ejercer el sacerdocio y el magisterio con la alteza de mente y ánimo que su índole de servicio a la humanidad requiere, no ven en su desempeño más que un medio de satisfacer las necesidades de la vida estrictamente material. No son buenos con ellos mismos.

Por doquiera vemos gentes mortecinas, apodadas, sin entusiasmo ni fervor ni energía en su labor profesional. No hallan gozo en el trabajo, que para ellos es una pena, un sufrimiento, una carga pesada, ingrata, monótona.

Uno de los capitales problemas de la industria fabril es obtener el máximo de producción con el menor gasto posible; y sin embargo, a muchos industriales lo bastante duchos para resolver el problema en beneficio de su negocio, ni siquiera se les ocurre plantearlo cuando se trata del más arduo negocio de su vida, para que individualmente den el máximo de producción con el mínimo consumo de energía.

En general somos nuestros peores enemigos y no en balde dijo quien todo lo sabe que los mayores enemigos del hombre están en su propia casa, es

decir, en sí mismo, en su personalidad fecunda en pasionales incentivos. Desearíamos hacer grandes cosas, y sin embargo no nos ponemos en condición de realizar nuestro anhelo figurándonos que es empresa superior a nuestras fuerzas, cuando si lo intentáramos y del intento pasáramos a la perseverante acción acabaríamos por vencer en el esfuerzo. Pero si unos pecan por dina de menos al medir sus fuerzas, otros se exceden petulantemente en la medida y fracasan por exceso de confianza. El toque está en la justa medida, en el exacto conocimiento de lo que somos, sabemos y podemos.

Parecido desequilibrio se nota en el trato del cuerpo. Pocos son los que aciertan a colocarse en equidistancia de la maceración y el libertinaje. Por lo común o somos muy complacientes o muy severos con el cuerpo. O le concedemos cuanto le apetece o le negamos aun aquello que indispensablemente necesita, y difícil es decir cuál de ambos procedimientos da peores resultados. Pocos son los que cuidan de su cuerpo con la misma solicitud que prestan a una máquina, a un animal de labor, a un apero de labranza, a una herramienta útil que les cuesta su dinero y necesitan para el provecho de su negocio y el ejercicio de su profesión.

Pongamos por ejemplo el tratamiento del aparato digestivo que proporciona al organismo la energía motora, y echaremos de ver que la mayor

parte de las gentes no lo ponen ni en la mitad de la condición necesaria para funcionar debidamente. Las naturales energías de este aparato orgánico se agotan o por lo menos se desperdician en el trabajo mecánico-químico de digerir una superflua cantidad de alimentos que para nada necesita la economía animal.

En poco o en mucho estamos quebrantando constantemente las leyes de la salud por el capital vicio de la gula que recarga el estómago determinando al cabo su dilatación y es la causa de las enfermedades del aparato digestivo. Entonces agravamos todavía el mal con la imprudencia de recurrir a estimulantes, específicos y medicamentos ineficaces para remediar los efectos de haber desoído las saludables voces de la sobriedad y la templanza.

Otros se ladean hacia el opuesto extremo y no toman suficiente alimento o no aciertan a combinar los manjares de modo que no quede ningún tejido orgánico sin la necesaria nutrición. Por ignorar la ciencia de la alimentación, llamada dietética, resulta que mientras unas partes del organismo se cargan demasiado sin poder asimilarse lo mucho que reciben, hay otras que se debilitan por escasez de elementos nutritivos. Esta desproporcionalidad provoca el desequilibrio que a su vez despierta morbosos apetitos de los que

se sigue la disipación. El ansia de excitantes como la morfina, cocaína y otros alcaloides venenosos proviene generalmente del *hambre* que padecen ciertos tejidos y que dichas drogas calman de momento para retoñar al poco rato con mayor intensidad.

Según han observado los fisiólogos, hay en el organismo humano doce distintas clases de tejidos cuyas necesidades son muy sencillas y fáciles de satisfacer. Lo difícil es conocerlas.

Así, por ejemplo, la leche y los huevos bastarían de por sí en sus numerosas combinaciones y derivados para nutrir el organismo; pero conviene dar mayor variedad a los manjares adecuando su índole al temperamento y profesión de cada individuo. De todos modos, la culinaria moderna ha complicado tan absurdamente el régimen alimenticio, que sólo atiende al halago del paladar a dura costa de los intereses del estómago. Muy malo será consigo mismo quien se aparte de las consuetudinarias, sencillas y naturales fórmulas de la cocina casera.

Si estudiáramos las necesidades de nuestro cuerpo con la misma atención que las de las plantas de nuestros jardines y le diéramos la conveniente cantidad y calidad de alimentos con abundancia de agua, aire y sol, disminuirían las enfermedades y trastornos del aparato digestivo.

Quien establece bajo la guía del sentido común su régimen dietético, sin caer en las exageraciones de los que intentan retro llevarnos al estado salvaje crudamente naturista, y vive con sobria sencillez, no necesitará recurrir al falaz auxilio de mal confeccionadas medicinas; pero el método de vida de la mayor parte de las gentes del día es un crimen contra naturaleza, un semillero de enfermedades de cuerpo, mente y ánimo, un atentado contra la virilidad, que invalida sus posibilidades.

A ningún artífice ni artesano de claro entendimiento se le ocurriría valerse de herramientas desarregladas. Loco sería el barbero que intentara ejercer su oficio con navajas melladas, aunque montase lujosamente su establecimiento. Imaginemos lo que le sucedería al ebanista que se empeñara en trabajar con gubias, sierras y limas comidas de hambre y groseramente embotadas. ¿Verdad que mueve a risa tan sólo el pensarlo? Pues eso mismo hacemos casi todos sin parar mientes en nuestro desatino.

El que se propone llevar a cabo una obra de empeño, tanto si pinta un cuadro como si construye un edificio, ha de tener en la mejor condición posible cuantos elementos materiales necesite para la obra, pues de lo contrario resultará chupera o muy mediana su labor.

Pues la grande obra de la vida es dar la mayor

eficacia posible a nuestra individualidad por medio de la personalidad, o dicho de otro modo, poner el cuerpo y la mente en las mejores condiciones posibles para que sirvan de eficaces instrumentos de manifestación a las potencias del espíritu.

Hemos de infundir en nuestra obra el mismo entusiasmo, la misma vehemencia y energía con que el naufrago prende el leño salvador. Hemos de economizar nuestras fuerzas físicas porque de ellas depende la parte material de nuestro éxito. Con salud, fuerza y vigor tiene el joven faltó de recursos monetarios muchas más probabilidades de abrirse paso en la vida que el ricachón ya decrepito antes de la virilidad. El oro es escoria y los diamantes herrumbre en comparación del inapreciable tesoro de la salud de cuerpo y mente.

Decía Platón a un médico :

No trates nunca de curar el cuerpo de un enfermo si al propio tiempo no curas su ánimo. Los médicos de Grecia no acierto a curar muchas enfermedades porque ignoran que la parte no puede estar sana sin que el todo esté sano. Y el cuerpo no es más que una parte del hombre.

Los disipadores de la energía vital son la pésima especie de pródigos, y peor que suicidas, porque matan toda ocasión favorable de prosperar en la vida, es decir, que no están en condiciones

de aprovecharlas cuando se les deparan ni mucho menos son capaces de provocarlas.

Quien anhela utilizar la totalidad de sus energías no tiene más remedio que desprenderse de cuanto menoscabe la salud corporal y cercene sus elementos personales de trabajo.

Gran parte de energía se malgasta en rozamientos, asperezas, choques y trepidaciones que en el ánimo provocan los llamados intuitivamente por los antiguos médicos, malos humores, y que la moderna biología ha reconocido por la observación y la experiencia en las secreciones internas, susceptibles de alterarse al influjo psicofísico de la cólera, la melancolía, el tedio o cualquiera otra emoción siniestra.

Estos humores o secreciones internas en que Hipócrates y Galeno apoyaron todo su sistema patológico, determinan por exceso o defecto varias enfermedades cuya índole se desconocía antes de que los biólogos descubrieran la función de las correspondientes glándulas.

Pero, como de costumbre, los biólogos confunden el efecto con la causa, y al observar que de la cantidad y calidad de las secreciones internas, o dicho en términos vulgares, de los humores del cuerpo, depende la mayor o menor estatura, obesidad, enflaquecimiento y características nerviosas que a su vez modifican la mentalidad y el sen-

timiento, concluyen afirmando que del resultado final de la acción de los humores, proviene cada personalidad no sólo en sus cualidades corpóreas, sino también en sus características intelectuales y morales, de suerte que cada cual es el producto de sus secreciones internas.

No cabe mayor inversión de términos. Si admitiéramos tan materialista conclusión quedaría completamente anulada la voluntad humana, fuera el hombre irresponsable de sus pensamientos, palabras, acciones y afectos, todo se reduciría a la vida orgánica inconsciente y automática y derivada de la calidad, cantidad y combinación de elementos estrictamente fisiológicos sin la menor intervención del libre albedrío, puesto que para nada se necesitaría admitir la existencia del espíritu.

El doctor Marañón, uno de los más notables biólogos españoles contemporáneos, que aunque en más modesto plano sigue el ejemplo del insigne Cajal, ha realizado repetidas veces un experimento consistente en inyectar a un sujeto una dosis de adrenalina, que apenas absorbida acelera e intensifica los latidos del corazón, y alrededor del punto por donde se efectuó la inyección aparece una mancha como de piel de gallina, se pone pálido el semblante, nota el sujeto una sensación de angustia en el pecho y se le saltan las lágrimas, con todas

las manifestaciones físicas de una emoción violenta, como por ejemplo el terror.

El sujeto no experimenta terror alguno, su ánimo está tranquilo, y sin embargo aparecen en su organismo las mismas manifestaciones físicas que si espontáneamente quedara dominado su ánimo por la emoción terrorífica.

Desde luego que discurren lógicamente los biólogos al decir que en el antedicho experimento aparece el aspecto físico del proceso emocional independiente del aspecto psíquico; pero no son tan fieles a la lógica al añadir que una brusca descarga de adrenalina en la sangre puede provocar la emoción espontánea.

A nuestro entender sucede precisamente todo lo contrario, es decir, que la calidad y cantidad de las secreciones internas o humores del cuerpo depende de la índole e intensidad de los pensamientos y de las emociones. No es la vida orgánica y vegetativa la determinante de la vida mental y espiritual, sino al revés, la actividad de mente y espíritu establece las condiciones de la vida fisiológica.

Si examináramos nuestra conducta de ayer, seguramente veríamos cuánta energía vital malgastamos en hábitos viciosos y emociones siniestras que alteraron morbosamente los humores del cuerpo llamados por los científicos secreciones inter-

nas. Es posible perder mucha más energía cerebral y nerviosa en un arrebato de ira o un estallido pasional que en todo nuestro ordinario trabajo cotidiano.

Cuidan quienes lo tienen de afinar de cuando en cuando el piano, pero nunca se acuerdan de afinar el corporal instrumento de su espíritu, que con frecuencia está desconcertado. Se empeñan en tomar parte en la grandiosa sinfonía de la vida con su instrumento cascajoso y desafinado, y después se extrañan de que desentoné en vez de resonar con concertada armonía.

El capital objeto de nuestra vida ha de ser el de mantenernos siempre en el mayor grado de eficacia de nuestras potencias y facultades, para no malgastar energías, conservar la salud y hacer de toda oportunidad una magnífica ocasión de perfeccionamiento individual.

El inconveniente está en no apreciar la maravillosidad del mecanismo humano ni la divina esencia del espíritu a que sirve de medio de manifestación en el mundo físico.

Dijo Víctor Hugo:

El hombre es una infinitamente pequeña copia de Dios. Bastante gloria es esta para el hombre. A pesar de mi insignificancia, reconozco que Dios está en mí.

Quien no reconozca a Dios en sí mismo, y a su

cuerpo como templo o morada de Dios, no podrá tampoco medir sus fuerzas interiores ni determinar el límite de sus posibilidades. Perdemos de vista nuestra índole divina. Vivimos halagados ilusoriamente por las sensaciones animales en vez de elevarnos al nivel en donde con máxima intensidad vibran las facultades del espíritu. Nos arrastramos por el polvo como reptiles cuando podríamos volar como cóndores y águilas.

II. EL TRATO SOCIAL.

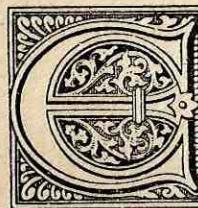
II. EL TRATO SOCIAL.

Hay en los buenos modales una inexplicable virtud que inconsciente, irresistible e instantáneamente excita la admiración.

Dadle a un joven garbo y donaire para presentarse en cualquiera parte con pleno conocimiento de lo que haya de hacer y será dueño de palacios y tesoros doquiera vaya.—EMERSON.

El joven de porte fino y trato atento encontrará siempre abiertas las puertas aunque carezca de bienes de fortuna.

Las gentes conocen intuitivamente quién está bien o mal educado y si es realmente un caballero o un remedio de caballerosidad.



N los Estados Unidos es muy frecuente que las personas acaudaladas leguen en su testamento crecidas mandas en favor de conductores de tranvía, revisores de trenes, cocheros, camareros de restaurán, dependientes de peluquería o de mostrador que en vida fueron amables y serviciales con ellos.

Quienes van a ciegas por el camino de la vida, esparciendo rudeza y descortesía a cada paso, no se dan cuenta del gran número de enemigos que se concitan o por lo menos levanta contra ellos el prejuicio de los demás. Semejante conducta ha

hecho perder magníficas ocasiones de adelanto, mientras que la conducta contraria abrió puertas para otros herméticamente cerradas.

Muy propio de la naturaleza humana, con excepción de los ingratos por lo mal nacidos, es corresponder con iguales demostraciones a la afabilidad y cortesía, y favorecer en la medida de nuestras fuerzas a quienes de semejante suerte se hayan portado con nosotros.

A veces una descortesía o una falta de amabilidad da ocasión a que el descortés se vea justamente abochornado.

En la mesa de un hotel, le dijo uno de los comensales al que tenía enfrente.

—¿Quiere usted hacer el favor de acercarme las vinagreras?

A lo que respondió el otro con aire altanero:

—¿Acaso me ha tomado usted por un criado?

—No señor; le había tomado a usted por un caballero.

Respecto al valor que la cortesía tiene en los negocios, he aquí el juicio de quien prosperó gracias a ella:

Debo decir que la afabilidad y la cortesía son en el mundo de los negocios de capital importancia. Nunca permitáis que los clientes se figuren que os rebajáis y sometéis al servirlos, sino por el contrario que experimenten la sensación de que les hacéis un favor. Conviene ser corteses, porque si bien reflexionáis observaréis que

mejorará el concepto que de vosotros mismos tengáis y el que de vosotros tengan las personas de vuestro trato. Es sorprendente la naturalidad con que uno es cortés luego de adquirido el hábito de la cortesía. Resulta una modalidad del inegocio y como una segunda naturaleza en cuanto le damos oportunidad para que lo sea.

No sabemos qué efecto producirá en los demás nuestra amabilidad y benevolencia sin melosas ni estudiadas exageraciones; pero sí podemos experimentar el efecto que inmediatamente produce en nosotros, pues imposible será que nos mostremos afables con todo el mundo sin notar la mejora de nuestro carácter.

Las expresivas frases de "muchas gracias", "usted me manda", "para servir a usted", "lo agradezco infinito" y otras análogas que tan a menudo olvidamos al tratar con quienes no pueden favorecernos o no necesitamos que nos favorezcan, deben salir del corazón y no ser artificioso mecanismo de los labios. Las cariñosas sonrisas, la abstención de palabras ofensivas o mortificantes y de chistes a costa ajena, las atenciones que prestemos a los demás en igual medida que en casos semejantes quisieramos que a nosotros nos prestaran ¡cuán fácilmente podrían alegrar la vida, enaltecer la conducta, mejorar el carácter, aquistarnos simpatías, suavizar las asperezas del trato social y abrirnos paso en el camino de la prosperidad!

Algunos jóvenes se figuran que porque tienen

habilidad para los negocios y han recibido cierto grado de cultura intelectual se les abrirán todas las puertas con sólo golpearlas con el aldabón sin necesidad de otras prendas personales. No cuentan con el fundamento de la cortesía. Olvidan que el arte de agradar es el arte de prosperar, con tal de no caer en el opuesto extremo de ser el agrandador de todos los Segismundos. No advierten que los finos modales son un pasaporte para llegar a la popularidad exenta de populachería y abrir las puertas del palacio de la prosperidad.

Muchos dan el primer traspieś en la carrera de su vida por la desagradable impresión que su aspecto produjo en el ánimo de quien solicitaban empleo. Están anhelosos de llegar a ser algo en el mundo, pero imposibilitan su adelanto al cerrar por su propia mano las puertas que encuentran a su paso. No son buenos con ellos mismos. Por doquiera vemos quienes a pesar de ser muy habilidosos en su profesión y trabajar hasta matarse, no adelantan gran cosa por vicio de la rudeza de sus modales y desabrimiento de su carácter que los malquista con todo el mundo y les concita generales antipatías.

Le preguntaba un comerciante a un muchacho que le solicitaba colocación:

—¿Sabes escribir? ¿Tienes buen carácter de letra?

—Sí.

—¿Sabes aritmética comercial y cálculo mercantil?

—Sí.

—Pues entonces no te necesito—concluyó diciendo el comerciante.

Un amigo que había escuchado el diálogo, le dijo al comerciante:

—Pero, vamos a ver, ¿por qué sabiendo ese muchacho lo que por de pronto necesita saber un aprendiz, no lo has admitido?

—Porque no sabe decir "sí señor" y "no señor". Si responde de esa manera tan seca al solicitar colocación, ¿cómo responderá a los parroquianos?

Como este muchacho abundan los jóvenes que por sus bruscas maneras y groseros modales pierden valiosas ocasiones de adelanto. No son buenos con ellos mismos. Se perjudican sin advertirlo. Es necesario que alguien les aconseje y los instruya en el no difícil arte de la cortesía y la urbanidad siempre y cuando no sea una variante de la hipocresía, sino la sincera expresión de la bondad.

Después de la honradez de conducta, acaso no hay nada que como los finos modales contribuya tan eficazmente al éxito en la vida. En igualdad de otras circunstancias, de dos jóvenes que soliciten una colocación la obtendrá seguramente el que con más finos modales y mejor aspecto personal se

presente, porque en estos casos todo consiste en la primera impresión. Los modales bruscos, las maneras torpes, el lenguaje grosero o la áspera inflexión de voz suscitan instantáneamente un mal concepto que cierra la puerta de los corazones, porque parece como si la expresión del semblante y las actitudes y prestancia personal fuesen la taquigrafía del carácter.

Muchísimos profesionales de no muy excelente habilidad prosperaron hasta el punto de labrarse una fortuna sin otro fundamento que sus corteses modales. Médicos hay que deben su éxito y fama a las alabanzas de los enfermos a quienes salvó la vida y se hicieron lenguas de su amabilidad, delicadeza, consideración, atenciones y cortesía. Esta misma ha sido la experiencia de muchos abogados, clérigos, comerciantes y de profesionales en todos los órdenes de la vida.

Juan Wanamaker atribuye en gran parte su prosperidad al cortés trato que siempre dió a sus clientes.

Un opulento banquero dice a este propósito:

La experiencia de cincuenta y seis años en el negocio de Banca me ha convencido de que la cortesía es uno de los capitales factores del éxito en la carrera de la vida.

Todos los dueños de establecimiento comercial comparten hoy las ideas de este banquero, con-

vencidos también de que la cortesía es una cualidad remuneradora, que nada cuesta y vale mucho. Los comerciantes de todo género y categoría comprenden que las gentes preferirán privarse de ciertas comodidades o adquirir artículos de inferior calidad, a frecuentar los comercios en que se trate groseramente a los parroquianos.

La cortesía y afabilidad de la dependencia de un establecimiento atraerá a millares de clientes disgustados del establecimiento rival cuyos dependientes sean rudos y groseros. Todo el mundo aprecia la cortesía, y la más leve demostración de interés personal hacia los demás nos aquistará su benevolencia, siendo así un excelente medio de atraer y conservar a los parroquianos en un establecimiento comercial.

Un comerciante que ha tenido completo éxito en establecer gran número de almacenes en diversas poblaciones, dice que el lema de su enorme volumen de negocios ha sido el de "Muchas gracias". Un día se gastó un dineral en expedir a cada uno de sus millares de empleados y dependientes un telegrama preguntándoles: "¿Ha dicho usted "muchas gracias" a los parroquianos a quienes sirvió hoy?"

Los que en todo descubren el aspecto jocoso le sacaron a este comerciante el remoquete de "Don Deogracias"; pero lo cierto es que burla burlando

logró acostumbrar a todos sus dependientes a despedirse de los parroquianos con la frase para él sacramental de "muchas gracias", encargándoles que establecieran relaciones lo más amistosas posible con ellos, atendiéndolos de modo que cada cual viese que para él y nadie más era toda la atención del dependiente, de suerte que no sólo volviera a la tienda, sino que llevase a sus amigos y conocidos.

Algunas compañías ferroviarias de los Estados Unidos han ganado muchos millones por el favor del público que se ha visto solícitamente atendido y cortésmente tratado por los empleados, mientras que otras hubieron de suspender pagos porque la desconsideración con que trataban a los pasajeros les enajenó las simpatías del público.

Así es que ferrocarriles, bancos, almacenes, teléfonos, telégrafos, seguros, electricistas, todas las instituciones que en los Estados Unidos son de empresa particular sin privilegios ni monopolios insisten en la necesidad de que los empleados sean amables con el público.

No hace todavía muchos años bastaba la idoneidad para obtener un empleo sin que se hubiera cuenta del aspecto personal; pero hoy día, el atractivo y los corteses modales son factores de capital importancia en la elección de empleados que han de estar en constante contacto con el público, porque además de la habilidad profesional se requiere

la de atraer clientes a la casa en donde presta sus servicios.

Si no fuera por más altos motivos, el propio interés bastaría para que reconociéramos la importancia de las que a primera vista parecen frivolidades y son en realidad el suavizador de las asperezas que la oposición de interés o la porfía en las pretensiones levanta a cada punto en el trato social.

Hemos de aprovechar la ocasión de animar al abatido con palabras de consuelo, de iluminar con un rayo de júbilo, con una mirada de benevolencia y simpatía, el camino del que vaya agobiado por las pesadumbres de la vida. Una sencilla expresión de agradecimiento por un favor, por un servicio, aunque recibamos el pago de la prestación; un suave "usted dispense" o "usted perdone" cuando sin advertirlo causemos molestia a alguien; la plena atención concedida a quien con nosotros hable prescindiendo entonces de nuestra personalidad para que tome pleno relieve la del interlocutor; la paciencia en escuchar cuando otro habla sin cometer la grosería de interrumpirle; la amable consideración y respeto a los sentimientos o ideas y opiniones de los demás; la deferencia con las personas mayores, y el respeto a todo ser pensante, cosas son todas inherentes a las leyes y pragmáticas de la genuina y perpetua hidalgüía

que se comprendian en el conciso epítome de los buenos modales.

Nadie hay tan mísero, tan ignorante o tan malvado que no pueda ponerlas en práctica. No cuestan un céntimo y valen millones.

Dice un famoso clérigo norteamericano:

Muy deplorable comentario a nuestra engréida civilización es el de que un viajante de nuestro país haya sufrido el bochorno de verse invitado a ser atento y cortés, y prescindir de sus "modales norteamericanos" al tratar con los comerciantes del Japón.

Los conductores de tranvía no suelen distinguirse por su urbanidad con los pasajeros, aunque les cabe la disculpa de que su oficio es monótono y pesado, con la añadidura de que tampoco entre los pasajeros es muy común la cortesía, sino que por el contrario salen a cada paso con exigencias muchas veces contrarias al reglamento, que exasperan al conductor y lo predisponen a la grosería.

En cambio, los hay que deseosos de complacer al público, ayudan a subir al coche a las mujeres ancianas, a los niños y a los valetudinarios.

Muchas gentes no se creen obligados a ser atentos y corteses cuando viajan por el extranjero o se mueven entre el bullicio de una ciudad populosa donde apenas encuentran de tarde en tarde una cara conocida, al revés de lo que sucede en las po-

blaciones de corto vecindario donde todo el mundo se conoce aunque no se trate.

Es un curioso fenómeno psicológico que quienes caballerosamente se portan entre amigos y conocidos no tengan reparo en mostrarse egoístas y groseros con los extraños. El que en modo alguno se prevaldría de su fuerza para adelantarse a subir al tranvía empujando hacia atrás a una señora conocida, y que cortésmente le cedería su asiento si todos estuviesen ocupados, no vacila en abrirse paso a codazos y empujones en perjuicio de señoras mayores y de tiernas criaturas a quienes no conoce, y una vez en su asiento encubre su rostro bajo el velamen del desplegado periódico, sin cuidar de las señoras que van de pie en la plataforma o en el pasillo central.

En los grandes almacenes de las ciudades populosas de los Estados Unidos suele verse multitud de público agolpado frente a las cajas de cobro, cada quién con la pretensión de que lo despachen primero que a nadie, sin considerar que muchos otros están allí en espera desde largo tiempo antes.

Por desgracia, en las ciudades populosas donde no se sabe de dónde sale la gente, y todo el mundo va deprisa y corriendo como si a pesar de tanto gentío se fuera a apagar el sol para siempre, el espectáculo de las multitudes que se apretujan y codean para lograr buen sitio o ser los primeros

en cualquiera ventanilla de despacho, es un siniestro estímulo de los más bajos instintos egoístas de la bestia humana.

Pero no todo el monte es orégano ni en todas partes es la grosería brutal bochorno de la civilización. En España, o al menos en la industrial, culta y progresiva Cataluña, que siempre ha sido la mejor curtida porción de la corambre ibérica, es ya una virtud cívica concretada en costumbre popular el respeto al derecho ajeno.

Doquiera hay aglomeración de público, en las taquillas de los cines y teatros y de las estaciones ferroviarias, en las ventanillas de los bancos, en las puertas de los estancos, en los alrededores de las fuentes callejeras, en los colegios electorales si la votación es nutrida, se colocan las personas que allí acuden una tras otra en larga fila a que llaman *cola*, y nadie se atrevería a tomar la delantera ni a interpolarse disimuladamente en un punto de la fila que no le correspondiera. Todos tienen la atención cuando allí llegan de preguntar "quién es el último", para colocarse tras él en paciente espera de que por turno le despachen.

Aun en los casos en que todavía no se ha establecido la costumbre de formar *cola*, como en los andenes ferroviarios para subir al tren o en los puntos de parada de los tranvías, son muy pocos los que recurren a codos y puños para pasar de-

lante de señoras, niños y ancianos. Por lo general, se respeta el turno espontáneo que a cada uno le da el punto en que se halla. Es una costumbre que enaltece en grado sumo al pueblo catalán.

En los Estados Unidos es muy frecuente que los pasajeros de las plataformas formen una muralla impenetrable que impide la subida y bajada de los demás. Parece como si los pies echaran raíces en la tarima sin que por nada del mundo les arrancaran de allí. Dicen que *están en su sitio* y no se quieren mover.

En Barcelona, a pesar de que los tranvías suelen ir siempre no sólo completos, sino con racimos humanos pendientes de los estribos y de todos los puntos del coche que puedan servir de asidero, nadie niega el paso de subida o bajada cuando es necesario, sino que por el contrario, todos se prestan a ayudar a quien sube o baja. Es otra costumbre que también pregoná el sentimiento de cívica confraternidad del pueblo catalán.

En algunas vicisitudes de la historia el destino de las naciones cambió por virtud de la delicadeza, cortesía y amabilidad de un diplomático que dando de mano a las tradicionales travesuras del oficio, obró con entera sinceridad. Por el contrario, la insidiosa, el ardid y la mala fe, en compañía de la brusquedad y rudeza, encendieron la guerra entre las naciones.

Cuando Tomás Francisco Bayard, José Hodges Choate y Whitelaw Reid, que fueron embajadores de los Estados Unidos en Londres, cesaron en su cargo, toda la prensa británica se hizo lenguas de la caballerosidad, el tacto y la delicadeza con que habían cumplido sus difíciles misiones diplomáticas.

Bayard evitó una guerra entre los dos países, llevando con admirable prudencia y exquisita cortesía sin menoscabo de la dignidad, las espinosas negociaciones que de 1893 a 1897 se siguieron entre Londres y Washington a propósito de las diferencias surgidas sobre las pesquerías en el mar de Bering.

Choate, que desempeñó la embajada desde 1899 a 1905, fué famoso por su amena e ingeniosa conversación en los convites con que obsequiaba a los ministros y al cuerpo diplomático, captándose por su cortés franqueza las simpatías de cuantos le trataban.

Su sucesor en el cargo, Whitelaw Reid, que lo ejerció de 1905 a 1913, había sido ya en 1897 embajador extraordinario cuando el jubileo de la reina Victoria de Inglaterra y fué un entusiasta defensor de la paz y armonía entre todas las naciones del mundo.

Benjamín Franklin, uno de los más firmes y enteros caracteres que ha producido la humani-

dad, digno de figurar con fiesta solemne de primera clase en el santoral de la civilización, cimentó en firme la amistad entre Francia y los Estados Unidos, que perdura aun hoy día sin quebranto. Mientras estuvo en París, de 1778 a 1785, negociando la alianza de Francia con las colonias sublevadas, la gente se paraba en la calle para ver y admirar al más afable y cortés norteamericano que había surcado los mares.

Nadie es capaz de estimar la influencia moral que ejerció Gladstone en el pueblo inglés y en las naciones que durante las épocas de su gobierno trataron con la Gran Bretaña. Un político contemporáneo dice de Gladstone que no sólo fué eminente estadista, sino la más poderosa individualidad aparecida en Inglaterra durante diez siglos. Lo mismo saludaba al cochero de punto que le acababa de conducir en su vehículo al Parlamento, que a los pares y señores del reino.

La intensidad de la vida norteamericana es una de las causas de la rudeza y grosería de modales que caracteriza a la generalidad de los habitantes de los Estados Unidos. Nuestra manera de andar no tiene nada de airosa. Somos un pueblo demasiado neurasténico que siempre tiene miedo de llegar tarde a todas partes.

El caballero Andrés de Fouquières, un parisien de exquisita cortesía y finísimos modales, después

de visitar las principales ciudades de los Estados Unidos, decía al relatar sus impresiones:

Me complacería ver establecida en las escuelas norteamericanas la enseñanza de la urbanidad. Fuera de mucho provecho dedicar semanalmente una hora de clase a esta asignatura, sin que por ello padecieran los demás estudios entre los cuales hay algunos completamente inútiles. Un profesor idóneo podría enseñar en dicha clase, no sólo las reglas de urbanidad y las prácticas de trato social, sino también el arte de vivir decorosamente con repugnancia de las groserías de conducta y delicadeza que debemos observar en las relaciones sociales. De esta manera podrían ser los niños el futuro fundamento de una nación que influyese en el carácter del mundo. No digo que estas clases de preceptiva urbana sean únicamente necesarias en los Estados Unidos, pues también convendrían en Francia para tener algún día una Cámara de Diputados cuyos miembros no se insultaran soezmente hasta llegar a las manos.

El profesor de urbanidad debería enseñarles a los niños que al hablar con una señora o con un mayor en edad, categoría o mando, han de descubrirse y continuar gorra o sombrero en mano hasta que les manden cubrirse. Han de responder con amabilidad sin contradecir jamás abiertamente a un superior, pues hay otros modos de expresar la propia opinión sin necesidad de desmentir a nadie.

Han de saber que nunca se ha de entrar en un salón de visitas con los pantalones en dobladillo ni sin guantes, porque entre personas decentes fuera lo mismo que entrar descalzo.

No han de olvidar que la cortesía engendra generosidad y benevolencia, por lo que todo joven deseoso de prosperar ha de ser un modelo de amabilidad y finura. Sus modales le allegarán la estimación o por lo menos

la neutralidad de cuantos se pongan con él en contacto y esto le ayudará poderosamente a obtener éxito en la vida.

Aun desde el punto de vista del interés personal, la grosería es un mal negocio, porque nadie sabe si llegará a necesitar en alguna ocasión del auxilio o el favor de aquellos a quienes trató abusivamente.

Una vez, cierto aventurero que había encontrado una mina de oro en terrenos de primer ocupante, fuese presuroso a las oficinas de un banquero de la ciudad de Colorado Springs en solicitud de un préstamo. Con las priesas no se había preocupado el buen hombre de acicalarse, y se presentó en la oficina con el andrajoso traje que llevaba en la mina.

Al verle en tal facha, el banquero le respondió desdenosamente:

—Aquí no prestamos dinero a vagabundos.

El minero se marchó sin replicar palabra, pero cuando hubo vendido su mina por diez millones de dólares tuvo ocasión de pagarle al banquero en la misma moneda, porque habiéndole solicitado que abriese cuenta en su Banco, le respondió desdenosamente:

—No, señor. Usted no tiene necesidad de tratar con vagabundos.

Un adagio de profunda filosofía dice: “¿Qué

importa que una cosa sea de oro si os parece de latón?" Así no basta tener, como suele decirse, un corazón de oro, con carácter firme y voluntad recia, sino que es preciso manifestar en nuestras palabras, actitudes, modales y obras la valía de estas prendas individuales.

Se ha observado que desde los siete a los catorce años denotan los niños la influencia de su madre, cuyos modales e inflexiones de voz imitan inconscientemente, pero que desde los catorce en adelante empiezan a mostrar personal independencia y contraer hábitos peculiares. Por lo tanto, en esta edad, en que se inician los pujos de autonomía individual, se ha de tener sumo cuidado en adquirir los modales urbanos que más adelante han de ser inequívoca expresión de cumplida caballerosidad.

La finura y delicadeza de trato social es la natural resultante de haberse criado en el seno de una familia decente, distinguida en el sentido de que la corrección de la forma sea espontánea manifestación de la exquisita bondad del fondo. No cabe duda de que el hogar es la primera y más eficaz escuela de costumbres.

El joven cortés y atento con sus padres y hermanos lo será también con todo el mundo. Quien se porte urbanamente en el trato familiar adquirirá el hábito de la cortesía como segunda naturaleza y también será cortés en el trato social.

Cuando en la calle o en visita vemos a un joven que instintivamente, sin afectación ni violencia por su parte, habla y obra con olvido de sí mismo y en atención a los demás, al punto conocemos que está finamente educado, que nació y se crió en un hogar de exquisita cultura moral y cívica y que desde su pubertad está acostumbrado al trato de la decente sociedad.

La cortesía debe ser la regla, no la excepción. Si se respirara un ambiente de fraternal civismo en teatros, tranvías, calles, iglesias, cafés, cines, trenes, balnearios, doquiera que suele haber copiosa afluencia de gentes de toda edad y condición social, pero identificadas por naturaleza, todos nos sentiríamos influídos por el saludable contagio de la benévolas cortesía.

Dice Emerson:

Cuenta Andersen que para vestidura de un rey tejieron las hadas un manto de tan sutilísima tela que era invisible a la mirada de los cortesanos. Así por lo delicadas y sutiles deben ser las maneras que como invisible ropaje revistan a un carácter de regia dignidad.

Y aunque ciertamente que la verdadera cortesía ha de nacer del corazón, sucede con frecuencia que una persona de excelentes sentimientos, capaz de sacrificar sus comodidades personales en beneficio de un menesteroso a quien no conozca, resulte en apariencia esquiva, egoísta, huraña y grosera por

no haber recibido en su infancia el pulimento que necesita toda madera humana.

Uno de los más provechosos resultados de la educación urbana, que tantos puntos de contacto tiene con la cívica, es que ayuda a vencer la timidez, evita muchos malos ratos, acrecienta la confianza propia, proporciona los puros goces de la amistad y contribuye por la adquisición de buenos amigos a nuestro adelanto en la carrera de la vida.

Los jóvenes que han estado durante toda su infancia recluidos convencionalmente en un internado de colegio, sin ver más mundo que el de los periódicos días de salida, se quedan como palomitos atontados o gallinas en corral ajeno al presentarse en sociedad. La rigurosa disciplina del internado les deprimió el carácter en vez de enaltecerlo. Se empleó con ellos un procedimiento invertido, como si un torpe profesor de gimnasia en vez de robustecer el pecho del alumno le sacara por inversión de movimientos una jiba en la espalda.

Pero si no son lerdos de nacimiento podrán ver, oír y observar cómo se portan los acostumbrados al trato social, y pronto se portarán tan bien como ellos, pues nada más fácil de aprender que la cortesía para todo el que tenga delicados sentimientos y esté dispuesto a complacer y servir al prójimo.

Sé de un forastero que llegó hace años del campo sin el más leve rudimento de urbanidad y que

durante largo tiempo residió en los barrios bajos de Nueva York, pero que habiendo allegado con su trabajo una fortuna, se empeñó en pulir su persona, no sólo con el postizo aditamento de los trajes elegantes, sino con la finura y delicadeza de sus modales.

Por supuesto, que algo se le conocía en el fondo de su primitiva rudeza, porque la finura se ha de adquirir desde la cuna; pero logró acercarse lo suficiente al tipo del caballero cortés para que cuantos un tiempo lo habían conocido quedaran asombrados de su transmutación.

También su mujer fué en un principio ruda y desmañada, pero a fuerza de observación logró asimilarse los modales de señora distinguida.

Se ha dicho que la urbanidad es el arte de expresar sinceramente nuestros sentimientos y emociones en todo aquello que pueda agradar sin lisonja y callando todo cuanto pueda ofender sin justicia. Por lo tanto, en la bondad de corazón y delicadeza de sentimientos, en la práctica de la virtud está el más sólido fundamento de la urbanidad y cortesía.

III. ENERGÍA Y VOLUNTAD.

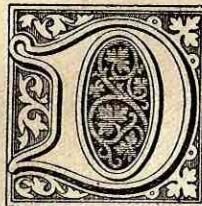
III. ENERGÍA Y VOLUNTAD.

El placer que acompaña al trabajo pone en olvido la fatiga.—HORACIO.

Beneficio de Dios es que las cosas honradas y virtuosas sean las más útiles.—QUINTILIANO.

La recompensa de una buena acción está en haberla hecho.—SÉNECA.

De ordinario sólo tienen por causa nuestras sombras el estar nosotros paralizados al lívido sol de nuestro egoísmo.—EMERSON.



ECÍS que deseáis ser hombres de provecho, que queréis marchar siempre hacia adelante. ¿Por qué no convertís el anhelo en acción? ¿A qué esperáis? ¿Qué os detiene? ¿Qué os rezaga? Reflexionad sobre estas preguntas y responderéis sinceramente que el único obstáculo está en vosotros mismos. Nadie más entorpece vuestros pasos.

Por doquiera abundan las ocasiones de adelanto incomparablemente más favorables que jamás las tuvieron en otras épocas millares de jóvenes que avaloraron su vida.

A vosotros corresponde indagar en dónde está y cuál es el impedimento. ¿Es físico o mental? ¿Os falta vigor físico? Entonces estará deprimida vuestra vitalidad y seréis flacos de voluntad.

¿Es deficiente vuestra educación? ¿No domináis la técnica de vuestra profesión? ¿Sabéis qué insuficiencia es la causante de vuestro fracaso en realizar vuestro propósito y satisfacer vuestros anhelos? Muy a menudo un al parecer insignificante defecto o rasgo de carácter resulta tan poderoso como grilletes de hierro para impedir al hombre el logro de nobles aspiraciones y legítimos deseos. Se ata con sus propias cadenas.

Por lo tanto, si vuestros actos no están al mismo nivel que vuestros anhelos, prueba será de que algún impedimento se opone a la nivelación.

Si no estáis satisfechos del resultado de vuestros esfuerzos, haced escrupuloso examen de conciencia, inventariad vuestro haber físico y mental, y ved en dónde resbalasteis, en dónde tropezasteis, en dónde caísteis, en dónde y por qué cometisteis los más graves errores.

Todos sabemos que la resistencia de una cadena no está en su eslabón más recio por fuerte que sea, sino en el más débil. Buscad vuestro eslabón débil y fortalecedlo.

No os abroqueléis tras excusas tan necias como la de que la suerte os mira con malos ojos, que nadie os ayuda ni os tiende una mano protectora ni os muestra el camino de la prosperidad.

Si hay algo en vosotros y de ello os percatáis y os conducís dignamente con vosotros mismos, en-

contraréis el camino o con vuestras propias manos lo abriréis si no lo encontráis.

El gerente de uno de los principales almacenes de Nueva York decía recientemente:

A pesar de los frecuentes lamentos que por doquiera se oyen acerca de la escasez de colocaciones y falta de favorables coyunturas, es muy difícil encontrar meritorios y aprendices de uno o de otro sexo que estén correctamente versados en las cuatro reglas fundamentales de la aritmética.

La culpa de tan bochornosa deficiencia cabe por mitad al defectuoso sistema didáctico de las escuelas primarias y a la floja disposición de los alumnos, resultando que no sólo salen de la escuela muy ruinamente equipados para los negocios, sino lo que es peor, sin la energía y la voluntad necesarias para vencer.

Ahora bien; sin energía ni voluntad de nada sirve la educación ni hay en la tierra poder alguno capaz de otorgar el éxito a quien no esté dispuesto a pagar lo que cuesta alcanzarlo.

En los tiempos de la colonización norteamericana, persiguieron los indígenas a uno de los primeros zapadores que abrieron nuevos caminos al progreso humano a través de una solitaria e inhóllada selva que entonces se dilataba por un país ahora cubierto de cultivadas granjas y florecientes poblaciones y cruzado en todos sentidos por carreteras y ferrovías.

Vivía solitario en su cabaña a estilo de guardabosque, sin otra arma que un fusil de chispa,

pero de redoblada eficacia por su habilidad en manejarlo, su firme propósito de realizar la civilizadora obra que había concebido y su indomable valor y agudo ingenio, cualidades todas que lo mantenían bien dispuesto para cualquiera eventualidad, rodeado como estaba de astutos e implacables enemigos.

Sin embargo, nadie por muy experimentado que esté en las cosas de este mundo, puede considerarse perfectamente dispuesto a arrostrar las imprevistas contingencias que de pronto sobrevenidas requieran inmediato remedio.

Una de estas contingencias le salió al paso a nuestro héroe, que en modo alguno se la podía imaginar, por ser de todo punto distinta de cuanto le había ocurrido hasta entonces en su conturbada vida.

En el terremoto que a principios del pasado siglo ocurrió en el valle del Misisipí quedaron total o parcialmente cubiertas de agua dilatadas extensiones de tierra. Una de éstas, en forma de pantano, caía precisamente en el camino que el colono había abierto, y en su vasta charca combinaba la traicionera suavidad de la arena movediza con la adhesiva tenacidad de la arcilla cenagosa.

La superficie del pantano era demasiado inconsistente para soportar el peso de un hombre y demasiado compacta para que por ella pudiese bogar

una canoa. Era evidente que no había camino alguno para cruzar el pantano, y el único remedio que le quedaba al perseguido por los indígenas era concebir y trazar uno cuanto antes para no caer en manos de sus enemigos.

El colono no vaciló un momento. Rápidamente desgajó dos amplias tiras de la corteza de un árbol medio podrido que por allí cerca había, y llevándoselas al pantano, botó una de ellas y colocóse encima a modo de almadía.

Pero como le faltaban remos y aunque los tuviera no le hubiesen servido para bogar, puso delante de la tira de corteza en que se hallaba la otra que hasta entonces había sostenido en la mano, y pasóse a ella, adelantando así un trecho igual a la longitud de la tira de corteza. Después colocó delante la que ya le había servido, y alternando su colocación en línea recta alcanzó la opuesta margen del pantano y se llevó consigo las tiras de corteza.

Cuando los salvajes llegaron junto al pantano, ya estaba el colono escondido en la espesura de los bosques, y no pudieron perseguirlo, pues les era imposible cruzar el pantano ni acertaron a explicarse cómo había logrado escapar a la persecución.

Así hay en la vida dificultades que vigorizan la mente y acrecientan el aguante.

En los países tropicales, donde la naturaleza proporciona espontáneamente el sustento al hombre sin otro esfuerzo que el de alargar la mano para tomarlo de los árboles frutales como en la dichosa edad de oro que tan hermosamente describe Cervantes, y en donde el clima ha resuelto el problema de la vivienda y del vestuario, las gentes son de por sí apáticas, perezosas, holgazanas, indolentes y brutalmente pasionales. Apenas saben en qué consiste el señorío de uno mismo ni lo que cuesta dominar las circunstancias, adaptarse a un clima riguroso o vencer las asperezas de un ingrato suelo.

Por esto han contribuído muy poco a la civilización los habitantes de la zona tórrida. Todo cuanto da valor a la vida, las hazañosas empresas, las invenciones y descubrimientos, las nobles acciones, los progresos de la industria, la ciencia y el arte han sido aportados a la civilización por hombres que hubieron de vencer las rebeldías de la materia, de luchar contra las arduas condiciones de la agreste y muchas veces agresiva Naturaleza, que desbarataron obstáculos y vivieron en las zonas donde se sufren los rigores del frío y los enervamientos del calor.

Dudosos es que haya en el mundo otro lienzo de tierra más abundante en caracteres enérgicos que la comarca llamada Nueva Inglaterra, cuyo suelo

es de por sí ingrato, árido, rebelde, inhospitalario y cuyo clima transpone para llegar al rigor los límites de la inclemencia.

Los obstáculos que en un principio encontraron en su camino aquellos hijos de Nueva Inglaterra fueron estímulo eficaz de su fortaleza y perseverancia con todas las demás características que conducen a las excelencias del éxito.

El que espera las ocasiones oportunas y las circunstancias favorables arriesga estar esperándolas toda su vida sin que jamás se le deparen. Sólo marcha y sigue adelante y triunfa en este mundo el que lucha contra la adversidad y prevalece contra los obstáculos con el lema de "quiero y puedo" cuando los demás se atascan en el hoyo de la palabra "imposible". ¿Y por qué así? Porque la lucha emprendida contra los obstáculos vigoriza las fuerzas que paso a paso lo conducen a la realización de su propósito.

Cuando el duque de Alba se enteró de que el príncipe Guillermo de Orange intentaba acudir con una escuadra holandesa en auxilio de la ciudad de Leyden, sitiada hacia ya cuatro meses por los españoles, exclamó:

—Más fácil le sería al príncipe de Orange arrancar del cielo las estrellas, que llevar las aguas del océano a los muros de Leyden.

Estaba a la sazón el príncipe agobiado por la

fiebre en su residencia de Rotterdam, y de sus apergaminados labios salió esta orden concisa y energética:

—Romped los diques y devolved al oceano la tierra holandesa, porque más vale nuestra tierra sumergida que esclava.

Empezaron los obreros a demoler uno tras otro los diques, y como la tarea era larga y costosa, los sitiadores se burlaban del intento; pero una violenta galerna equinoccional movió tierra adentro las aguas del mar de tal manera, que la escuadra holandesa pudo tomar posiciones junto al campamento de los sitiadores. Al día siguiente hicieron los sitiados una salida para atacar al enemigo, viendo con grata sorpresa que había levantado el sitio al amparo de la noche.

Al otro día mudó el viento y una tempestad en sentido contrario a la galerna barrió las aguas de la tierra holandesa, y reconstruídos al punto los diques, volvió el mar del Norte a quedar preso en sus antiguas lindes.

Cuando al llegar la primavera se cubrieron los campos de flores, una alegre comitiva recorrió las calles de la ciudad libertada para fundar la que había de ser famosa universidad de Leyden en cuyos fastos resplandecerían los nombres de Grctio y Descartes.

¿Quién podrá desviar del camino del éxito a una

voluntad firmemente resuelta? Colocad pedruscos ante sus pasos y los convertirá en peldaños de la escala de su grandeza. Despojadle de su dinero y acicate habrá de serle la pobreza. Amputadle un brazo y escribirá *El Quijote*. Encerradlo en un calabozo y dará al mundo *La Jornada del Peregrino*. Dejadlo en tosca cuna en una solitaria choza de leñadores y con el tiempo lo veréis en los salones de la Casa Blanca.

Samuel Johnson, el famoso crítico y literato inglés, autor de *La Vanidad de los deseos humanos* y de *Vidas de Poetas*, que en su juventud luchó acérrimamente con la pobreza, declara alegremente por la experiencia:

Todo cuanto admiramos en el ingenio o talento humano, en arte, letras, ciencias e industria, son ejemplos de la fuerza irresistible de la perseverancia.

Y en efecto, la adversidad espolea al hombre determinado y lo lleva más rápidamente al éxito. El grado en que un hombre vea insuperables obstáculos e invencibles dificultades en su camino, será la medida de su aptitud para el éxito.

Algunos ven ante sus pasos tantos impedimentos e imposibilidades, que se descorazonan y no se mueven del sitio en donde los deja el empuje de las ventoleras de la vida, mientras que otros se sienten tan superiores a cuantos obstáculos arries-

guen interceptarles el camino, que ni siquiera hacen caso de ellos.

Todos conocemos a quienes repugnan luchar contra lo que les parece imposible, creyendo que cuanto hagan para conseguirlo será dar coices contra el aguijón; y sin embargo, no falta en su cercanía quien lleve triunfalmente a cabo lo que ellos conjeturaron por imposible.

Recuerdo el caso de un joven tan acostumbrado a creer en imposibilidades, que teme ahogarse en media gota de rocío y a la menor dificultad desiste de su empeño. Si no ve su camino liso, llano y firme no se atreve a dar un paso. Si sospecha algún obstáculo se desanima y deserta antes de empezar la batalla. Así es que se porta consigo mismo mucho peor que pudiera tratarle su más encarnizado enemigo.

Si nuestro propósito se queda en vago deseo de lograr una cosa con tal de que no cueste mucho esfuerzo, faltarán entonces magnetismo atrayente en el propósito. Pero cuando el deseo es vivo, vehementemente y ardoroso, se convierte en anhelo, en aspiración firmísima, auxiliada por la voluntad de lograr lo que esté al alcance de las fuerzas humanas. Esta es la actitud mental que logra la victoria.

El hábito de desertar antes de la batalla es incompatible con toda recompensa. Es un golpe mortal contra el desenvolvimiento de la origina-

lidad y la entereza de carácter sin las que nadie puede militar honrosamente en las filas de las clases directoras. Por el contrario, habrá de ser siempre un satélite, un secuaz a remolque de los talentos superiores.

Quien intente abrirse paso en el mundo y no se sienta capaz de derribar las muchas barreras que le obstruyen el camino, no ha de amilanarse por ello, porque los obstáculos que tan formidables le parecen vistos de lejos, se irán aminorando a medida que se aproxime a ellos.

Si tiene confianza en la justicia de la ley moral y la obedece, y en esta obediencia funda la confianza en sí mismo, verá como se le allana el camino según por él adelante.

Mucho le ayudará en este empeño la lectura de las biografías de los hombres que fueron limpian-
do su camino de obstáculos al parecer insuperables (1).

A medida que se engrandece la fe se empequeñecen las dificultades. Tal es el significado de la tan repetida frase de que la fe mueve las montañas.

Toda la ciencia de la eficacia personal y del éxito en la vida se resume en la vigorosa y persis-

(1) En la obra titulada: *Cómo se llega a millonario* encontrará el lector las biografías de los próceres de la moderna industria, que de la pobreza se alzaron al pináculo de la prosperidad. — (N. del E.).

tente afirmación de que queremos, sabemos y por lo tanto podemos hacer aquello en que nos empeñamos. Consiste en mantener siempre la vista fija en nuestro ideal sin volvemos a un lado ni a otro aunque nos halaguen las delicias de un paraíso o nos amenacen los terrores de una catástrofe.

Si vuestra determinación flaquea, si alguna persuasión os aparta del propósito de vuestra vida, podéis tener la seguridad de que vais por mal camino.

Ejemplo de lo mucho que puede una voluntad energética nos lo da el economista alemán Hugo Stinnes, que empuña el cetro de la industria de su país y desempeña un papel de primer orden en la política europea. Es Stinnes uno de los mantenedores del sistema de consorcios industriales que empieza a substituir a los monopolios norteamericanos y consiste en relacionar con el lazo de los comunes intereses las minas de hulla y hierro con la línea de navegación o la ferrovía que ha de transportar el mineral, con el alto horno que lo utiliza, con el comerciante que vende los lingotes y el Banco que descuenta las facturas.

Mediante este sistema dirige Stinnes una producción anual de diez y siete millones de toneladas de hulla, treinta y cinco altos hornos que rinden millón y medio de toneladas de lingote, las fábricas de electricidad Siemens-Halske, Schuc-

kert y Siemens-Schuckert, y las líneas marítimas Deustch Ostafrika y el Lloyd de Bremen.

¿De dónde deriva la fuerza y riqueza de este hombre? De sus condiciones personales, de su inteligencia, dotes de organización y habilidad para manejar a cuantos trabajan a su alrededor. Es el magnate de la industria germánica.

¿Para quién trabaja este hombre? En primer lugar para salvar a su patria de la afflictiva situación en que la sumió la perdida de la guerra. El interés personal queda en segundo plano.

La quebrantada salud o la deformidad física pueden a veces entorpecer los pasos, aunque hay numerosos ejemplos de éxito a pesar de estos obstáculos naturales, como Tomás Carlyle y Jaime Watt, que agobiados por la dispepsia se sobrepusieron con la energía de su voluntad a los padecimientos físicos; pero en la inmensa mayoría de los casos, si los jóvenes no dan en firme los primeros pasos por el camino de la vida o no llegan a realizar su propósito, es por falta de energía en su resolución. Se acobardan ante cualquiera negativa. Dos o tres tropiezos embotan su determinación. No echan de ver que todo éxito valedero es la consecuencia de una inquebrantable resolución, de firmísima confianza y de persistente, vigorosa, atenta y esforzada labor.

Dice Samuel Smiles:

Si los deseos y aspiraciones no pasan de tales, engendrarán en las mentes juveniles una especie de clorosis moral. Es necesario concretar cuanto antes el anhelo en acción. De nada sirve esperar a que *Blücher llegue*, como hacen muchos, sino que entretanto deben luchar y resistir como hizo Wellington en Waterloo. Una vez formado el buen propósito debe realizarse denodadamente y sin vacilaciones. Quien difiere su aplicación a la obra o la elude con frívolos pretextos está en camino de definitivo fracaso.

Por lo tanto, buscad algo en que ocuparos en armonía con vuestras aptitudes y trabajad en ello con todas vuestras fuerzas, porque el fracaso huye a mil kilómetros de distancia del esforzado y ganoso trabajador.

Oigamos a Guillermo de Humboldt, hermano mayor del famoso naturalista:

El trabajo le es al hombre tan necesario como el alimento y el sueño. Aun aquellos que no trabajan porque tienen resuelto el problema material de la vida, han de ocuparse en algo, porque es imposible que un hombre pase la vida sin hacer nada.

Y añade el canciller Bacon:

El hombre prudente debe proponerse algún objeto en la vida, porque a quien no pone especial empeño en algo, todo le parece tedioso y aburrido.

El trabajo, que a muchos les parece una condena, es realmente la salvación de la raza humana. Es el más eficaz educador. No hay otro medio tan

a propósito para vigorizar las fuerzas, acrecer los recursos y afirmar el carácter. Sin el trabajo seríamos una raza de muñecos.

Dice Emerson:

Generalmente se cree que la victoria es obra de la suerte y así se suele hablar de la suerte de las armas. Pero todo trabajo consciente y metódico es victoria. Doquiera se trabaja se logra una victoria.

El que rompe las trabas que le opone el nacimiento y agarra la ocasión por su único cabello y presenta el pecho a la oleada de las circunstancias y porfía con su mala estrella sobresaldrá entre sus compañeros. La energía de voluntad distingue a un hombre así, tan señaladamente como distingue a un león la fuerza muscular.

Decía Goethe:

La firme voluntad moldea el mundo a su albedrío.

Y añade Víctor Hugo:

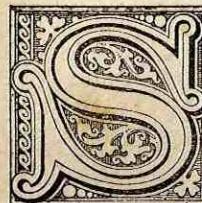
A nadie le faltan fuerzas; lo que a muchísimos les falta es voluntad.

Las gentes siempre abren paso al hombre de resuelta determinación. El joven que comienza la carrera de la vida no dejando de ver ni de oír nada de cuanto pueda aprovechar a su adelanto; que está siempre con las manos a punto de asir la primera ocasión favorable que se le presente y

tiene el corazón abierto a todo generoso sentimiento y la mente dispuesta a recibir toda idea enaltecedora, puede estar seguro de que, si sabe conservar la salud, llegará al pináculo del éxito en su profesión, porque la tiranía de las circunstancias no puede aprisionar durante mucho tiempo una firme y resuelta voluntad.

IV. EL VALOR DE LA PALABRA.

IV. EL VALOR DE LA PALABRA.



E ha dicho y repetido millares de veces que por la palabra se distingue el hombre del bruto. Las inarticuladas voces de los animales, el ladrido del perro, el mugido del gato, el aullido del lobo, el relincho del caballo, el arrullo de la paloma, el mugido del buey, el rebuzno del asno, el trino del canario, el balido de la oveja, son espontánea expresión de subjetivas emociones en el grado y matiz correspondiente al inferior estado de conciencia de seres todavía incapaces de raciocinio y discernimiento.

Pero la palabra articulada es sin disputa el más firme vínculo de la sociedad humana; es la moneda inmaterial con que efectuamos el incesante intercambio de ideas y pensamientos, de emociones y afectos en la grandiosa Lonja de la vida internacional.

Dice Balmes:

A veces, en una sola palabra se conserva vinculada la memoria de largas operaciones mentales, y con pronunciarla o leerla se desmadeja en nuestro interior el hilo de conocimientos adquiridos durante largos años en que se encierra tal vez el fruto de los trabajos de la humanidad durante muchos siglos.

Cuando el arqueólogo examina una piedra arrancada de las ruinas de una ciudad antiquísima puede reconstruir en su mente todo un período histórico, toda una civilización, si está dotado de aquella clarividente facultad psicométrica que capacita para penetrar en el alma de las cosas.

Cuando el paleontólogo examina un esqueleto fósil o tan sólo un hueso, es capaz de resucitar en su mente el animal hace siglos sepultado en las profundidades del suelo terrestre, y reconstruirlo tal como fué mientras vivió sobre la tierra.

De la propia suerte el filólogo puede inferir del análisis de una palabra el carácter de todo un pueblo desaparecido hace siglos del escenario de la historia.

La palabra es algo más que un hueso y que una piedra, porque es la forma de una idea. De aquí la importancia del buen uso de la palabra y el cuidado con que para ser buenos con nosotros mismos hemos de manejar la lengua, ese órgano apodado vulgarmente *la sin hueso*, que a pesar de no tener ni la más leve esquirla, puede a veces con sus violentos golpes quebrantar los huesos del imprudente que sin ton ni son la suelta.

Por la palabra, por las modulaciones y acento de la voz en la conversación, es posible colegir la índole del carácter.

Hubo quienes debieron a la amena conversa-

ción el adelanto en su carrera, pues añadida a los buenos modales y donosa prestancia personal es un poderoso atractivo de las simpatías ajenas.

Decía la señora de Stael que no se tomaba la molestia de abrir la ventana de su cuarto para contemplar las bellezas del golfo de Nápoles, pero que hubiera andado de buena gana veinte kilómetros para oír a un ameno e ingenioso conversador.

Hubo quienes por su sola habilidad en el uso de la palabra se colocaron en primera fila del gremio social a que pertenecieron.

No ha mucho tiempo murió el ingenioso literato Alfredo Capús, uno de los más amenos y optimistas conversadores de nuestra época, en cuyas obras teatrales los personajes dialogan con el donaire, la agudeza y el ingenio de quien sabe usar de la palabra como de expresión fonética de las cualidades del espíritu a través de la mente.

Ni un solo día desmayó la pluma de Capús durante los terribles días en que la suerte de las armas amenazaba inclinarse contra de su patria. Era su pluma el diminuto pero penetrante arado que en las páginas del periódico trazaba los invisibles surcos depositarios de las semillas de un optimismo consolador y sano con absoluta fe en el porvenir.

Cuando todos a su alrededor temían, él esperaba. Cuando todos auguraban la derrota, él pro-

fetizaba la victoria. Su palabra hablada era un encanto y la escrita una promesa.

Es un don envidiable el de interesar a las gentes con la culta conversación que no decaiga en charlatanería. La oportunidad es indispensable requisito del ameno conversante. Una palabra, una frase, una réplica oportuna hacen en el auditorio una impresión mucho más favorable que cuatro retahilas de simplezas insustanciales.

Un agradable discreteo que exprese el pensamiento con la mayor concisión posible, en frases de sentencioso laconismo, sin las pedantescas afecciones del que a sí mismo se escucha cuando habla, fijarán la atención de los oyentes y captarán su benevolencia, mientras que causará impresión desfavorable la palabra balbuciente y desmañada, en que confusamente se diluya el pensamiento.

En el trato social ocupan lugar preferente los amenos conversantes. Se ven solicitados por las familias de suposición en los días de recibo y los invitan a su mesa para solazarse con los chispeantes discreteos de su ingenio.

En algunos parece un don natural la buena conversación y en efecto lo es, porque sin extensa cultura acierto a dar a sus palabras el colorido que no saben darle graves pero enjutos personajes de profunda erudición. El gracejo y el donaire

combinados con la prudencia y la circunspección, de suerte que por decir una gracia no se mortifique al prójimo son prendas congénitas de carácter imposibles de adquirir por artificio. La espontaneidad es su esencia.

Sin embargo, a mayor cultura corresponderá siempre mayor caudal de ideas y por lo tanto mayor probabilidad de expresarlas por medio de la palabra hablada.

Podrá objetarse con el ejemplo de que quienes poseen gran caudal de ideas, son profundos pensadores y sin embargo no acierto a expresar verbalmente sus ideas y pensamientos ni siquiera en la conversación familiar, cuanto menos en conferencia pública.

Pero esta dificultad puede vencerse con el ejercicio de la palabra, y aunque el gracejo, la agudeza y el donaire sean prendas inasequibles por el estudio, adquirirá al menos facilidad de palabra con tal de que abunden en su mente las ideas, porque sin este requisito la conversación será insoportable verborrea.

La serenidad de ánimo es condición indispensable para la facilidad de palabra. Quien se conturne, no acertará a expresar donosamente el pensamiento.

Cuéntase que cuando la entrevista del papa Clemente VII y el rey de Francia Francisco I en

Marsella, estaba encargado de pronunciar el discurso de salutación al pontífice el famoso jurísculto Poyet, quien, como hoy suele decirse jocosamente, traía de París el discurso embotellado en su memoria, pues de muchos días lo había compuesto; pero receloso el papa de que se vertiese algún concepto que pudiera molestar a los embajadores de otros reyes, presentes en el acto, envió a Francisco I una minuta con el tema que consideraba más adecuado a las circunstancias, muy distinto del que traía en la memoria Poyet; de modo que su arenga resultó inútil, y viéndose incapaz de improvisar otra, fué preciso que el cardenal de Bellay pronunciara el discurso de salutación.

Lord Chesterfield, que en 1744 fué virrey de Irlanda y ministro de Negocios Extranjeros del gobierno inglés de 1746 a 1748, dice en sus magníficas *Cartas a mi hijo*:

Todos pueden escoger palabras finas en vez de chabacanas y hablar con propiedad y no chapuceramente. A nadie le sería imposible dar vivacidad a sus ademanes y gestos y ser un conversante digno de atención, si se tomara el trabajo de aprender a hablar.

Pero distingamos entre los conversantes y los parlanchines. Al conversante se le escucha con embeleso por la exactitud y oportunidad de sus observaciones dichas en el natural tono de la llaneza

sin chabacanería. El parlanchín es en sociedad tan molesto como el zumbido de un moscardón.

En un banquete de gala a que asistía el príncipe de La Roche, uno de los comensales hablaba más que comía, pero con tan mala traza que todos estaban molestos de su incontinente parlería. Manoteaba como aspa de molino para dar con la actitud mayor énfasis a la palabra, y de continuo tropezaban sus manos con el brazo del príncipe, quien al fin no pudo menos de exclamar:

—Me está usted molestando demasiado con sus aspavientos.

—Verdaderamente, señor mío—replicó el parlanchín—pero estamos tan apretujados en la mesa que no sé donde poner la mano.

—Pues póngasela usted en la boca—repuso el príncipe.

Lo primero que se necesita para aprender a conversar agradablemente es dominar la materia, el asunto o el tema de que se trate. Nada más ridículo que empezar una conversación y haber de interrumpirla a lo mejor por no recordar los pormenores que como la sal en los manjares dan sabor al relato.

Pero además de conocer bien aquello de que se habla, es necesario que no lo conozcan y les interese conocerlo a quienes escuchan, porque mal suceso tendrá quien se ponga a hablar de cosas de

clavo pasado o cuente lo ya por todos sabido o echándoselas de ingenioso se descuelgue con chistes de almanaque o moralejas de fábula infantil.

Otra de las varias condiciones requeridas por el arte de la conversación es la de ser buen observador, saber escuchar, leer y pensar.

Sobre todo la lectura es un poderoso auxiliar, pero no la de insultas o excitantes novelas que son para la mente lo que los manjares muy sosos o muy picantes para el cuerpo, sino la de libros que muevan a pensar, que acrecienten el conocimiento y despierten las fuerzas dormidas para aplicarlas a la eficaz acción.

Las buenas lecturas dilatan por una parte el horizonte mental y por otra aumentan el vocabulario individual que suele ser pobre por falta de atención en la lectura o desacuerdo en la elección, pues autores hay cuyo caudal de voces no es muy superior al de cualquier indígena de la Polinesia, según ha observado sagazmente el ilustre erudito español Rodríguez Marín.

Hay quienes tienen excelentes ideas, pero no acierran e expresarlas debidamente por la pobreza de su vocabulario. No tienen palabras bastantes para revestir con atractivo ropaje sus pensamientos.

La detenida lectura, el intercambio mental con personas cultas y el estudio del lenguaje forma-

ron amenos conversantes cuyo nombre pasó a la historia como ejemplo de lo que puede la palabra puesta al servicio de un preclaro entendimiento. Al eco de una palabra surgió la luz de las tinieblas.

Con toda su valentía y ardimento temblaba Napoleón en presencia de la señora de Stael cuya fascinadora conversación y literario talento ejercían tan poderosa influencia en los ánimos, que receloso el emperador la desterró de Francia.

El ejercicio es tan indispensable a la conversación como el acopio de los materiales que han de alimentarla. La emperatriz Augusta de Alemania, esposa de Guillermo I, solía confesar a sus amigas que había aprendido el arte de la conversación cortesana dirigiendo la palabra a las sillas de su aposento en las que imaginaba ceremoniosos personajes.

Enrique Clay, que fué elocuenteísimo orador y varias veces presidente del Senado norteamericano, acostumbraba cuando joven a aprender de memoria los discursos de los más famosos oradores de su época, y los recitaba en voz alta mientras trabajaba en el campo o en el bosque sin otro auditorio que los árboles, las aves y las ardillas.

El perseverante esfuerzo en expresar los pensamientos clara y atractivamente será una muy eficaz disciplina de la palabra.

Dice Emerson:

La conversación es un arte en que el hombre tiene por rival a todo el género humano, porque es un arte en el que cada día se practican mientras viven.

Daniel Webster, el famoso orador norteamericano, dice así:

Sé por personal experiencia que la conversación y trato con los hombres eminentes a quienes tuve la buena fortuna de encontrar en el camino de mi vida influyeron en mí tanto o más que los libros, porque en media hora de conversación aprendía de ellos el doble de lo que me pudieran enseñar sus libros. La palabra era el lazo que unía sus mentes con mi mente y yo me asimilaba algo de su energía mental. Una de las más copiosas fuentes de conocimiento es la conversación con hombres de amplia e intensa cultura.

Esta afirmación del ilustre jurisconsulto norteamericano está corroborada por un biógrafo de Enrique Clay en el siguiente comentario:

Enrique Clay adquirió principalmente su cultura de la experiencia de la vida y del intercambio mental con los hombres de mérito con quienes se relacionó. Su glosario estuvo formado con palabras entresacadas de unos cuantos libros y de muchos hombres. Tuvo trato con los estudiantes del Este y los cazadores del Oeste, con los carreteros del Ohio y los políticos de Virginia, y de unos y otros tomó palabras para enriquecer su personal vocabulario.

Muy eficaz medio de aprender a hablar bien es ejercitarse en el uso de la palabra y observar cómo hablan los conversantes amenos y elocuentes, pero

de elocuencia espontánea, sin artificios retóricos semejantes a afeites de vieja.

Con mucho acierto dice Víctor Hugo que no hay elocuencia más soberana que la verdad en la indignación, y esto mismo corrobora Juan Randolph al referir que jamás había oído palabras tan elocuentes como las que en los bochornosos tiempos de la esclavitud legal salieron de labios de una infeliz negra que desde el montón de carne humana acabada de subastar, apelaba a los sentimientos de justicia y compasión de los circunstantes contra la brutalidad de sus opresores que la habían vendido a un postor mientras que vendían sus hijos a otro postor distinto que para siempre los arrebataría de su lado.

Sin embargo, aquella pobre esclava no tenía cultura, era analfabeta, pero la indignación le dió en aquella tremenda crisis de su vida palabras y acentos de avasalladora elocuencia, logrando la invalidación de la venta.

En todos nosotros, por torpes que parezcamos en el habla, hay suficiente habilidad natural para actualizarla por el ejercicio y llegar a ser, si no elocuentes, al menos interesantes conversadores. Esta es otra de las muchas maneras de portarnos bien con nosotros mismos.

Demóstenes fué el más brillante, elocuente y persuasivo orador de la antigua Grecia. A los

17 años abogó con éxito en defensa propia contra sus tutores que le habían dilapidado la herencia paterna; pero cuando más tarde quiso hablar en la asamblea popular fracasó estrepitosamente a consecuencia de un vicio de pronunciación entre el balbuceo y la tartamudez, que le acarreó la chacota del auditorio.

Otro joven de menos temple de ánimo hubiera desistido para siempre más de hablar en público; pero él hizo lo que todos debieran hacer en igual caso. Retiróse durante algunos años a la soledad de su hogar sin la más leve intervención en los asuntos de la república, y ocupóse en leer y releer las obras de los grandes maestros de la literatura griega, sobre todo las de Tucídides, muchos de cuyos pasajes copió varias veces de su puño y letra.

Denodadamente se esforzó en corregir su tartamudez, practicándose en hablar con piedrecitas en la boca y dirigiendo discursos a las olas del mar.

La constancia tuvo merecido premio, porque logró al fin hablar expeditamente sin el más leve tartamudeo, y a los 27 años reapareció en público, desquitándose con un brillante triunfo del fracaso sufrido diez años antes. Su elocuencia fué desde entonces comparable al rayo que estalla y mata.

Cicerón, el orador más elocuente de la antigua Roma, se dedicó desde muy joven al estudio de la retórica y la filosofía que respectivamente le die-

ron la forma y la esencia de sus admirables discursos forenses y políticos, no sin haber permanecido dos años en Atenas para perfeccionarse en la elocuencia escuchando a los oradores de Grecia.

Si la poesía es un arte de inspiración, la elocuencia lo es de estudio y ejercicio. Por esto dice muy bien la sabiduría de los siglos, que el poeta nace y el orador se hace, como dando a entender que todos los tratados de preceptiva literaria no podrán prestar inspiración a quien no haya nacido verdadero poeta, y a lo sumo harán hábiles versificadores, mientras que el estudio de la retórica y la observación de los buenos modelos acompañada del perseverante ejercicio lograrán convertir en fácil y expedita la entrecortada y balbuciente palabra.

Quien natural o adquirido posea el arte de decir las cosas de atractiva manera, pero sin amaneramiento, y sea capaz de cautivar la atención de los oyentes, aventajará indudablemente a quienes sepan más que él en materias de especulación científica o filosófica, pero que no acierten a expresarse con facilidad y elocuencia.

A veces una frase dicha con oportunidad y acierto tiene más poderosa eficacia que un cañonazo. En la Asamblea Nacional que se reunió cuando la abdicación del rey de España D. Ama-

deo I de Saboya, el prestigioso político Nicolás María Rivero que la presidía, sintióse molestado porque los miembros del Gobierno dimisionario se negaban a ocupar interinamente sus puestos en el banco azul, e indignado Rivero por lo que le parecía desobediencia a su autoridad, les ordenó autoritariamente que los ocuparan. Pero al punto se levantó de su escaño el diputado Cristina Martos, quien encarándose con el presidente le apostrofó diciendo:

—Es deplorable que apenas derrocada la tiranía pretenda alzarse entre nosotros un nuevo tirano.

Aquella frase, pronunciada con el grave acento peculiar del gran orador parlamentario, motivó la inmediata dimisión de Rivero al ver que la Cámara asentía unánime al apóstrofe.

El bufón de la corte de Pedro el Grande de Rusia era hombre de ingeniosa conversación y donosos recursos para salvar las circunstancias difíciles y embarazosas. Una vez sucedió que un primo suyo cayó en desgracia del emperador, y como ocurría con frecuencia en aquellos tiempos de cruel absolutismo, fué condenado a muerte.

Trató el bufón de salvarlo, y prevalido de la confianza que tenía con el emperador, se presentó en la cámara imperial.

Pero el zar, que conocía su parentesco con el

sentenciado, coligió en seguida a qué venía, y en tono severo le dijo:

—Es inútil cuanto me digas, y juro por Dios vivo que no te concederé lo que vas a pedirme.

A lo que el bufón repuso:

—Pues venía a suplicar a vuestra alteza imperial que condenara a muerte a ese bribón de mi primo.

Tanto le complació al zar la agudeza del bufón, que fiel a su juramento indultó al culpable.

Cuéntase de uno de esos jovenzuelos que presumen de graciosos a costa del prójimo, que yendo en el tren con varios amigos, le preguntó a un fraile que junto a ellos se sentaba en el mismo departamento:

—¿Sabe usted qué diferencia hay entre un fraile y un asno?

—No lo sé—respondió el fraile.

—Pues en que el fraile lleva la cruz en el pecho y el asno la lleva en la espalda.

—¿Y usted sabe—replicó el fraile—qué diferencia hay entre un joven deslenguado y un asno?

—De veras que no lo sé.

—Pues ninguna.

Es evidente que de vuestra conversación inferirá el discreto oyente el grado de vuestra cultura, la índole de vuestra educación y hasta la calidad de vuestro origen. Hay frases, modismos, locucio-

nes y palabras que sólo emplea la gente zafia y grosera que frecuenta los círculos en donde toda bastardía tiene su escabel. En las palabras tanto como en los gestos, ademanes y actitudes se conoce en qué cuna nació y en qué ambiente se crió una persona.

Muchos quedan cohibidos en sociedad por no encontrar tema de conversación o a lo sumo se agarran al resobadísimo asidero de las mudanzas del tiempo o lo que es peor al infectante tópico de la murmuración.

En cierta ocasión, el popular conferenciante Carlos Farrar Browne, mejor conocido por el seudónimo de Artemio Ward, que a mediados del pasado siglo recorrió los Estados Unidos e Inglaterra dando conferencias por todo extremo donosas y originales, se vió requerido para hablar en público; pero como no era improvisador, respondió a los que le instaban a que diera la conferencia:

—Verdad es que tengo dotes oratorias, pero precisamente hoy me las he dejado en casa y no las llevo encima.

Enrique Wadsworth Longfellow, el inspirado autor de *Evangelina* y catedrático de lenguas vivas en la universidad de Harvard, les aconsejaba a sus alumnos diciendo:

Contemplad cada día un paisaje natural o una obra de arte, escuchad un trozo de música maestra y leed

una hermosa poesía. Emplead en esta tarea intelectual nada más que media hora diaria, y al cabo del año resplandecerá vuestra mente con tal cúmulo de joyas que os quedaréis asombrados.

En vez de perder el tiempo en fruslerías y pasar horas muertas en las necedades de los colmos, semejanzas y diferencias que sirven de deleznable fundamento a los chistes de calendario, mejor será hablar de cuanto útil para el entendimiento se haya visto, oído y observado en el examen del mundo exterior que ofrece múltiples temas a la conversación.

En nuestros días no hay lugar tan apartado de los centros de cultura, que no pueda adquirir quien allí resida los libros, periódicos y revistas que le pongan al corriente de cuanto pasa en el mundo.

Tiempo atrás una señora neoyorquina fundó una especie de centro de lectura y conversación donde las jóvenes pudieran practicarse en el intercambio intelectual.

He aquí cómo relata la misma señora la finalidad de su empresa:

Pasó la época en que los hombres no querían ni necesitaban que tuvieran cultura las mujeres. La vida es tan difícil hoy día que ya no bastan los atractivos puramente físicos para encontrar matrimonial acomodo. La generalidad de los hombres buscan además en la mujer buena disposición para el manejo de los intereses materiales.

Así es que una vez por semana sé reúnen en el local del centro un grupo de señoritas de las que, como suele decirse, están en la edad del pavo, y allí conversamos sobre los temas de actualidad que nunca faltan en nuestra conturbada época, procurando que se interesen en algo más serio que las "Notas de Sociedad". No les doy conferencias, sino que me limito a llamar su atención sobre el movimiento cultural en los diversos campos de la actividad humana, y acerca de los temas que por lo nuevos no podrían encontrar ni en los libros de más reciente publicación.

Mi propósito no es decirles cómo han de opinar sobre tal o cual asunto de palpitante actualidad, sino estimularlas a que piensen y reflexionen antes de formar concepto y de adherirse por sentimental simpatía al criterio ajeno.

En la conversación no hemos de incurrir en la pedantería de tomar el aire grave y solemne del predicador, porque la conversación nada ha de tener de sermoneo, aunque algunos así se lo figuren creyendo que ha de servir de lección oral a los oyentes. Tanto valdría declarar que las gentes han de ir al teatro o al cine sin otro objeto que acrecentar sus conocimientos prescindiendo del solaz y recreo.

Una conversación monótona y pesada produce en la mente análogo efecto al de la prolongada detención de la vista en un mismo color que fatiga el nervio óptico y por consiguiente el cerebro, mientras que las sucesivas modulaciones de la voz en correspondencia con los afectos del ánimo pro-

ducen en la mente un efecto tan grato como la variedad de matices en la vista.

Lincoln sobresalió en el arte de matizar la conversación. Conocía lo que vale una franca y cordial risotada para desvanecer todo recelo e infundir confianza a los interlocutores. Con sus anécdotas, chascarrillos e historietas de buena ley, se captaba de tal modo las simpatías de quienes con él hablaban, que todos le abrían de par en par la entrada de su corazón.

Para que atentamente nos escuchen hemos de escoger temas interesantes, porque por muy versados que estemos en un asunto, no lograremos cautivar con él la atención de aquellos a quienes no lo entiendan o no les interese. La amenidad es el alma de toda conversación.

El arte de escuchar pacientemente a los demás y de darles pie para terciar en la conversación es también de suma importancia para el buen conversador, porque de veras empalagoso y antipático es el que suelta la lengua como una tarabilla sin dar tiempo de replicar a nadie. Es el tal un tipo muy a propósito para ridiculizado en sainetes y comedias de costumbres, pero que resulta un moscardón en sociedad.

La señora Somerset, fundadora de la colonia agrícola de Duxhurst y ardiente apóstol de la templanza, dice:

Creo que el uso de la voz humana en la conversación es un arte por el estilo del canto. Se ha de educar a fin de que a cada afecto del ánimo corresponda su peculiar modulación.

La voz áspera, ingrata y desentonada echará a perder la más interesante conversación. Lo mismo ocurre cuando se habla demasiado aprisa comiéndose la mitad de las palabras o atropellándolas unas con otras como si regurgitaran en el caño de la boca.

Peor todavía es el defecto de quienes hablan a toque de campana, ahuecando la voz con aire de misterio, como si lo que dicen fuese una nueva revelación capaz de distribuir la felicidad a domicilio.

V. LO EXTERIOR Y LO INTERIOR.

V. LO EXTERIOR Y LO INTERIOR.

Por regla general, quien es limpio de cuerpo lo es también de conducta.—ENRIQUE WHEELER SHAW (José BILLINGS).

El aspecto exterior predica muchas veces la condición interior del hombre.—SHAKESPEARE.

El hábito no hace al monje ni el traje a la persona; pero la decencia, el aseo y el alijo dieron a muchos el empleo que para su desocupada actividad pedían.—*Anónimo*.

Cuanto más vivo y mejor me observo, mayormente me convenzo del valor de las apariencias.—HUBERTO BLAND.



UNQUE nos diga el proverbio y en parte acierte que las apariencias engañan, sólo cabe el engaño para quienes no saben mirar a través de las apariencias ni distinguir entre el oro y el oropel, el vidrio y el diamante. En el orden personal, la apariencia o aspecto exterior influye poderosamente no sólo en los círculos sociales, sino también en el mundo de los negocios.

La mente recibe poderosa influencia del sentido de la vista y el comerciante inteligente sabe que tan difícil es vencer la desfavorable impresión causada por el mal aspecto de una mercancía como la emoción que por su repulsiva presencia levanta en el ánimo la persona a quien vemos por primera vez.

Las gentes suelen guiarse por la vista en sus compras y adquisiciones. Las cosas han de entrarles por los ojos, como suele decirse, o de lo contrario las repugna la mente.

Así, por ejemplo, el más exquisito y mejor condimentado manjar no será capaz de excitar el apetito si aparece en la mesa mal servido, hecho todo un revoltijo en una fuente descascarillada y vieja de hierro esmaltado.

En cambio, otro manjar de no tanto requitorio avivará el apetito del más desganado si se lo presentan como saben hacerlo los artífices culinarios en festín de bodas o banquete de homenaje.

Por la misma razón, todo el que vive del favor del público procura dar a sus artículos, mercancías y productos el más atractivo aspecto posible. Por excelente que sea el texto de un libro chapuceramente encuadrado o con cubiertas de pésimo gusto, no tendrá tanto éxito como otro de menor valor literario o científico, pero que sea una verdadera joya de las artes gráficas por su elegante presentación.

Generalmente, la envoltura, el empaquetado, el envase, la cubierta, el vestido, por decirlo así, de un artículo de comercio le da la mayor parte de su valor.

En el ramo de confitería la caja supera a los dulces, y a veces es una obra de arte.

Cuando niño, iba Huyler por las calles vendiendo caramelos cesto en mano; pero no tardó en advertir que la gente le compraba con preferencia los que estaban mejor envueltos, y de ninguna manera quería los de floja o arrugada envoltura. Aleccionado por esta observación, puso todo su empeño en mejorar de cada vez más las envolturas de los caramelos y dedicado de lleno al arte de la confitería agenció fortuna multimillonaria.

Se ha dicho que si un comerciante en frutas no pusiera las más vistosas y mejores encima de todas en el envase, quebraría en el negocio.

No basta que la mercancía sea inmejorable. Es preciso disponerla, colocarla y adornarla de tan atractiva manera, que tras ella se le vayan los ojos al mirón y le despierten el deseo de poseerla.

En los Estados Unidos porfián los comerciantes por ver quien logra tener mejor arreglados y más llamativos los escaparates de sus almacenes y tiendas. Pagan crecidos sueldos a los dependientes hábiles en el artístico arreglo de las mercancías, de suerte que atraídos los transeuntes por la novedad se agolpen ante el escaparate y entren acto seguido en la tienda de donde no salgan sin comprar.

Es tan acerba la competencia comercial en nuestra época, que tiendas y almacenes han de montar los escaparates con artística vistosidad para llamar

la atención de los transeúntes. El comerciante moderno sabe que el aspecto exterior de su casa es uno de los más eficaces elementos de publicidad, y así vemos que los almacenes de hoy día parecen galerías artísticas en comparación de los de hace medio siglo.

Lo mismo sucede respecto de la persona. El aspecto exterior, el traje, modales, porte, andares, actitudes y cuanto corresponda al individuo son para nosotros lo que los escaparates para el comerciante, es decir, el medio de anunciar la valía de nuestras prendas personales.

El aspecto exterior denotará a las gentes si sois candidatos al éxito o presa segura del fracaso, y la estimación que de vosotros hagan las gentes influirá poderosamente en vuestra carrera.

Bien es verdad que los llamados ladrones del gran mundo, los caballeros de industria, los estafadores de mares altos visten con impecable elegancia, y por sus modales y conversación parecen personas finísimamente educadas, mientras que un hombre honrado, con todas las prendas de carácter propias de la verdadera caballerosidad puede ser desaliñado en el traje y no muy garboso de modales.

Sin embargo, por mucho que un bellaco cuide de las apariencias, no llegará su astucia al extremo de esconder tan honda su malicia que no la descu-

bra la sagaz observación de quien posea don de gentes o la intuitiva mirada de las personas genuinamente honradas. Siempre hay algo en su porte, en su acento, en sus maneras que lo distingue desfavorablemente de los legítimos caballeros, de modo que sólo puede engañar a los incautos o a los que en el fondo sean tan bellacos como él.

Además, vivimos en una época en que todo se hace no ya al vapor, como se decía en el siglo pasado, sino eléctricamente y al vuelo, por lo que nadie tiene tiempo de observar con microscopio a las gentes, y las juzgan por la primera impresión que en el ánimo producen las prendas exteriores.

Si a un joven se le ve frecuentemente con malas compañías, a nadie se le ocurrirá pensar que va con la santa intención de convertirlos, sino que supondrán cuantos lo vean que simpatiza con sus compañeros.

Si una persona es desastrada, de flojos modales, sucia y grosera, todos creerán que su carácter mental y moral corresponde a su aspecto, por más que sea tan sabio como santo en el vulgar concepto de la sabiduría y la santidad.

Pocos se dan cuenta de la poderosa eficacia de las apariencias para contrariar o favorecer. No consideran que cuando solicitan un empleo, el que puede concedérselo sólo sabe de ellos lo que a los ojos de él le muestran en una breve entrevista. Por

valiosas recomendaciones que los apoyen, él los juzgará rápidamente por las apariencias. La mejor recomendación será el aspecto personal.

Si viéramos sucios y empañados los cristales de los escaparates de un vasto almacén, con artículos pasados de moda, cubiertos de polvo y moscas y revueltos unos con otros a montones, de seguro creeríamos que al dueño de aquel establecimiento le faltan por lo menos dos tornillos en la cabeza para el buen discurso.

Procediendo por analogía, si os presentáis a solicitar una colocación con barba de cuatro días, ropas llenas de lamparones, calzado deslucido, corbata deshilachada, cuello mugriento, camisa sucia y greñas al aire, ¿qué opinión podrá formar de vosotros quien así por primera vez os vea? ¿Os figuráis que va a tomaros a su servicio un comerciante deseoso de causar con su dependencia favorable impresión en el público? Desde luego que no cabe pensar en semejante cosa, pues fuera lo mismo que si el Banco Nacional de Nueva York se anunciase por medio de cartelones colgantes entre pecho y espalda de legañosos y desharrapados faquines. Si en tal condición os presentáis a solicitar un empleo, no seréis buenos con vosotros mismos; al contrario, os irrogaréis grave perjuicio, porque por mucha que sea vuestra habilidad no os aceptará ninguna firma que bien se precie. Seríais un

mal anuncio de su establecimiento. El dueño diría entre sí que en su porte lleva el solicitante la peor recomendación.

Sé de un hombre de buen entendimiento en su profesión, que durante un cuarto de siglo anduvo buscando el ascenso a un empleo parigual con sus aptitudes sin poderlo lograr a causa de su repulsivo aspecto. Siempre va hecho una facha, con la ropa salpicada de manchurones, los tacones desgastados y el cuerpo desceñido. Su aspecto es una perpetua negación de su intrínseca valía profesional.

No cabe duda de que un puñado de dólares bien empleados en a decentarse le redituarían a este sujeto un interés muy crecido en forma de adelanto en su carrera. Pero quizás muera sin descubrir el por qué no hizo nada de provecho en el mundo.

Por el contrario, sé de otro que hace pocos años llegó a Nueva York sin más capital que su firme resolución de abrirse paso adelante, y desde un principio puso empeño en no dar señal alguna de pobreza en su aspecto personal. Todo cuanto llevaba era muestra de prosperidad, y en efecto, fué prosperando hasta instalar su despacho en el barrio más elegante de la ciudad.

Sin embargo, con esto no hago más que citar hechos positivos, que demuestran el poderoso influjo de las apariencias, y el mucho cuidado que

se ha de tener en, como vulgarmente se dice, lavar en casa la ropa sucia, de modo que los extraños no adviertan la crítica situación económica porque a veces pasa una familia o una persona y le vuelvan la espalda quienes de no enterarse del caso le seguirían prestando su cooperación.

Muchos mantuvieron a flote su negocio y salieron en bien de una crisis que de otro modo los hubiera precipitado en la quiebra y aun en la ruina, porque eran duchos en el arte de guardar las apariencias, de disimular hábilmente todo indicio de pobreza, debilidad o estrechez de circunstancias.

No negaré que, apoyados en el adagio de que las apariencias engañan, haya diversas y contradictorias opiniones sobre el particular. Es más bien cuestión de oportunidad y criterio que de regla absoluta. Cada cual ha de proceder en este punto según exijan las circunstancias, y lo único que debe evitar es el contraer deudas onerosas sólo por el afán de aparentar más allá de lo que le permitan sus propios recursos. Lo que en uno sería despilfarro, en otro puede ser avara economía. Nunca conviene alargar la pierna más allá de la sábana.

Sin embargo, el aspecto personal tiene mucho más que ver con el aseo, la decencia y la seriedad que con el lujo y la ostentación. Para vestir bien no es necesario vestir costosamente, y para bien parecer no es preciso cargarse de alhajas, sino

cuidar de la limpieza alañada y airosa caída del traje y el aseo de la persona.

A veces vemos quienes a pesar de su desaliño medran en su profesión y se ven solicitados por numerosa clientela; pero es porque sobresalen tan extraordinariamente en determinada especialidad, que nadie los aventaja, y quien de su arte necesita prescindir de toda otra consideración personal. Pero estos ejemplares de mal ejemplo son afortunadamente raros y de día en día disminuye el número de los científicos, artistas y literatos que en otro tiempo parecían alardear de menosprecio por el decoro personal.

La limpieza puede calificarse de virtud física, y aunque hay solemnes bribones e infelices peadoras que sienten verdadera obsesión por la limpieza, es en ellos más bien necesidad que virtud. Por lo general la suciedad es compañera predilecta del vicio e indica carencia de propia estimación, mientras que la limpieza acrecienta la confianza y estimula nuestra legítima ambición.

Cuando el gobierno de un país ha de nombrar embajador que lo represente en las capitales extranjeras, tiene especial cuidado de que el nombramiento recaiga en persona de finos modales y atractiva presencia, porque todo cuanto diga y haga el embajador redundará en prestigio o des prestigio del país a quien representa.

El rey Felipe III de España envió a un joven magnate de su corte como embajador extraordinario para felicitar al papa Sixto V por su elevación al solio pontificio. El embajador era barbillañiño, de apariencia casi infantil, y el papa resentido de que el monarca español, a la sazón el más poderoso del mundo, le hubiese enviado un embajador tan joven, le dijo:

—Supongo, caballero, que el rey vuestro amo estará muy necesitado de hombres cuando me envíe un embajador imberbe.

A lo que replicó el magnate español:

—Puedo asegurar a vuestra Santidad que si mi soberano hubiese creído que el mérito consiste en las barbas, le hubiese enviado a vuestra Santidad un macho cabrío y no un caballero.

La misma regla cabe aplicar a las grandes casas de comercio y establecimientos industriales, que seguramente no enviarán a que los represente ante la clientela a un pelfustán majadero, chorreando mugre de solapas a tobillos, porque si tal hicieran el primer perjudicado sería el establecimiento.

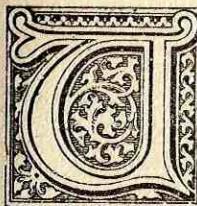
En el orden individual cada uno debe considerarse como embajador y representante de sí mismo. Su aspecto demostrará a las gentes lo que se proponga hacer.

VI. LA PERFECCION EN LA OBRA.

VI. LA PERFECCION EN LA OBRA.

Repugno hacer las cosas a medias. Si es buena, la hago cumplidamente; si mala, no la hago.
—GILPIN.

Si un hombre sabe escribir un libro, predicar un sermón o armar una ratonera mejor que su vecino, aunque habite en la soledad de los bosques, las gentes se abrirán camino hasta la puerta de su vivienda.—EMERSON.



N escritor, cuyas simpatías no estaban ciertamente con los alemanes durante la guerra mundial, dijo:

Arma por arma, hombre por hombre, ejército por ejército, avión por avión, los alemanes han demostrado evidente superioridad respecto de sus enemigos.

¿Cuál fué el secreto de esta superioridad? La perfección. ¿En qué consiste esa *cultura* alemana de que tanto oímos hablar en los círculos intelectuales? Su piedra angular es la perfección. Es precisamente aquello que anhelan los más progresivos, modernos y diligentes comerciantes e industriales del día que son buenos con ellos mismos.

La perfección en todo cuanto hacen, en todo cuanto emprenden, en ciencia, arte, música, industria, comercio, agricultura, medicina e invenciones, levantó a los alemanes a la categoría de primera potencia en el escalafón de las naciones.

Pero el resultado final de la guerra parece invertir en contra de Alemania la validez del argumento, porque a pesar de toda su tan encomiada cultura y de la perfección con que llevan a cabo cuanto emprenden, quedaron vencidos y sojuzgados por sus enemigos que les eran inferiores en perfección.

Sin embargo, cuando algún futuro historiador, libre de apasionamientos, se remonte de los efectos a las causas y descubra la que ningún historiador contemporáneo es capaz de descubrir porque está cegado por la fobia o por la filia, echará de ver, según entiendo, que el vencimiento de los alemanes no fué consecuencia de su perfección en la obra, sino de la finalidad a que intentaban aplicarla, de todo punto contraria a la tónica peculiar de la humanidad en la nueva etapa de su evolución o nueva era histórica en que había de entrar inmediatamente después de la guerra.

Si en vez del autoritario imperialismo y de la férrea disciplina impuesta por la coacción de las ordenanzas militares, hubiese representado Alemania el principio de la disciplina voluntaria, cuya única coacción es la de la conciencia individual en el cumplimiento del deber y ejercicio del derecho, seguramente que al aplicar de este modo su perfecta máquina de guerra a un fin congruente con el plan de evolución, fueran los vencedores y con

el prestigio de la victoria hubiesen sucedido a Inglaterra en la hegemonía de la humanidad.

Quienes niegan el providencialismo en la historia y se figuran que la suerte de las armas es tan fortuita como la de los dados, no acertarían a explicar satisfactoriamente el fenómeno ultraestupendo de que estando ya los aliados en Julio de 1918 casi acogotados por los alemanes, cuya impetuosa ofensiva los puso a dos milímetros de la victoria final, mudara de repente el cariz de las operaciones, como cuentan que mudó de pronto el viento en Lepanto, y la contraofensiva del general Mangin el 18 de aquel mes, fuese el eslabón de la cadena de retirada y reveses que sin el más liviano desquite habían de ir sufriendo los poco antes victoriosos alemanes, hasta obligarlos a rendirse en armisticio.

Ahora bien; una vez libre Alemania de la pesadumbre del militarismo, le queda lo que con todas sus exigencias de indemnizaciones y reparaciones no pudieron arrebatársela los vencedores: el espíritu de perfección inherente a su carácter nacional, depurado por la experiencia sufrida, para que en lo sucesivo lo aplique a los altísimos menesteres a que lo aplicaron los varones eminentes cuyas obras fueron los sillares del grandioso edificio nacional.

Si Alemania aprovecha la lección recibida y

repugnando todo siniestro pensamiento de venganza y desquite concentra sus energías en una labor múltiplemente civilizadora, vencerá en las incruentas porfías de la paz y del trabajo a sus vencedores en los cárdenos campos de la guerra.

Los nombres gloriosos de Kant, Hegel, Fichte, Beethoven, Back, Weber, Wagner, Mozart, Koch, Ehrlich y Einstein demuestran la posibilidad de aplicar al impulso del progreso humano la perfección en la obra.

Por lo tanto, vemos que no basta esta cualidad, y de nada sirve cuando se le da torcida aplicación, porque entonces se cumple aquella intuitiva previsión de Bossuet, cuando dijo que "el hombre se agita y Dios le conduce", equivalente a la popular máxima de que "el hombre propone y Dios dispone".

Es necesario que a la perfección de la obra acompañe la justa, noble y elevada finalidad, pues de lo contrario, por perfecta que parezca desde el punto de vista humano, no lo será, como jamás puede serlo obra de hombre, mirada desde los altísimos niveles en donde por muchas carcajadas que suelten los escépticos e incrédulos actúan las Potestades que presiden la evolución de la humanidad.

Un comerciante neoyorquino, admirado por la pulcritud y minuciosa paciencia que en todos sus pormenores denotaba la elaboración de los ar-

tículos alemanes, le preguntó al viajante que se los mostraba que cómo se las componían los industriales germanos para dar a sus productos las tres condiciones de bondad, baratura y belleza. Y el viajante le respondió:

—¡Qué quiere usted que le diga! Es que somos así.

Daba a entender con esta respuesta que el hacer bien las cosas es el rasgo característico nacional de los alemanes, y añadió que cuando alguna labor emprenden, piensan siempre en el resultado final cueste lo que les cueste, aunque tarden años en recibir la recompensa de sus esfuerzos, sin que jamás sacrifiquen la calidad del producto a la pronta y pasajera ganancia que les allegaría el fabricarlo de mala manera.

Este amor a la perfección es consustancial con el carácter de los alemanes. No hacen nada a medias. Los jóvenes aprenden desde niños a no dejar incompleta ninguna tarea. El bastardo método del poco más o menos y de ya está bien y a quien no le guste que no lo tome, tan frecuente entre los norteamericanos, es incomprensible entre los alemanes.

En los anuncios de demanda es frase sacramental en Alemania la de: "Inútil presentarse sin dominar completamente el negocio."

No vaya a creerse que esto sea un desmedido

elogio de los alemanes, sino tan sólo el imparcial apunte de una de las más relevantes cualidades de su carácter, que como el de todos los pueblos está deslucido por graves defectos.

Así la cualidad de perfección en la obra pierde gran parte de su brillo, cuando por exageración convierte al individuo en máquina humana sujeta a la inalterable norma de un método pre establecido.

Sin embargo, cuando el método y el procedimiento está repetidamente juzgado por la experiencia como el mejor de todos los imaginables, sería imprudencia desviarse de él a menos que el rebelde fuese uno de esos genios capaces de dar nueva dirección a la marcha del mundo.

Al estallar la guerra de 1914, muchas fábricas de los Estados Unidos se vieron precisadas a suspender su actividad porque las industrias químicas del país no podían ni sabían proporcionar las materias tintóreas procedentes hasta entonces de Alemania. La incapacidad de los químicos norteamericanos no provenía de que careciesen de los elementos necesarios para la fabricación de colores sólidos e inalterables, sino porque carecen de la paciente minuciosidad en todos los pormenores que caracteriza a los alemanes.

Toda ciencia, todo negocio, toda empresa tiene por fundamento de éxito la exactitud y perfección.

Un leve error de cálculo en la resolución de un problema matemático arriesga inutilizar con enormes pérdidas los trabajos de construcción de un puente, una línea férrea, un edificio, de cualquiera de esas obras de ingeniería y arquitectura que por lo costosas requieren matemática exactitud en los cálculos antes de emprenderlas y escrupulosa perfección de labor una vez emprendidas.

Lo mismo sucede en las manipulaciones químicas y en todo experimento de laboratorio, pues el más leve error no sólo puede ocasionar pérdidas materiales, sino accidentes desgraciados como los que varias veces ocurrieron en las pruebas de artillería.

El químico inglés Enrique Cavendish, descubridor del hidrógeno y el más sabio de todos los ricos y el más rico de todos los sabios de su época, hubiera también descubierto el argón si hubiese sido más escrupuloso en sus experimentos de análisis del aire, y tuviera en cuenta que la naturaleza no procede nunca a saltos ni hace nada a medias, sino todo con su motivo y razón, incluso las monstruosidades que tan horriblemente nos describe la teratología y que parecen absurdas deficiencias de la ley natural.

El año 1785 mezcló Cavendish un volumen de aire con un exceso de oxígeno, y haciendo pasar por esta masa gaseosa una serie de chispas eléc-

tricas en presencia de una disolución alcalina, se combinó parte del oxígeno con todo el nitrógeno del aire formando vapores rojos que absorbió la disolución alcalina. Después separó el oxígeno sobrante por medio de uno de sus muchos absorbentes y vió que en el matraz quedaba un residuo, algo que no sabía qué era, y en la misma proporción cuantas veces repetía el experimento.

Pero Cavendish *no hizo caso* de aquel residuo. Se figuraba que *no valía la pena de preocuparse por tan poca cosa*, no tuvo la paciencia que hubiera añadido un nuevo timbre de gloria a su carrera científica, y la química quedó rezagada de un siglo en su marcha triunfal hacia la conquista de la rebelde y enigmática materia.

Aquel residuo al parecer tan insignificante era precisamente el argón, que había de tardar cien años en descubrir su presencia a los químicos Rayleigh y Ramsay, quienes más sagaces que Cavendish, la conjeturaron al observar que el nitrógeno procedente del aire es cerca de un $\frac{1}{2}$ por 100 más pesado que el obtenido de reacciones químicas.

Los negocios son una ciencia, y también lo es, aunque no lo parezca, la norma de conducta en la vida diaria. La negligencia, el descuido, la desidia, el desorden, la dejadez, la falta de método no pueden menos de precipitar en el fracaso.

Muchos que nada tenían de geniales, pues eran talentos de ordinario calibre, sobresalieron en su profesión y llevaron a cabo excelentes obras por la escrupulosidad con que atendieron a todos los pormenores.

En el término municipal de Santa Rosa, población de la California que un tiempo fué española, se extiende la granja de Lutero Burbank, el mágico horticultor que está demostrando prácticamente la teoría darwiniana de la variabilidad de las especies, por lo que ataña al reino vegetal.

Ha obtenido una nueva variedad de patatas que lleva su nombre y se recomiendan por la tenuidad de la piel y la finura de su pulpa. Además ha obtenido ciruelas sin hueso, higos chumbos sin abrojos y piñas membrilleras.

Para obtener la magnífica variedad de framboesa por el cruce de la zarzamora con la siberiana, hizo nada menos que cuarenta mil ensayos antes de lograr el resultado que buscaba. Reunió más de 1500 variedades de cactus de diversos países y en ellas efectuó durante diez años laboriosos experimentos hasta obtener hermosos ejemplares sin pelos ni espinas, de suerte que pueden utilizarse como forraje para el ganado.

En la obtención de su famosa mora blanca fué examinando hasta 25,000 zarzales distintos para seleccionar las moras que al madurar no eran en-

teramente negras, y por fin logró producir por cruzamiento la rarísima mora blanca.

Los autores de obras inmortales no las escribieron a vuelta pluma ni a salga lo que saliere, sino que rehicieron varias veces la página ya escrita, y aun después de compuesta en tipografía enmendaron el texto en las pruebas de imprenta antes de publicar la obra.

Horacio aconseja a los escritores que guarden el manuscrito unos cuantos días para después leerlo, con la seguridad de que en esta segunda lectura han de encontrar deficiencias e incorrecciones en un principio inadvertidas.

De Virgilio se cuenta que al morir mandó que echaran al fuego el manuscrito de *La Eneida*, y sin duda perdiera el mundo literario este hermoso poema si el emperador Augusto no se hubiese opuesto al cumplimiento de la cláusula testamentaria del insigne poeta.

Una de las más nobles tareas de la vida es avalorar todo cuanto pasa por nuestras manos, porque al hacer de la mejor manera posible nuestra labor, enalteceremos por indirecto resultado nuestro carácter en virtud del constante esfuerzo de la mente en el perfeccionamiento de la obra.

Hay una divina energía, una fuerza sobrehumana en el anhelo de perfección, en las vivas ansias por la excelencia. Aunque a lejana vista pa-

rezca muy dudoso el resultado, siempre hay esperanza para el que eleva su mirada, su pensamiento y su acción.

Un eminentes escultor le decía a un joven novicio en el arte:

Esfuérzate en hacer siempre lo mejor que puedas cuanto hagas. No desmayes jamás ni te contentes con nada inferior a tus facultades. Este es el camino del éxito.

Quien anhele hacer todo cuanto de mejor pueda dar de sí, ha de resolverse desde un principio a *odiar la vulgaridad*, como aconseja Horacio, a no tener trato alguno con lo chabacano y bajo.

Resolveos a que todo cuanto en vuestras manos caiga lleve el sello de la excelencia antes de salir de ellas, y no arriesgaréis la eventualidad de que con el tiempo manche vuestra reputación una obra chapucera.

Todo lo que dejéis a medio hacer o lo hagáis de cualquier manera y para salir del paso o por azares del momento eclipsará vuestros ideales. Por de pronto quizás no sintáis las consecuencias, pero será aquella chapucería como mancha de carcoma que en un tronco va creciendo hasta matar el árbol.

La perfección en la obra es uno de los fundamentos del carácter. No cabe estimar debidamente la influencia que ejerce en la conducta la perseve-

rancia en la intensificación de nuestros esfuerzos para cumplir cada vez con mejor acabamiento nuestra labor.

En una conferencia que dió a los alumnos de las escuelas de Nueva York dijo Carlos Miguel Schwab:

Sea cual sea la profesión, empleo u oficio a que os lleven las contingencias del porvenir, la principal característica del éxito es que efectuéis vuestro trabajo con mayor ventaja que los demás. Tened en cuenta que a todo hay quien gane. De cada cual se exige el cumplimiento del deber, pero quien en este cumplimiento se excede ventajosamente, está seguro de adelantar a los que no transponen jamás los límites de su diaria obligación.

Todos ponen su confianza en el joven que hace las cosas de la mejor manera que pueden hacerse. Las gentes dicen: "Mucho promete este chico. Cuatro días ha que entró en la casa y ha sido capaz de hacer pronto y bien lo que nunca hicieron los que llevan dos años de aprendizaje. Llegará a donde se proponga ir. Es de la madera de los primates."

El empleado que provisto de la poderosa arma del conocimiento tiene amor al trabajo y está habituado a la exactitud, sin caer en el antipático extremo de la meticulosidad, seguramente alcanzará éxito, porque la cualidad de perfección siempre va acompañada de otras no menos indispensables

para el adelanto, mientras la dejadez, el descuido y la versatilidad mental son inseparables de las malas cualidades cuyo resultado es la medianía o el fracaso.

Por otra parte, quien cuando hace una cosa la deja completamente acabada no está mucho tiempo en huelga forzosa ni se apelmaza en las filas de los desocupados, pues todos cuantos necesitan de cooperación subalterna andan anhelosos de quienes no tengan que hacer por error dos veces una misma cosa.

Quien una vez ha disfrutado de las dulzuras del trabajo bien cumplido, ya no se satisface con chuperos resultados. Le repugna lo simulado y contrahecho. Sigue el recto aunque escabroso camino de la perfección.

La leve diferencia entre lo bueno y lo mejor, y entre lo mejor y lo óptimo ha sido también no pocas veces la diferencia entre la vulgaridad y la distinción.

Si alguna finalidad tiene nuestra vida personal es la de contribuir en algo al mejoramiento del mundo, y así la vida de cada hombre puede y debe ser una obra maestra, no el sentido de que todo arquitecto haya de construir un *Partenón* y todo pintor pincelar unas *Meninas* y todo escultor esculpir una *Venus de Milo* y todo músico componer una *Sinfonía pastoral* y todo literato escribir un

Quijote y todo poeta engendrar un *Ramayana* y todo dramaturgo concebir un *La Vida es sueño* o un *Hamlet*, sino en el de que cada cual ejecute magistralmente su labor por modesta que sea. La lluvia que apenas humedece la polvorienta llanura colma la corola de la azucena.

Si observamos la conducta de los jóvenes que sin detenerse van paso adelante, echaremos de ver que no hacen nada extraordinario y maravilloso, que no necesitan ser genios innatos como Mozart, sino que su victoriosa marcha tiene por propulsor el acabado cumplimiento de trabajos que otros dejan a medio hacer o los hacen negligentemente.

Nadie fracasa si desde la infancia se acostumbra a la perfección en todo. Sólo fracasa el que descuida sus obligaciones, aparta la vista de sus ideales o por mejor decir no tiene otro ideal que la satisfacción jamás colmada de sus pasiones animales.

La mayor parte de los que fracasan o se estancan en su camino se preocupan de la cantidad y no se ocupan en la calidad de su obra, a pesar de ser ya antiquísimo el adagio de que vale más poco y bueno que mucho y malo.

Algunos se figuran que para distinguirse del vulgo basta con dar campanadas, es decir, hacer algo que llame la atención de las gentes y se exponga en los escaparates o se exhiba en salones y

galerías y se encómie en las gacetillas de los periódicos a tanto la línea o se fotografíe con rimbombantes epígrafes en las revistas ilustradas que sólo ilustran lo que espléndidamente la vanidad les paga.

Decía un dependiente de almacén que demasiado bien hacía lo que hacía para lo mal que se lo pagaban; pero no tardó en quedarse con los brazos vacantes y sin buena ni mala paga por su dejadez y negligencia.

Este funesto sistema de hacer las cosas mal porque no las pagan bien es uno de los varios impedimentos que obstruyen el camino de millares de jóvenes. El trabajo es cuestión de carácter y no de remuneración. Nadie tiene derecho a desmoralizar su carácter con chapucerías y dejadeces porque a su parecer no le pagan bien su trabajo. Todo empleado tiene en riesgo su carácter además de su salario.

Algunos creen que con unas cuantas horas de práctica al día llegarán a dominar su arte o profesión; pero si no ponen todo cuidado y paciencia en los ejercicios les resultará a la postre mucho peor que si hubieran estado ociosos, porque habrán adquirido hábitos de inexactitud y dejadez que desprimen toda noble aspiración.

Quienes no procuran hacer su trabajo lo mejor que les cabe, no adelantarán mucho en su carrera.

Cuando se adquiere el resabio de hacer algo de mala manera, cuesta mucho enmendar el yerro y seguir el buen procedimiento.

El famoso humorista inglés Swift estaba cenando una noche y le sirvieron un brazuelo de carnero tan demasiado cocido, que le faltaba poco para quemado. Llamó al cocinero y le dijo que retirara el manjar y lo volviera a servir menos cocido. Como es natural, el cocinero respondió:

—Señor, es imposible cocerlo ya menos de lo que está.

—Pero—repuso Swift—si no hubiera estado bastante cocido ¿lo hubieras podido cocer más?

—Desde luego, señor, muy fácilmente.

—Pues entonces, sírvate de lección para el porvenir que cuando cometas una falta, procura que sea posible la enmienda.

Si un cronómetro de los que no se apartan de la hora exacta ni un segundo en veinticuatro horas, se pone en contacto con una dinamo muy potente, queda tan desconcertado que ya no vuelve a recobrar la marcha exacta; y sin embargo, el más hábil relojero no echa de ver en la máquina ni en la esfera el menor desperfecto. No se sabe en qué consiste la irregularidad ni en donde está el desarreglo. Sólo se advierte que no marcha como antes de recibir la misteriosa influencia. Cambió su índole. Quedó magnetizado.

Así suele a veces suceder que un joven obediente, aplicado y laborioso muda de pronto de carácter invirtiéndolo en díscolo, gandul y desdioso. Alguna influencia magnética de siniestra índole recibió que no le permitirá recobrar la buena marcha de su conducta hasta que se sacuda aquella influencia. Se puso en contacto con la dinamo del vicio. La agujeta de su brújula se desvió de la estrella polar de su propósito como la de un buque bajo la cercana acción de los imanes.

Algo hay en nuestro interior que responde con un solemne *Amén* a todo cuanto queda acabadamente hecho. El cumplimiento del deber es un tónico moral y mental que realza y enaltece nuestra condición. Se acrece la propia estimación al oír que la callada voz interior aprueba nuestra conducta, y nos sentimos doblemente animados para acometer todavía más levantadas empresas.

Tengo un amigo que cuando en su juventud se esforzaba por ser algo y servir de algo en el mundo, se le burlaban los compañeros de trabajo al verle tan cuidadoso de sus tareas, diciéndole que no se preocupara de aquel modo y que dejara estar por ya bien hecho lo que hacía. Pero no estaba bien hecho para él, y esta perseverancia en el primor de su obra le abrió los senderos de la fortuna, de suerte que hoy es millonario, mientras los que de él se burlaban quedaron estancados como agua de

charca en la aldea donde cuando jóvenes trabajaban.

La recompensa es siempre proporcional al esfuerzo. Todo cuanto en vuestra obra esté carcomido y achapucerado será un perpetuo testigo de cargo contra vosotros, que con parlotera lengua propalará la declaración de un desmayado ánimo y un lánguido esfuerzo.

Dice un experto industrial:

Mucho más os valdrá fabricar un excelente alfiler que una mala máquina de vapor.

No hay secreto alguno en hacer bien las cosas. Cada cual puede llegar a ser maestro en su especialidad si quiere tomarse la molestia de ejercitarse cuidadosamente en ella. La recompensa de la perfección alcanza a todo el que hasta el fin persevera. No sólo le alcanza en el orden material, sino en el moral, enalteciendo su conducta y realzando su carácter.

Dice Edwin Markham:

Mientras el hombre trabaja, el trabajo reacciona sobre el hombre.

El joven que aprende geometría, fortalece el sentido de la exactitud y el espíritu de justicia. Al observar la simétrica configuración de una hoja, descubre en su alma los inmutables principios de

equidad. Mientras el cantero escuadra con atento cuidado un témpano de granito, está al propio tiempo labrando la mística piedra de su carácter. Quien pone su alma en la obra, pone también la obra en su alma.

Tan íntimamente ligados estamos a lo que hacemos que nuestras obras han de seguirnos a la eternidad.

VII. SIMPATÍA Y BENEVOLENCIA.

VII. SIMPATÍA Y BENEVOLENCIA.



UÉNTASE de un poderoso rey que tenía un hijo en quien adoraba. El príncipe disfrutaba de todo cuanto son capaces de proporcionar las riquezas y el amor, y veía satisfechos todos sus deseos; pero no era feliz. Siempre desfiguraba su semblante un sobrecejo de malhumor.

Llegó un día a palacio un mago que le dijo al rey:

—¡Poderoso señor! Si me das licencia, yo te prometo transmutar en sonrisa placentera el adusto ceño del príncipe tu hijo.

—Si tal lograras, aun la mitad de mi reino si me la pidieses te daría.

Obtenida la venia del monarca, llevóse el mago al príncipe a un retirado aposento de palacio, y escribió unas cuantas palabras en un pedazo de papel con un líquido blanco. Después se lo dió al príncipe diciéndole que se encerrara en un cuarto oscuro y aplicando por debajo del papel la llama de una vela de modo que lo calentara sin quemarlo, esperase a ver qué sucedía.

Hízolo así el príncipe y las blancas letras se volvieron de un hermoso color azul al calor de la llama, formando un letrero que decía: "Haz todos

los días una buena obra en favor de alguien y nunca perjudiques a nadie."

Siguió el príncipe el consejo del mago y pronto fué el hombre más dichoso del reino de su padre.

Nadie es verdaderamente feliz hasta que alentado por el espíritu de confraternidad entre todos los hombres irradia benevolencia y paz de todos los poros de su ser. Solamente por la entrega de nuestra personalidad podemos mantener incólumes las características de nuestra individualidad.

A semejanza de la maravillosa substancia llamada radio que cada segundo emite millones de infinitesimales partículas de su masa sin disminuir de peso ni volumen, así por mucha que sea nuestra benevolencia y simpatía respecto de los demás no sólo no disminuiremos nuestras facultades, sino que por el contrario, cuanto más demos tanto más tendremos, y cuanto mayor auxilio prestemos mayor será todavía el que recibamos.

Sin embargo, en nuestro actual estado de evolución, todavía es muy común la debilidad que nos ciega para no ver las buenas acciones del prójimo y en cambio nos abre los ojos con siniestro deleite para reparar y gozarnos en sus defectos y ser estorbo en vez de auxilio del necesitado.

Todos conocemos al habitual críticon para quien sólo es aceptable lo que personalmente le interesa, el que tiene siempre a punto el estilete del sarcas-

mo para herir al prójimo por la espalda y en su ausencia saca a relucir los defectos de su carácter diciendo a voces que no es lo que aparenta ser.

Mucha pena les causa a las almas mezquinas oír elogios de un rival. Siempre tratan de desvirtuar la alabanza lanzando insidias y reticencias contra el alabado. Esta viciosa costumbre es una confesión de inferioridad e impotencia, de un carácter rastrero y envidioso, de falta de equilibrio moral. Las almas nobles y los temperamentos magnánimos no conocen la envidia. Enaltecen la virtud y siempre son misericordiosos con el pecador.

La generosidad y la benevolencia denotan grandeza de alma con tal de no caer en el vicioso extremo de ser cómplices y encubridores de la malicia. La envidia, la propensión a regatear méritos en quien verdaderamente resplandecen son indicios de ruín mentalidad y perversa índole. El espíritu de benevolencia va siempre acompañado de amplitud de carácter y alteza de pensamiento.

El que denigra a un émulo o que trama contra él la conspiración del silencio cuando alguien lo alaba, muestra a las gentes su estrechez y mezquindad de alma. El hombre verdaderamente noble es generoso y caritativo aun con sus mismos enemigos.

El difamador no echa de ver que al desconceptuar al prójimo y restringir los ajenos mereci-

mientos no sólo manifiesta las limitaciones de su alma y la ruindad de su carácter, sino que a sí propio se desconceptúa a los ojos de aquellos con quienes habla mal de los demás, porque discretamente discurren que así como difama a otros en aquella ocasión, también los difamará a ellos eventualmente.

Poco se figura el detractor que al querer retratar al difamado, traza su propio retrato con los brochazos de su maldiciente lengua.

El ruín sólo ve ruindad en los demás; el noble sólo ve nobleza.

Desgraciadamente, algunos hombres de talento, que se distinguieron por su tenacidad de propósito y dieron al mundo valiosos elementos de adelanto, eclipsaron las lucientes cualidades de su carácter con las sombras de la envidia que los atosigaba contra los de su misma profesión.

Sobre todo los cantantes, actores y músicos son una especialidad en la mutua difamación. Hay que oírlos en los conciliábulos de la vida privada, en los camarines de los teatros, en las murmuraciones de entre bastidores, en las peñas de los cafés y en los corrillos de los ateneos, para tener idea de cómo se destrozan unos a otros y se desuellan vivos a fuerza de arrancarse tiras de pellejo.

A veces el que sin tener en cuenta sus propios defectos quiere burlarse de otro, encuentra, conio

suele decirse, la horma de su zapato en la ingeniosa réplica del zaherido.

Refiérese que Talleyrand, el famoso ministro de Napoleón I, contra quien se revolvió años después al verlo en desgracia, estaba disgustado con la no menos famosa literata señora de Stael.

Era Talleyrand cojo y la señora de Stael bizca. Quiso ésta zumbarse del ministro, y en tono algo irónico le preguntó:

—¿Cómo está esa pobrecita pierna, señor ministro?

Pero Talleyrand, que no era tonto, entendió la pulla y repuso:

—Torcida, *como usted ve*.

También se cuenta que poco tiempo después de la derrota sufrida por Federico el Grande de Prusia en los campos de Kollin, al pasar revista a las tropas vió a un soldado que tenía una profunda cicatriz en la mejilla, y el rey le preguntó:

—Amigo mío ¿en qué taberna te dieron ese arañazo?

El soldado respondió tranquilamente:

—En la de Kollin, donde V. M. pagó la cuenta.

Otro ejemplo por el estilo es el de aquel tuerto que no desaprovechaba ocasión de zaherir con cuchufletas al prójimo y burlarse de los defectos ajenos sin reparar en el suyo.

Una mañana muy temprano encontró en la calle

a un jorobado, y por decir una gracia a costa de éste le preguntó:

—¿A dónde va usted con esa carga tan tempranito?

El jorobado repuso sin desconcertarse:

—Seguramente ha de ser muy temprano cuando usted no ha abierto todavía más que una ventanita.

Así el que entremezcla la chacota con el escarnio se expone a que le devuelvan la pulla con diez dobleces, y no por temor de la réplica, sino por bondad de corazón y nobleza de sentimientos hemos de ser caritativos e indulgentes con los defectos tanto físicos como morales del prójimo.

La maledicencia, aunque sea en son de broma, siempre denota imperfección de carácter.

Entre literatos también es endémica esta enfermedad del ánimo. Si alguien elogia a un dramaturgo muy aplaudido por el público, que ha logrado colocar el signo igual entre los estrenos y los éxitos, no falta quien al punto sale con la rebaja diciendo: "Ya sabemos cómo fabrica fulano sus éxitos teatrales. La noche del estreno está la platea poco menos que monopolizada por sus incondicionales a quienes regaló entrada y butaca, y así no es maravilla que las manos demuestren estrepitosamente su agradecimiento cada vez que el jefe de alabarderos da la señal del aplauso."

Otro dice: "¿Pero se figuran ustedes que todo cuanto estrena ese hombre es suyo? Ni por pienso. Es un plagiario, no ya de tomo y lomo, según antes se decía, sino de tomo y no suelto. Lean ustedes el teatro escandinavo y se convencerán de que de allí está calcado el argumento de sus más aplaudidas obras."

Y los profesionales del escalpelo dicen esto mismo de los músicos, de los pintores y dibujantes, de los científicos, de todo linaje de intelectuales.

Tiempo atrás se celebró en cierta ciudad española muy aficionada a exposiciones, una de Bellas Artes, en la que se exhibieron multitud de lienzos cuyo mérito artístico oscilaba con fluctuaciones bursátiles en los puntos de las plumas de los críticos, pues hubo tan diversos pareceres como periódicos se publican en la aludida y no mencionada ciudad, con la circunstancia de que unos echaban desdiososamente a la alcantarilla lo que otros presentaban a la universal admiración en el pináculo del arte.

Pero al director de una Revista ilustrada se le ocurrió reproducir en grabado muchos de los cuadros expuestos y en paridad con ellos los de los cuadros de otros artistas a quienes habían plagiado los expositores. A esto podríamos llamarle la difamación por el hecho.

Si no obtenemos mejores resultados de la obra

de nuestra vida es porque repugnamos dar algo de nuestro ser en forma de simpatía y benevolencia. Cuanto más demos más recibiremos, porque más bienaventurada cosa es dar que recibir. Quien escatima su afecto, su cariño, generosidad y benevolencia, deprime su ánimo y envilece su carácter.

La abnegada entrega de nuestra personalidad en todo aquello con que buenamente podamos auxiliar al prójimo produce copiosa cosecha. Hay quienes son tan avaros de su simpatía, estimación y alabanza respecto de los demás, que les asusta dar algo de lo suyo y tan escondidamente se encierran en sus adentros, que se asfixian en la nefasta atmósfera de su brutal egoísmo.

Es verdaderamente asombrosa la rapidez con que progresá en el orden espiritual y prospera en el material quien con abierto corazón se entrega al servicio del prójimo. Nada contribuirá tan eficazmente a la dicha de la vida como la temprana habituación a la simpatía y benevolencia.

Un natural afectuoso y amable, que no conoce la iracundia y todo lo perdona porque todo lo comprende y sabe que la ley de la vida da a cada cual su recompensa o su castigo según la índole de sus obras, aventaja incomparablemente al multimillonario que en el arca de caudales encierra su apergaminado corazón.

Cuando Juan Bartolomé Gough firmó su com-

promiso de no beber más licores, le dijo Jesse Goodrich:

—Tengo mi despacho en la Bolsa. Venga usted a verme, porque me complaceré en que seamos amigos. Le ayudaré a mantenerse en buen ánimo contra el vicio que hasta ahora le ha dominado. Dios le bendiga y no se olvide usted de venir.

El mismo Gough dice en su autobiografía:

Es imposible describir hasta qué punto me alentó aquella muestra de benevolencia, y decía entre mí: "Ahora sí que puedo luchar contra el vicio de la bebida." Y luché seis días con sus noches, auxiliado por tan afectuosas palabras.

No podemos menos de admirar y sentir amoroso afecto por quienes cariñosamente nos tratan. A veces todo un vecindario recibe la enaltecedora influencia de un hombre de generosos sentimientos.

Por desgracia, no sabemos apreciarnos debidamente unos a otros. Con mucha mayor facilidad descubrimos en los demás las malas que las buenas cualidades, los vicios que las virtudes. Pronto llegaríamos a la nueva edad de oro si nos convencíramos de que cualquiera vicisitud podrá manifestar que hay un Dios en el más ruín hombre, un filántropo en el más miserable tacaño, un héroe en el más solemne cobarde.

Algunos están de tal manera cegados por el afán de ganancia, por petrificadas costumbres y

frías leyes, que el egoísmo les acoraza el corazón y no acierran a ver la bondad en las gentes.

Cuando aprendamos a reparar en el luminoso aspecto del prójimo en vez de señalar con el dedo sus puntos negros, allegaremos bien en lugar de acarrearlos mal, porque al apreciar a los demás contribuiremos a que mejor se estimen ellos mismos. Si supiéramos estimarnos unos a otros, nuestra actitud revolucionaría ventajosamente la civilización.

Llamó un vagabundo a la puerta falsa de una residencia rural pidiendo de limosna calzado viejo, porque andaba descalzo y le sangraban los pies. Dióle la dueña un par de zapatos en buen estado, diciéndole que si quería mostrarse agradecido volviese por allí al día siguiente de una nevada para limpiar la acera de la casa.

Pasado algún tiempo despertóse una mañana la dueña al rasquido de una pala que alguien manejaba junto a la casa, y asomándose a la ventana advirtió que durante la noche había caído copiosa nevada y que el mendigo de los zapatos estaba apartando la nieve de la acera con una pala desvencijada.

Al ver el hombre a la señora la saludó respetuosamente quitándose su mugriento sombrero, y terminada la tarea se marchó sin pedir recompensa.

Durante el invierno se repitió tres veces el inci-

dente y otras tantas cumplió su promesa el agradecido vagabundo.

Una señora neoyorquina hizo entrar en su casa a un mendigo que fué a pedirle limosna, y después de recomfortarlo con substanciosos manjares y adecantarlo con algunas ropas, lo despidió afablemente, diciéndole que sin duda había nacido para algo mejor que para mendigar el sustento de tan misera manera, indigna de un hombre sano y fuerte y según parecía de no vulgar entendimiento.

Un año después, cuando ya la señora no se acordaba del beneficio ni del beneficiado, se vió en angustiosa necesidad de dinero, y le preguntó a una amiga si conocía a alguien que le pudiese prestar quinientos dólares, pero no le fué posible complacerla.

Mucho se sorprendió la señora cuando al día siguiente se presentó en su casa un extraño diciéndole que enterado de cuán necesitada se hallaba de dinero venía a prestárselo.

Preguntóle ella que cómo se explicaba que un extraño se brindase espontáneamente a favorecerla de aquel modo; y el visitante declaró entonces que era el mismo pobre a quien la señora había acogido tan hospitalariamente en su casa un año antes, tratándolo como a un hermano.

Añadió que la benevolencia empleada con él en aquella ocasión había sido el gozne de su vida,

volviéndole al camino de la verdadera hombría, y que esperaba el momento de mostrar su gratitud por el recibido beneficio.

Dice Felipe Brooks:

Nadie alcanzó la verdadera grandeza sin sentir en algún grado que su vida pertenece a su raza y que lo que Dios le dió ha de ponerlo al servicio de la humanidad.

Pero cabría pensar, al ver cómo nos empujamos unos a otros en nuestra desenfrenada carrera en busca del dólar, que no nos liga lazo alguno de humanidad y que somos enconados enemigos en vez de cariñosos hermanos.

Por doquiera vemos gentes angustiadas, afligidas, menesterosas a quienes sin menoscabo de nuestras comodidades podríamos socorrer y no lo hacemos. Podríamos salvarlos de un naufragio económico, y dejamos que se ahoguen porque nos parece que no es de nuestra incumbencia entremeterse en ajenos negocios.

Hace ya muchos años, un saboyanito de los que en aquella época solían tocar el arpa por las calles de París, no teniendo en donde albergarse, se acurrucó al pie de un árbol del bulevar para dormir envuelto en su bufanda, pues la noche era lluviosa y fría como de Diciembre.

Aterido estaba sin poder pegar los ojos, cuando de pronto vió parada ante él a una señora lujosa-

mente ataviada en compañía de un hombre vestido de galoneado uniforme linterna en mano.

La señora exclamó:

—¡Pobre muchacho! ¡Cómo debe de sufrir sin abrigo contra el frío!

Dicho esto le dió un bolso que contenía algunas monedas de oro y dirigiéndose al hombre del uniforme le dijo:

—Acompañe usted a este muchacho a un albergue, porque si lo encontraran a estas horas por la calle podrían creer que es un ladrón.

La señora se marchó, y el del uniforme hizo como se le había mandado, dejando al saboyanito en el albergue.

Despertóse el muchacho muy temprano al día siguiente lleno de confianza en el porvenir. Por la tarde, mientras tocaba el arpa ante la puerta de un café, un caballero le hizo señal de que se le acercase, y deslizándose en la mano una tarjeta de visita, le dijo:

—Ven a verme mañana por la mañana.

El saboyanito leyó en la tarjeta:

Kreutzer, violinista de la real capilla.

Puntual como las horas acudió el muchacho a la cita y grande fué su sorpresa al saber que el insigne maestro se dignaba tomarlo por discípulo.

Sin embargo, le preocupaba el pensamiento de

que el aprendizaje del violín no le permitiría ganarse la vida tocando el arpa por las calles, y se vería precisado a consumir su modesto peculio, cuando una mañana vió entrar en su cuarto al misterioso personaje que noches antes lo había acompañado al albergue, quien poniendo una bolsa llena de dinero sobre la mesa, le dijo:

—Tu protectora desea que aproveches la ocasión que se te depara, y al efecto te proporciona los medios de estudiar a tus anchas. Cada tres meses recibirás la misma cantidad.

En seguida se marchó el hombre sin querer escuchar ni una palabra.

El saboyanito progresó de tal manera en el aprendizaje del difícil instrumento, que obtuvo una plaza en el Conservatorio, y al cabo de dos años ganó por oposición un puesto en la orquesta de la Opera.

Entonces recibió una esquela que decía:

Ya eres hombre. No tomes a mal que desde ahora dedique a otros desvalidos la solicitud que tú no necesitas.

No volvió el saboyanito a saber nada de su misteriosa protectora. En pleno éxito de su profesión quiso agradecer en algún modo el beneficio recibido, protegiendo a cuantos saboyanitos vagaban pobres y desvalidos por las calles de París. Su

mayor deseo era saber quién fuese su protectora, pero a pesar de sus pesquisas no pudo lograrlo hasta que un día asistió a una solemne función religiosa que se celebraba en la iglesia de Nuestra Señora. Poco antes de terminar, pasó por entre las filas de fieles una señora que con una bandeja hacia la colecta. El saboyanito la reconoció a pesar de los veinte años transcurridos, y para mayor seguridad echó en la bandeja el bolso que la señora le diera la noche en que lo encontrara acurrucado cabe un árbol del bulevar, pues desde entonces lo llevaba siempre consigo en señal de recuerdo.

La señora se estremeció a la vista del bolso, pero no dijo palabra.

El saboyanito le preguntó a su adlátere:

—¿Quiere usted hacer el favor de decirme quién es esta señora?

—Pues qué ¡acaso no ha leído usted en los diarios que hoy haría la colecta la vizcondesa de Chateaubriand?

Comprendió entonces el primer violín de la Opera que hay en el mundo almas nobilísimas, dedicadas a derramar su simpatía y benevolencia en los desgraciados, sin que la mano izquierda sepa el bien que hace la derecha.

Nada hay tan brutal, tan empedernido como el hombre acurrucado en su egoísmo, que permitió que la codicia arrebatase de su corazón todo noble

sentimiento y cuya índole se asperizó de tal manera que es incapaz de ver virtud alguna en el prójimo.

Cultivad un temperamento liberal, un proceder afable, un ánimo generoso. No seáis avaros de vuestra cordialidad, benevolencia y auxilio. Favoreced siempre que buenamente podáis a quien de vuestro favor necesite. Aprended a decir a las gentes cosas agradables sin adulación ni lisonja, y veréis como se ensancha, se realza y enaltece vuestra conducta y os sentís mucho más contentos y dichosos de la vida.

El persistente esfuerzo en auxiliar a quienquiera siempre que podáis, en mejorar algún tanto la condición de los inferiores a nosotros en tal o cual concepto, en difundir esperanza, aliento y benevolencia, en derramar flores por doquiera vayamos, no sólo henchirá de gozo los ajenos corazones, sino que nos abrirá de par en par las puertas de la propia dicha.

No hay virtud que mayor satisfacción allegue ni que en tanto grado enaltezca nuestra vida como la de beneficiar al prójimo en toda ocasión. Si no podéis auxiliarlo materialmente con vuestro dinero, nada os costará prestarle el valioso auxilio de vuestra cordial simpatía, de vuestra influencia personal, de vuestra cooperación para librarlo de su aflictivo estado.

Aunque haya quienes al verse en apuros digan que lo que necesitan son buenas monedas y no buenas palabras, lo cierto es que hay muchísimos más corazones hambrientos de cariño que de dinero.

Un pobre extranjero, que apenas sabía hablar inglés, iba a la ventura por el Parque central de Nueva York, cuando se le acercó un compasivo caballero quien al verle harapiento supuso que estaría en extrema necesidad; pero cuando le iba a dar una limosna, el extranjero la rehusó diciendo que no necesitaba dinero, sino un cariñoso apretón de manos.

Todos apreciamos a quien nos abre su corazón y con afecto nos trata y que en cada hombre ve un semejante, un hermano espiritual en vez de un posible enemigo.

Dice un adagio que más pierde el tacaño que el generoso, y en verdad que el hombre de abierto espíritu y corazón magnánimo aventaja incomparablemente al mezquino, ruín y egoísta que repele en vez de atraer.

No podrán negar los escépticos y materialistas que si el hombre sólo fuese como ellos se figuraran un saco de corrupción, no habría entre cada uno de nosotros otra diferencia que la señalada por las características de la personalidad material.

Por el contrario, la experiencia de los siglos nos está demostrando a cada punto que esta persona-

lidad o aspecto exterior no es ni más ni menos que la manifestación objetiva de nuestra individualidad o verdadero ser; y así vemos a quienes con sólo mirarles la cara y fijarnos en sus ojos denotan que a su rostro y a sus pupilas se asoma un alma noble, generosa, sincera, incapaz de doblez ni dolo ni insidia, mientras que hay quienes, como vulgarmente se dice, llevan la malicia pintada en el semblante.

La hipocresía no tiene suficiente poder para identificarse con la virtud por muy hábilmente que la imite.

En los hoteles encuentra uno a veces personas a quienes no ha visto en su vida, que no hablan nuestro idioma ni tienen nuestras costumbres, y sin embargo denotan en su porte, ademanes, rostro, miradas y sonrisas que están poseídas del noble sentimiento de confraternidad humana que sólo ve diferencias adjetivas en la raza, el idioma, el sexo, la nacionalidad y la condición social.

Tiempo atrás viajaba un caballero en el rigor del verano por la línea férrea de Nuevo México y Arizona, y observó entre sus compañeros de viaje a un joven cuyo acento denotaba ser de un Estado del Sur, que sin esfuerzo alguno simpatizaba con todos cuantos iban en su mismo coche, de suerte que el viaje aquel fué doblemente de recreo y a nadie le pareció largo el trayecto porque el buen

humor, la franca cordialidad de aquel joven derramaba el contento en su alrededor. Bastaba mirarle a la cara para experimentar una dulce sensación de alivio.

En los países de clima frío, suelo pobre y trabajosa vida, parece como si las gentes absorbieran algo de la índole del ambiente, porque siempre están como si temieran echar perlas a los cerdos y se muestran reservados, con cara de pocos amigos. No dan un paso sin mirar con microscopio en donde ponen el pie y son sumamente avaros de su cordialidad por temor de que les paguen a coces los favores.

Contrasta esta carencia de amistosos sentimientos con la leal franqueza de las gentes nacidas y criadas en comarcas de asoleado y benigno clima y de fértil suelo, que a la primera entrevista nos tienden afablemente la mano como si nos conocieran de toda la vida. Nos abren su corazón y en nosotros ponen toda su confianza. No tienen reservas mentales ni dicen nada con la boca chiquita ni se arrepienten de haberse ofrecido en todo aquello para que pudieren servir.

Algunas gentes tienen la mala mano de pulsar siempre notas desafinadas. Por delicado que sea un instrumento sólo arrancan discordancias. Todos sus cantos están en llave menor. Por doquier emiten la nota del pesimismo. En todos sus cua-

dros predominan las sombras. Su perspectiva es siempre lúgubre, los tiempos calamitosos y las circunstancias adversas. Todo les parece restringido.

A otros les sucede precisamente lo contrario. No arrojan sombra. Irradian luz. Cuando tocan un capullo se explaya la flor que por doquier esparce sus aromas. Cuando nos hablan nos inspiran. Derraman flores por doquiera van. Poseen la misteriosa alquimia espiritual que transmuta la prosa en poesía, la fealdad en hermosura y la discordancia en armonía. Descubren el aspecto luminoso de las gentes y no envidian sino que elogian el ajeno merecimiento.

Abramos a los rayos de la luz las ventanas de nuestra alma. Seamos al juzgar a los demás por lo menos tan indulgentes como somos al juzgarnos, tan tolerantes de sus debilidades como de las nuestras. No olvidemos que obra de misericordia es sufrir con paciencia las flaquezas del prójimo. Desechemos toda animosidad y procuremos ser lo bastante magnánimos para ver a Dios en la más ínfima criatura.

Poderosamente influye en el carácter el hábito de mantenernos en benévola actitud mental y amable disposición de ánimo con todo el mundo. Nos hace superiores a las ruines envidias y mezquinos sentimientos y en presencia de un extranjero nos consideramos conciudadanos del universo.

Pero si vamos por el mundo con egoísta y fría actitud mental, cuidando tan sólo de satisfacer nuestros gustos y sedientos de goces, con absoluta indiferencia respecto de los demás, se nos apergaminará el corazón y nos convertiremos en estorbos del progreso moral de la humanidad.

Todos podemos obtener brillante éxito en el ejercicio de la benevolencia, y es mil veces preferible fracasar en los negocios materiales y vencer en el espiritual del buen corazón, a reunir cuantiosas riquezas temporales y carecer de simpatía y amor al prójimo.

El egoísmo y la codicia desfiguran en nosotros la imagen de Dios. El único medio de restaurarla de suerte que recobre su prístino fulgor y original hermosura es contraer el hábito de simpatía, afabilidad y benevolencia con todo ser viviente. Así seremos buenos con nosotros mismos al serlo con el prójimo.

VIII. VITALIDAD DEL AMOR.

VIII. VITALIDAD DEL AMOR.



El amor impasional es armonía, y la armonía alarga la vida, así como el temor, la envidia, la aspereza y la discordia la abrevian. No cabe duda de que quienes están poseídos del espíritu de amor, del espíritu de Cristo, cuyas simpatías y ternuras no se contraen a sus cercanos deudos e íntimos amigos, sino que se extienden hasta alcanzar a toda la humanidad, viven más años y sufren menos enfermedades que los egoístas encerrados en el centro de su círculo personal, incapaces de obtener la energía dimanante del servicio al prójimo.

Suele representarse la eficacia del amor en una débil madre que pasa las noches en vela y los días en incesante trabajo, sin otra recompensa que la satisfacción de arrancar de los brazos de la muerte a su querido pequeñuelo.

No se explican de otra manera que por la poderosa eficacia del amor los prodigios de paciencia, aguante y sufrimiento que admiramos en las viudas que crían y educan a numerosa prole. En circunstancias ordinarias caería rendida por la pesadumbre de tan trabajosa vida; pero el amor alivia su carga, suaviza su yugo y endulza el sacrificio.

Todo lo soporta por amor de sus hijos. Su carga es suave y el yugo ligero.

Este abnegado amor maternal es el prototipo del que como energía creadora penetra todo el universo y es panacea de cuantos males azotan a la humanidad.

Dice Carlyle :

No hay oficio, profesión o empleo de la actividad humana que al par de su deber que cumplir no tenga un ideal a que aspirar. Aun en la más humilde posición está, y no en otra parte alguna, vuestro ideal, porque dentro de vuestro ser lo lleváis.

No en alguna elevada cumbre ni en las lejanas tierras de leyenda donde por arte mágica ve cumplidos la ilusión sus deseos sin el más leve esfuerzo podremos realizar el ideal que persigue nuestra alma.

El humilde valle, la dilatadísima pradera, la granja, el mar, la fábrica, la tienda, la oficina, doquiera haya honrado trabajo intelectual o manual inscrito en los límites de nuestro cotidiano deber, aquel es el campo en donde hemos de realizar nuestro ideal.

Latentes en todo ser humano están las energías que actualizadas y certamente dirigidas y aplicadas realizarían su ideal.

Nuestros anhelos y aspiraciones son elementos creadores que denotan energías equivalentes a las

requeridas por el acabamiento de una labor. No se nos han dado sarcásticamente estas potencias latentes. En el cerebro humano no hay órdenes selladas sin que las acompañen los medios necesarios para cumplirlas.

Como Lincoln tuvo la gallardía de proclamar la emancipación de los esclavos, la hemos de tener todos para proclamarnos emancipados de los vicios y flaquezas con que nos dañamos peor que pudiera nuestro más enconado enemigo. Si nos resolvemos a esta emancipación no han de faltarnos fuerzas para quebrantar la cadena del esclavo y sobreponernos a los impedimentos del ambiente.

Por medios exclusivamente externos no podremos lograrlo. Hemos de apoyarnos en los eternos principios de justicia, en las perennes verdades de la infalible sabiduría, so pena de no cumplir la obra que se nos destinó al venir al mundo.

Acaso alguien pregunte mal aconsejado por el pesimismo :

—¿Qué diantres de obra vienen a cumplir en este mundo los igorrotos filipinos, los pigmeos del Congo, los caribes de Oceanía, los maorís de Australia, y la infinidad de salvajes que todavía ponen perplejos a los etnógrafos y dan un mentís al cristianismo dogmático? ¿Qué obra tuvieron destinada al nacer esa multitud de apaches, golfos, hambones, mendigos y degenerados que renuevan el

contingente de la población penal de todas las naciones?

Es imposible contestar satisfactoriamente a estas preguntas desde el nivel intelectual en que hoy se halla la común mentalidad de los hombres civilizados. Las doctrinas predominantes entre las multitudes y las que por sugestión moldean la conciencia colectiva son impotentes para descifrar los enigmas que a cada punto ofrecen a la sagacidad de los pensadores las actuales condiciones de una humanidad en que conviven la carreta de Edipo y la telegrafía inalámbrica, la choza del troglodita y los palacios reales, la embrionaria inteligencia de un basuto y el casi sobrehumano genio de Platón, Newton o Einstein.

Sólo cabe explicar estas aparentes antinomias reconociendo que la ley de evolución lo mismo rige para el individuo que para la humanidad, y así esos seres atrasados vienen a este mundo con la determinada obra de aprender las lecciones de la experiencia que les enseñen a colocarse en más alto nivel de vida. Toda otra explicación está en discordancia con los eternos principios de justicia concentrados en el concepto de Dios.

Por lo tanto, nadie puede llegar al extremo límite de sus posibilidades mientras no crea que en su interior las tiene latentes, mientras no se convenza de que es capaz de adueñarse de su voluntad

y que Dios le ha dotado de las necesarias energías para transmutar los obstáculos en auxiliares de su buen propósito.

No debemos desperdiciar nuestras energías en vanas aspiraciones sin concretarlas en la acción. Hemos de actualizar metódica y persistentemente nuestras internas potencias; movilizar las fuerzas de reserva y acertadamente aplicarlas a la obra que nos proponemos cumplir. Nos servirá para ello de poderosa ayuda el amor; pero no en la erótica y vulgar acepción que suele darse a este noble sentimiento, a esta divino-humana emoción en que como los colores en la blanca luz se resumen todas las emociones placenteras.

Porque la atracción sexual es una modalidad grosera del amor, aunque necesaria para la conservación de la especie; y por esto es muy frecuente que el aroma espiritual del amor se desvanezca dejando sólo las heces del hastío una vez cumplida la sexual función reproductora.

El verdadero amor no se contrae a la atracción de los sexos en la especie humana. Tiene más altos menesteres y levantados objetos, y así vemos el amor a la ciencia, a la verdad, a la patria, al bien, a la justicia, al arte, a la belleza, a todo cuanto se alza con himaláyica altitud sobre los egoísmos passionales. Tal es el verdadero concepto del amor de Dios sobre todas las cosas.

Movidos por el amor al ideal, a lo que debe y puede ser, pero que todavía no es, hemos de trabajar infatigablemente con alma, mente y manos para realizarlo. Hemos de trabajar con fe firmísima, con resolución invariable, con aquella paciencia inseparable del genio que todo lo alcanza, con perseverancia final, porque según adelantemos en nuestro camino subirá de punto y nivel nuestro ideal.

Por doquiera vemos gentes de temperamento delicado y nobles sentimientos hambrientas de amor, necesitadas de afecto y cariño que a veces no encuentran entre sus más cercanos deudos.

Vemos almas que por falta de amor en el esposo, en los hijos, en los hermanos y aun en los padres están solitarias en el seno de una familia numerosa y les aburre la vida a pesar de sus materiales riquezas. Nada los divierte ni nada les satisface, porque ahitos del pan del cuerpo, están ayunos del pan del alma. Poseen palacios, quintas, yates, automóviles, abundan en todo cuanto sirve a las comodidades de la vida material y no les falta nada más que amor, afecto, cariño, otra alma capaz de identificarse con la suya.

Mucho de lo que en lenguaje ordinario se llama amor no es más que disfrazado egoísmo. El verdadero amor transpone el círculo de la familia y las fronteras de la patria para abarcar a la humanidad

entera sin merma del amor a la familia y a la patria.

El amor verdadero no se reconcentra egoístamente en los de una misma sangre, desoyendo los lamentos del huérfano y abandonado. El puro amor se demuestra con obras sin acepción de personas, tal como es el amor de Dios.

En la estación de salvamento de naufragos del puerto de una ciudad de la costa europea del Atlántico servían padre e hijo más bien por vocación que por oficio, pues ambos consideraban como el mejor empleo de su actividad arrebatar cuantas vidas pudieran a la implacable glotonería de las tempestuosas olas.

Muchos salvamentos efectuaron padre e hijo con riesgo de su vida, hasta que el padre la perdió en el intento de salvar a una anciana arrebatada por el oleaje de la cubierta de un buque combatido por la tormenta.

En vez de amedrentarse el hijo por esta desgracia, que según el criterio humano le pronosticaba eventualmente el mismo fin, juró en homenaje a la memoria de su padre y movido de su desinteresado amor al prójimo, que jamás vacilaría en exponer su vida para salvar a cuantos se hallasen en peligro semejante.

Desencadenóse una noche tan horrible tormenta que las olas saltaban a diez metros de altura por

encima de las escolleras y el práctico no se atrevió a dar guía a un velero que en aquel momento quería refugiarse en el puerto.

Los marineros de la estación de salvamento vacilaban en lanzarse al agitado mar, cuando el valeroso joven, recordando la heroica muerte de su padre, no vaciló en tributar a su memoria aquel sacrificio de amor, y ciñéndose al cuerpo un salvavidas con una cuerda cuyo opuesto extremo quedó atado a la anilla de la estación, se arroja a las olas nadando vigorosamente hasta alcanzar el bajel que estaba a punto de naufragio. Ata entonces la cuerda al costado del buque y con auxilio de este improvisado sendero salva a la ya desesperada tripulación.

En circunstancias ordinarias no hubiese tenido el intrépido joven la energía necesaria para realizar tan heroica hazaña; pero estimulado por la memoria de su padre y henchido de amor a los pobres naufragos, surgieron de las profundidades de su ser las divinas energías que triunfaron de la tormenta y de la muerte.

Isabel Fry, la ilustre socióloga que no se entretuvo en disquisiciones de ateneo, sino que dió realidad práctica a sus reformadoras ideas, fué en Inglaterra la precursora de Concepción Arenal en España. Inició Isabel en su país la reforma del régimen de los establecimientos penitenciarios,

hospitales y manicomios, que en los tan encomiados tiempos del absolutismo eran terribles antros de abyección y tormento para delincuentes, enfermos y enajenados.

Cuando Isabel Fry visitó la cárcel londinense de Newgate, estaban las presas hacinadas como cerdos en pocilga o esclavos en ergástulo en una cuadra sin la más elemental condición higiénica.

Obediente a la máxima que dice "odia el delito y compadece al delincuente", se interesó Isabel Fry por una presa que según decían había cometido muy grave crimen. Una de las señoras perteneciente a las juntas o asociaciones que por entonces hacían oficiosamente la visita de cárceles, extrañada de que Isabel Fry atendiera con tan cariñosa solicitud a una tan terrible delincuente, le dijo:

—Pero ¿no sabe usted por qué está aquí esa presa? ¿no sabe usted qué crimen ha cometido?

Isabel respondió:

—No lo sé ni me importa. No se lo he preguntado. Sólo sé que tropezó en el camino de la vida, como expuestas estamos todas a tropezar aunque nos creamos santas, y que es una infeliz necesitada del bálsamo de amor que cicatrice su herida y le devuelva la salud espiritual. No necesita ventoleras de borrasca, sino auras perfumadas por la compasión.

Esto dijo la clemente reformadora.

Por mi parte, no creo que haya ser tan depravado, tan abyecto, tan infame y vil que se muestre impermeable a la influencia del perseverante, paciente y desinteresado amor.

Frecuentes son los casos de criminales empedernido, egoístas acérrimos, degenerados al parecer imposibles que se rebelaron con indomable obstinación contra todo procedimiento coaccionante y ni los calabozos de castigo ni las penas corporales, que aunque la mentira oficial lo niegue se les infligen bárbaramente donde nadie oye sus alaridos, bastaron para domeñar su maldad. En cambio, se mostraron dóciles como corderos con débiles mujeres que inflamadas de compasión acertaron a pulsar las íntimas fibras de su ser, despertando los recónditos sentimientos de su corazón. El amor fué la única sonda que les llegó a las profundidades del alma.

Todavía vive en Nueva York un sujeto que por sucesivas reincidencias estuvo veinticinco años en presidio. Era un criminal empedernido. Apenas cumplía una condena cuando tramaba otra fechoría que de nuevo lo llevaba a presidio. Trataron algunas buenas gentes de protegerlo por ver si volvía al recto camino; pero de todas partes en donde lo colocaban para que trabajase lo despedían al saber que había estado en presidio.

Por fin vino a dar bajo la influencia de una de aquellas nobles y amables mujeres que no le preguntó qué crímenes había cometido ni quiso saber nada de lo concerniente al siniestro aspecto del carácter de aquel hombre, sino que por el contrario se esforzó en que él pusiera en olvido su pasado y empezara a ser otro hombre, pues no había nacido para ser un criminal toda su vida.

Añadió que no había de ir por las calles receoso y esquivo, mirándose como un criminal perseguido por la policía, sino como un hombre honrado que vive de su trabajo sin la menor intención de perjudicar al prójimo.

Tan vivamente le representó la buena señora lo que en adelante podía ser hasta el punto de redimir sus pasados extravíos y regenerarse por el arrepentimiento y la enmienda para ponerse a cubierto de todo vituperio, que el ex presidiario siguió el consejo de su bienhechora y en poco tiempo mudó radicalmente de conducta y carácter.

Tal fué el resultado de excitar las buenas cualidades que como en el fondo de todo extraviado dormían aletargadas en la intimidad de aquel hombre por la siniestra supremacía de los viles sentimientos y las pasiones brutales.

El egoísmo es una enfermedad moral, el exacerbamiento del instinto de conservación y una de las causas de la timidez en los débiles y de la so-

berbia en los fuertes. Unos y otros se encierran en su círculo personal; los débiles para rehuir, los fuertes para dominar.

Nadie puede mejorar de condición mientras concentre en sí mismo sus pensamientos. Pronto se marchitan las simpatías del que sólo piensa en su persona. El ánimo de los que realizan algo digno de loa mira al exterior y no al interior. Está enfocado en su objeto y no en sí mismo.

Todas las acciones inmortales se realizaron abnegadamente. Las más eficaces plegarias no son las que pronuncian los labios en público, sino los anhelos y aspiraciones que silentes brotan del corazón. El cotidiano anhelo es la perpetua plegaria, la que escuchada y acogida recibe respuesta.

La prueba más concluyente del éxito de un hombre es su conducta diaria. ¿Vive en realidad? ¿Está vivo y activo en todas las partes de su ser o tiene alguna facultad atrofiada por desuso?

¿Qué importan las riquezas materiales si tan sólo está viva una mínima parte del hombre? ¿De qué valen los mundanos bienes si se marchitaron las simpatías por falta de aplicación, si se desvaneieron los sentimientos de amor a la belleza y al bien? ¿No tiene nada que ver con el éxito el desenvolvimiento de las facultades del espíritu? ¿Merece el nombre de árbol el tronco cuyas ramas todas menos una podó el incepto labriegó, y aquella sola

se transformó en una monstruosidad por haber absorbido plenóricamente la savia que debió vivificar las demás ramas? Así muchos son en el orden mental y moral monstruosidades unilateralmente desarrolladas.

La mejor herencia que un hombre puede legar a sus hijos es una mente equilibrada y fortalecida, un carácter firme y a la par benévolos que aliente y enalteza a cuantos con él se relacionen, un espíritu magnánimo que atraiga cuanto de más noble existe en la vida humana e irradie por doquiera luminoso optimismo.

Feliz quien al salir de este mundo deje un nombre inmaculado que infunda respeto por su honestidad e integridad libre de toda sospecha. Tal es la herencia que la disipación no puede devorar y está fuera de los riesgos de incendio, naufragio y cataclismo. Es la herencia patrimonial vinculada en la divinidad de nuestro verdadero ser.

Enseñar a los hijos la propia estimación, el amor a la justicia y la repugnancia a la iniquidad, a confiar primero en Dios y después en sí mismos con firme y vigorosa independencia, a juzgar del mundo y de los hombres por su propio criterio cimentado en las lecciones experimentales de la vida y en el estímulo de levantados ejemplos para que se coloquen a la vanguardia de su profesión en vez de quedar rezagados en las filas de retaguar-

dia, tal es la mas valiosa riqueza que en herencia pueden legarles.

Así serán capaces de cumplir la sapientísima máxima de "Ayúdate a ti mismo" y lejos de remediar a los demás con servil mimetismo, afirmarán su individualidad y tendrán el valor de sus opiniones.

No necesitarán adular a nadie. Se mantendrán erguidos sin soberbia, denodados sin temeridad, perseverantes sin obstinación, virtuosos sin fanatismo, humildes sin bajeza, benévolos sin debilidad, mirarán al mundo cara a cara sin arrogancia, pero con el convencimiento del vencedor que se ve capaz de colocarse al nivel de las circunstancias y dominar las situaciones por el poder de su recia voluntad.

¡Cuántos hay que se abochornan del padre cuyas legadas riquezas despilfarran!

Gozosos recibieron la herencia, pero se guardan mucho de decir la verdad sobre cómo adquirió su padre la fortuna.

Multitud de negociantes por el estilo del mercader de Venecia pasan mil fatigas y cometan las más reprobables acciones de esas que bordean el código penal, para dejar a sus hijos libres del riesgo de la miseria, pero los dejan expuestos a la miseria moral de un nombre indigno de la posteridad.

¿No es extraño que los padres se afanen por lo pasajero, mudable y aleatorio en vez de preocuparse por el desenvolvimiento de más apetecibles, duraderas y hermosas cualidades?

Quienes todo lo fían al convencional valor de la moneda, que no es en sí riqueza, sino representación fluctuante de la riqueza, no se percatan de cuán pocas probabilidades tienen sus hijos de saber cómo se gana el dinero, de convencerse de que no hay otro medio de adquirirlo honradamente que el trabajo, de fortalecer la confianza en sí mismos y no esperar la ayuda ajena, cuando todos les dicen que no tienen necesidad de trabajar ni buscarse quebraderos de cabeza, siendo su padre millonario con la seguridad de disfrutar un día de su herencia.

Pero si un hombre es demasiado grande para que baste a medirlo la unidad monetaria; si no cabe por su grandeza en los límites de su finca; si la riqueza de su individualidad se ha desbordado hasta el punto de que sus convecinos se sientan más ricos por su vida y ejemplo; si cada metro cuadrado de su término municipal aumenta de valor porque él vive allí, entonces no se alterará el resultado de su inventario aunque pierda todas sus riquezas materiales.

Quien aprende a ser rico sin dinero y por el cultivo de sus facultades intelectuales alarga un

tesoro de inestimable valía; quien como la abeja liba indistintamente el néctar del cardo y de la rosa, mirará la pérdida de los bienes materiales como un incidente que en nada afectará los altos menesteres de la vida superior.

Profundamente satisface a las almas evolucionadas el pensamiento de que en nuestro interior hay algo más grande y valioso que las riquezas materiales; que hay en nuestro alrededor algo superior a nuestra vida terrena, algo que excede a la fortuna y a la vocinglera nombradía; que se salva de las llamas del incendio, de las olas del naufragio, de la convulsión de los terremotos, de la violencia de los tornados, del ímpetu de las inundaciones, del estrago de las epidemias y de los horrores de la guerra; que se sobrepone al vituperio, la insidia, la persecución y la calumnia; algo que transciende a la muerte y desintegración de nuestro cuerpo. Es la nobleza de carácter, la bondad de sentimientos, el amor espiritual que en el transcurso de los siglos ha ido mejorando a costa de abnegados sacrificios las condiciones de la vida.

Algo hay en nuestro interior que protesta contra la eventualidad de tener nuestras más valiosas posesiones a merced de los accidentes o de la incertidumbre.

Quien ha meditado sobre la finalidad de la vida

tiene la íntima seguridad de que, suceda lo que suceda, nada puede aniquilar nuestro verdadero ser ni despojarnos de nuestras inalienables posesiones.

Resuena en nuestro interior una susurrante voz que nos dice que la verdadera vida es el amor a todos los seres y todas las cosas por amor de Dios en quien todas las cosas y todos los seres se unifican, y que la vida verdadera y real está fuera del alcance de cuanto amenace dañarla o substraerle un ápice de su potencia.

El sentimiento de serenidad, la tranquila y segura firmeza que nada es capaz de quebrantar, infunde una satisfacción inefable que le da a la vida su verdadera grandeza y dignidad.

¿No sabéis que toda la creación es el Sinaí cuya cumbre fulmina como rayos de misericordiosa justicia los diez mandamientos? Toda filosofía es vana, todo estímulo débil, todo aliento desmayado, toda moral lánguida en comparación de aquellas diez palabras que esencialmente se comprendían en la suprema palabra de amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios.

El universo obedece a la ley de amor. Sólo el hombre la quebranta. Los mismos átomos parecen como si estuvieran bañados en un elixir de amor. Hay una amorosa inclinación en la íntima naturaleza de todas las cosas. Es cohesión en las mo-

léculas, cristal en las nieves, perfume en las flores, zumbido en las abejas, aleteo en las mariposas, trino en los pájaros, arrullo en las palomas, balido en los corderos, centelleo en los astros, música en las esferas, confraternidad en las almas y bondad infinita en Dios.

Toda forma de existencia enseña a los capaces de aprenderla una lección de sabiduría, bondad, poder y providencia, en prueba de que en su intimidad alienta el supremo Espíritu, el soberano Artífice de la estupenda maravilla del universo.

A pesar de las discordias, odios, rencores, venganzas, guerras, devastaciones, epidemias, catástrofes y cuantos fieros males afligen a la humanidad, como si hubiese llegado el cumplimiento de las profecías apocalípticas, toda alma sanamente optimista se siente animada por la esperanza de que de un modo u otro, por los escondidos caminos de Dios llegará la gran familia humana al pináculo de la perfección.

IX. SERENIDAD Y CONFIANZA.

IX. SERENIDAD Y CONFIANZA.



UANDO sobreviene un grave peligro, todos los que por él se ven amenazados piden a voz en grito "un hombre que sepa donde tiene la cabeza y sin perderla la mantenga sobre sus hombros".

En días críticos se necesita un hombre que permanezca ecuánime, que sea bueno consigo mismo, mientras los demás se aturullan y atolondran sin acertar en el remedio.

Es el hombre que sabe qué hacer cuando todos se desconciertan; el que salva a las familias de la ruina, a los ejércitos de la derrota y a las naciones de la muerte; el que no rehuye cargas de justicia ni rehusa cargos de responsabilidad ni deserta de los puestos de peligro.

Los que fácilmente se transtornan y al menor contratiempo pierden la cabeza o eluden ocupar posiciones en que las penalidades superan a los honores, son muñecos de quienes nada cabe esperar en críticas circunstancias.

Algo hay grandioso, algo que no podemos menos de admirar y reverenciar en quien es capaz de permanecer sereno cuando los demás se excitan y perturban hasta el extremo, lindante con la insania, de no ser dueños de sus acciones.

Navegaba César de incógnito desde las Galias con rumbo a Italia, donde era necesaria su presencia para desbaratar los planes de sus enemigos políticos, cuando sobrevino una tempestad que puso espanto en el corazón del piloto, quien se encorrió a Castor y Pólux con tanto fervor como en nuestros días se encomiendan en caso semejante a la Virgen del Carmen los marineros católicos.

Pero la tormenta no amainaba y ya perdía el piloto toda esperanza en el favor divino, cuando Julio César, recurriendo a un medio supremo de sugerición le dijo al piloto:

—Si no tienes confianza en los dioses, sigue navegando bajo mis auspicios. Tú no sabes a quien llevas en tu buque y por eso te conturbas. Fortalecido con mi apoyo, precipítate sin temor en medio de la tempestad.

Creyó el piloto que quien así le hablaba sería alguna divinidad en forma humana, como según los poetas era frecuente en aquellos tiempos, y desvanecido con ello todo temor, maniobró de suerte que pudo capear felizmente el temporal.

Cosa parecida ocurre en el proceloso mar de nuestra existencia. Cuando nos creemos desamparados de Dios y de los hombres, la voluntad desmaya, el ánimo se abate, la energía se esconde en las profundidades del espíritu paralizada por el temor; pero como dice Séneca en *Agamemnón*, los

males inciertos son los que mayormente nos atormentan, a lo que cabe añadir que esta incertidumbre proviene del desconocimiento de que nuestro más poderoso auxiliar está en nosotros mismos con tal que acatemos y obedezcamos la ley de Dios porque ¿cómo es posible que Dios favorezca y auxilie a quien quebranta su ley?

Así en las tormentas de la vida el buque es nuestra personalidad a cuyo bordo va el espíritu reflejo de Dios. Y como dice Santa Teresa, quien a Dios tiene, es decir, quien cumple con su deber y de nada le remuerde la conciencia, conservará la serenidad y confianza sin naufragar, por muy furioso que sea el embate de las olas.

No es fácil cosa mantenerse serenos ante el peligro cuando poseídos de pánico huyen todos a la desbandada. Se necesita movilizar para ello las fuerzas de reserva que caracterizan al hombre equilibrado.

Hermoso símbolo de serenidad y equilibrio nos ofrece en los mares árticos el témpano de hielo. Por muy furiosa que brame la tempestad ni por violentamente que las olas lo combatan no tiembla ni se estremece ni da señal alguna de flaqueza, porque sólo una parte de su enorme masa sobresale de la superficie del agua.

Su base está seguramente equilibrada en la calma de las aguas profundas, lejos de la tempestuosa

agitación del oleaje. Esta potente reserva oculta bajo la superficie permite que la parte descubierta desafíe el furor de las tormentas.

Una de las cosas más difíciles para el joven es la serenidad de ánimo y presencia de espíritu que no caiga por el opuesto extremo en desfachatez y cinismo.

Muy fácil es que se le suba a uno la prosperidad a la cabeza, que le embriague el triunfo, que se figure haberlo ganado ya todo y no necesitar de nada ni de nadie por haber ganado algo. La buena fortuna suele ser la muerte de toda ulterior aspiración.

Difícil es mantenerse sereno y no perder los estribos ni soltar las riendas con que debemos regir el potro de nuestra naturaleza inferior cuando la tentación pasional nos asalta o las dificultades económicas se amontonan sobre nuestra cabeza; pero más difícil todavía es mantenerse sereno en la prosperidad.

Hay algo en la naturaleza humana que forcejea contra las circunstancias adversas, que se debate contra los obstáculos y se crece ante las dificultades e impedimentos; pero en cambio, la molicie, la vida comodona y regalada sin preocuparse del porvenir por creerlo materialmente asegurado es muchas veces el narcótico de la actividad.

El anhelo de seguir adelante y la aspiración de

perfeccionamiento quedan muchas veces debilitados por el sentimiento de satisfacción dimanante de haber llevado a feliz término la acometida empresa. Es lo que en fraseología de adagio se llama dormirse sobre los laureles, cobrar buena fama y echarse a dormir o entretenerte en delicias capuñas.

La prueba del equilibrio mental y serenidad de ánimo consiste en no alterarse individualmente, aunque las condiciones se alteren y muden de favorables en adversas o de adversas en favorables las circunstancias. Ni la desgracia ha de abatir ni la fortuna ensobrecer. Las pérdidas materiales, los infortunios y desgracias de familia commueven sí, al hombre ecuánime, porque no es de mármol ni tiene el corazón de hielo y los nervios de cemento armado; pero se sobrepone a su emoción e imita al maestro Jesús en las angustias del huerto.

Todos debemos estar en disposición de no perder la serenidad cualesquiera que sean las circunstancias en que nos encontremos, porque el hombre capaz de mantenerse en pie cuando todos flaquean y resbalan está preconizado por el destino a desempeñar importante papel en los escenarios del mundo.

Esta cualidad le da decisiva influencia entre sus compatriotas, que le señalan como el único hombre capaz de rehabilitar a una nación decadente, de

restablecer la disciplina en un ejército desmoralizado, de salvar altísimos intereses comprometidos por profundos trastornos mundiales.

Contrariamente, el hombre vacilante, indeciso, que encubre la cobardía bajo máscara de prudencia y nunca está seguro de sí mismo, que tiembla como un cervatillo en los momentos de pánico, se ve zarandeado por las circunstancias y sólo es capaz de navegar por tranquilas aguas.

El hombre equilibrado es generalmente de buen juicio y claro entendimiento que denota armónica educación de sus facultades y por consiguiente rectitud de carácter y fortaleza de ánimo.

En una máquina perfectamente construida y ajustada cada órgano está calculado con relación a los demás. El movimiento de las ruedas de un mecanismo de relojería debe estar en exacta proporción al tamaño e índole del reloj y cada una de ellas ha de relacionarse con las demás del mismo reloj.

Nadie se ufanaría de un reloj que tuviera un potente muelle real mientras todas las otras piezas fuesen de endeble construcción y de mucha menor resistencia que la exigida por su cumplido funcionamiento. La valía de un reloj está en proporción de la exactitud con que señala las horas, pues tal es su objeto. De la propia manera, la valía de un cerebro humano está en proporción de la exacti-

tud y alteza de sus pensamientos, porque es el mecanismo orgánico de la mente.

Entre la juventud urbana es bastante raro encontrar un cerebro bien organizado para la vida práctica, sin ninguno de aquellos graves defectos que a la generalidad de los jóvenes hunden en la vulgar medianía. Rara es la mente de facultades agudas, profundo y claro criterio, no desviada unilateralmente por el prejuicio ni embrutecida por la superstición.

Muchos jóvenes son unilaterales por falta de integral y armónica educación. Empaparon su cerebro de tales o cuales enseñanzas que al prejuicioso parecer de sus padres y maestros eran la culminación de la verdad absoluta, y lo tienen polarizado en aquel sentido, de modo que no saben dar nuevo rumbo a su pensamiento. Les fortalecieron tan sólo la cualidad de más señalado brote en la infancia, dejando las otras atrofiadas por desuso.

La educación de la mayoría de jóvenes no está calculada de modo que desenvuelva equilibradamente todas las facultades. Hay enorme disparidad entre la educación física y la intelectual.

La finalidad de la educación primaria debiera ser el equilibrio, la simetría ponderal de todas las facultades, pero no como ramas de podado árbol que por adorno quedan todas con la misma largura

a pesar de su diferente calibre, sino con la debida proporcionalidad para que la dominante se vea auxiliada en su función por las demás. Esta es la mejor manera de formar una mentalidad más poderosa por el buen juicio que por la rapidez en concebir y la precipitación en opinar.

Para quienes no han llegado a la madurez de la vida, el unilateral desenvolvimiento de una facultad mental a costa de sus compañeras es una de las peores calamidades de la vida moderna.

No es extraño que aumente con deplorable incremento la población de los manicomios, porque la falta de ponderación entre las facultades no puede menos de ocasionar el desequilibrio mental. Por esto se dice que del genio a la locura hay el mismo paso que de lo sublime a lo ridículo.

El cirujano de mente equilibrada, capaz de hacerse cargo con una rápida ojeada de las circunstancias de que depende la vida del enfermo en una operación delicada, lleva incomparable ventaja al que quizás sepa más anatomía topográfica, pero carezca del sagaz discernimiento que pone en su debido punto cada cosa a su debido tiempo.

El equilibrio mental infunde mayor energía al jurisconsulto y en ocasión de uno de esos célebres procesos que excitan el interés público y apasionan los ánimos, acierta a convencer y persuadir a los jurados.

La equiponderación mental de Daniel Webster hizo de él la colossal figura que asombró a los oyentes del famoso discurso de Plymouth, en el segundo centenario de la llegada de la *Flor de Mayo* a tierras americanas, y que confundió a sus adversarios en el ruidoso pleito de la testamentaría de Girard.

Su maravilloso discernimiento le llevó en 1822 al Congreso y en 1841 al ministerio de Estado donde negoció el tratado de Ashburton que fijaba de una vez para siempre los hasta entonces inciertos límites entre el Canadá y el Estado del Maine. La conciencia de su poderosa por lo equilibrada mentalidad le daba enorme ventaja sobre los débiles oponentes que no se atrevían a luchar con su irrefutable dialéctica.

El equilibrio mental nos da un vistumbre de lo que ha de ser el hombre futuro, cuyas facultades todas estén simétricamente educidas, sin confundir la simetría con la uniformidad, sino entendiendo por tal el armónico concierto de las diversas funciones de la mente.

Las poderosas fuerzas del universo son silentes en su operación y están admirablemente equilibradas. Los químicos conjeturan que la energía intermolecular es aún más intensa que la eléctrica, y la silenciosamente encerrada en la hierba de una pradera de diez hectáreas bastaría para accionar

todas las máquinas del mundo. Sin embargo, el oído más delicado no advierte el menor roce ni rumor en el invisible crecimiento de la hierba.

Los caracteres firmes y enteros no son nunca estrepitosos ni descompuestos. Se mantienen ecuánimes y serenos. El torrente que por entre las quiebras montesinas se precipita en el llano, mueve mucho estrépito, y en cambio silenciosas fluyen por su anchuroso cauce las profundas aguas del Misisipi.

Cuanto mayor es la oquedad más reciamente retumba. Así los caracteres débiles echan mucho vapor como locomotora inactiva y alborotan ruidosamente como un montón de cáscaras de nuez, sin hacer nada de provecho.

La efectividad de nuestra obra depende de que funcionen concertadamente todas nuestras facultades. A veces vemos hombres que sin alardear de sabiduría ni tener ninguna cualidad de ostentoso brillo, aventajan a otros que parecen más despejados, pero sin el equilibrio mental que caracteriza a los primeros.

La suprema finalidad de la evolución de la raza humana es producir un tipo de hombre integral y armónico capaz de transmutar en efecto útil toda su eficacia individual. No es el fin de la evolución humana producir el mayor artista, letrado, matemático, médico, literato o estadista que hayan co-

nocido los siglos, sino el hombre celeste, dueño de sí mismo en quien todas las facultades cooperen armónicamente al conocimiento de la verdad, todas las emociones a la práctica del bien y todos los sentimientos al culto de la belleza.

Vale mucho más el talento equiponderado que el genio unilateral.

El joven aprendiz de carpintero no echa de ver que si desde un principio no adquiere el hábito de aserrar en derechura los tablones, de clavar rectamente los clavos o de dejar bien cepillada la madera, este defecto no sólo le incapacitará para adelantar en su oficio, sino que además deprimirá su carácter por la relación indisoluble que entre sí tienen todas las facultades.

El joven nacido y criado en el campo aventaja notablemente al de ciudad, porque éste encuentra resueltas por el refinamiento de la civilización muchas dificultades de la vida diaria, mientras que aquél ha de ingenierse sin ayuda directa en vencer los inesperados obstáculos y las imprevistas eventualidades tan frecuentes en los trabajos rurales.

Como ejemplo de que a veces el ingenio natural aventaja a la erudición académica, cítase el de un joven recién llegado del campo que servía de criado a un profesor algo engravidado de su ciencia, cuya academia ostentaba el presuntuoso título de "Academia de conocimientos universales".

Sucedía esto en una ciudad oriental y en tiempos en que los sátrapas eran dueños de vidas y haciendas sin otra ley que su caprichosa voluntad.

Quiso el sátrapa poner a prueba la sabiduría del profesor y llamóle a su palacio, diciéndole:

—Puesto que todo lo sabes, vas a responderme a tres preguntas, con la condición de que si en el término de veinticuatro horas no aciertas la respuesta, pierdes la cabeza.

La primera pregunta es: ¿Cuántos capazos de tierra se podrían sacar de aquella montaña que desde aquí se ve?

La segunda: ¿Cuánto vale un rey?

La tercera: ¿En qué pienso ahora?

El profesor se fué a su casa angustiadísimo, porque no hallaba medio de escapar de la muerte por ser las preguntas de imposible respuesta; pero su criado le dijo que no se apurase, pues él había discurrido el medio de salir airosamente de aquel mal paso.

En efecto, al día siguiente, entre dos luces, se presentó el criado en palacio vestido con las ropas de su amo, y el sátrapa, que por suerte no advirtió la suplantación, le dijo:

—Vaya, respondeme ahora cuántos capazos de tierra se podrían sacar de aquella montaña.

El criado respondió:

—Eso depende de las circunstancias. Si el ca-

pazo es tan grande como la montaña, bastará con uno; si la mitad, se necesitarán dos; si la cuarta parte, cuatro, y así sucesivamente.

Quedó el sátrapa satisfecho, y dijo:

—Veamos ahora cuánto vale un rey.

—Si al rey de cielos y tierra lo vendieron por treinta monedas de plata, bien podremos creer que el rey de un pedazo de tierra sólo vale la mitad.

El sátrapa no pudo menos de reirse de la ocurrencia y pasó a la tercera pregunta:

—Dime ahora en qué pienso.

—Pues vuestra alteza piensa que está hablando con el profesor de la academia, y en verdad habla con su criado.

No hay para qué decir cuán satisfecho quedó el sátrapa de la agudeza.

También se cuenta que el famoso comediógrafo Molière le leía a su criada el manuscrito de sus comedias, porque muchas veces acertaba a poner reparos que el poeta tenía muy en cuenta para enmendar el original.

Quiso Molière probar hasta donde llegaba el espíritu crítico de la muchacha, y un día le leyó una comedia de un autor cualquiera diciéndole que la acababa de componer; pero apenas leídas las dos primeras escenas, cuando la criada exclamó:

—Esa comedia no es de usted, señor.

Molière prosiguió leyendo como si tal cosa, y

la oyente volvió a interrumpir con mayor vehemencia:

—Basta. No lea usted más. Eso no lo ha escrito usted.

Vemos hombres que brillan por su elocuencia, que conocen cinco o siete idiomas, que leen a Homero y a Horacio en el texto original, que vencen en los campeonatos deportivos o que sobresalen en determinada especialidad, y sin embargo cometen mil torpezas e incurren en otros tantos errores en los asuntos corrientes de la vida ordinaria para cuya acertada resolución basta el necesario equilibrio mental con buen discernimiento. Su falta de sentido común les hace dar tantas vueltas, que parecen uno de esos ríos que al fluir por quebrado terreno trazan con su cauce sinuosidades y meandros como si en vez de adelantar retrocediesen en su curso.

Al unilateral y desequilibrado, por muy hábil que sea en determinada especialidad, no le solicitarán por colaborador las gentes de sano juicio, porque saben que cometerá torpezas en circunstancias críticas, cuando precisamente se necesita más sangre fría y serenidad de espíritu.

En la vida práctica el sentido común es más valioso que una brillante erudición, y el comerciante de buen sentido sabe que la prosperidad de su establecimiento y el baluarte de su negocio depende

del buen criterio de sus colaboradores y auxiliares. Comprende la valía de la cooperación.

El que se perturba por cualquiera fruslería denota su flaqueza, su falta de dominio personal; da indicios de que todavía no conoce su verdadero ser ni se ha dado cuenta de las fuerzas latentes en su interior.

Es axiomático que quien no sea capaz de dominarse no podrá dominar a los demás, y por lo tanto no sirve para desempeñar cargos de responsabilidad.

Un carácter equilibrado se respeta mucho a sí mismo, mientras que la falta de este respeto va acompañada de incertidumbre, duda, ansiedad y perturbación mental lindante con la locura.

El sentimiento de serenidad y confianza en cualquiera circunstancia es la primordial característica que los caudillos de la industria y el comercio indagan en quienes aspiran a servirles de colaboradores. Para conferir un cargo de responsabilidad y confianza buscan hombres de temple, que se pueda tener fe en ellos cuando una grave eventualidad exija el despliegue de sus energías.

Muchos jóvenes no echan de ver que su éxito depende en gran parte de su personal reputación. Toda la diferencia estriba en si esta reputación es de honradez, aptitud, idoneidad y buen juicio o de incapacidad, negligencia y atolondramiento.

El equilibrio mental acompañado de la honestidad os proporcionará posiciones de responsabilidad y confianza, porque todo el que necesita el auxilio del trabajo ajeno busca quien sea su consciente colaborador y no un ciego y sordo mecanismo humano.

El dinero es muy cobarde, y los capitalistas repugnan confiar su dinero a hombres de brillante apariencia pero de poca solidez.

Una de las causas por que la mayoría de las gentes no andan muy sobradas de buen criterio es porque no aprendieron a discurrir por cuenta propia y las facultades inejercitadas no se vigorizaron como no se vigorizan los inejercitados músculos. El hábito de reflexionar detenidamente sobre todo asunto y discurrir con imparcialidad acrecentará nuestra eficacia individual.

Es muy raro que un hombre de sano criterio y de abundante sentido común fracase en sus esfuerzos, aunque no brille con ostentosas cualidades de aquellas que le dan cierta semejanza con un edificio de mucha fachada y poco fondo, porque si alguna vez tropieza y cae, seguramente caerá de pie.

X. EL BUEN JUICIO.

X. EL BUEN JUICIO.



I queréis cobrar fama de juiciosos y equilibrados portaos como tales en toda circunstancia y seréis buenos con vosotros mismos. Hay quienes continuamente hacen cosas al parecer de poca monta, a las que no dan importancia y por esto mismo las hacen, aunque su conciencia les dice que no es precisamente lo mejor que podrían hacer; pero con ello desaprovechan, o mejor dicho, no se preparan para hacer eventualmente otras cosas con la serenidad de criterio que requiere su mayor importancia.

Cuando sentimos la vehemente instigación de hacer una cosa de tal o cual manera y por pereza no la hacemos o la hace otro de un modo distinto al en que nos habíamos sentido instigados a hacerla, disminuímos las probabilidades de realizar señaladas obras y cumplir altos menesteres en el porvenir.

Esto significa que si contraemos el hábito de hacer siempre lo que la inspiración nos dicta y la conciencia nos manda, y lo hacemos según nuestro leal saber y entender, sin rehuir jamás la responsabilidad de nuestros actos ni omitirlos porque podrían perjudicar nuestros intereses, no tardare-

mos en obrar siempre y en todo caso con exquisita prudencia, claro discernimiento y firme voluntad.

Frecuentemente se oyen reparos por el estilo del que me hizo un joven diciendo:

“Ya sé que hoy debo hacer tal o cual cosa; pero no me siento con fuerzas o me repugna el hacerla.” Y el displicente joven difirió para otro día el cumplimiento de su deber, entreteniéndose en hacer lo contrario de lo que se le exigía.

Todo el que anhela dar de sí cuánto le sea posible, de obtener éxito en la vida, de aplicarse a su autoeducación, considerándose como infantil educando, por muy penosa que le parezca la consideración, ha de someterse a rigurosa disciplina para hacer siempre lo óptimo con preferencia a lo mejor y lo mejor con preferencia a lo bueno, huyendo de lo mediano y repudiando enérgicamente lo malo.

Un sujeto que había conseguido con sus esfuerzos cierto grado de prosperidad, creyó que ya podía descansar bajo su tienda con sus laureles por almidada, y poco a poco fué contrayendo el hábito de ocuparse únicamente en cosas fáciles, posponiendo o demorando indefinidamente las arduas y difíciles; pero no tardó en advertir que aquella costumbre debilitaba sus facultades y sobre todo la voluntad que amenazaba invertirse en abulia.

Mudó completamente de conducta, y prescin-

diendo de su personal comodidad acometió cada mañana las tareas que más dificultades ofrecían, llevándolas a cabo según su discernimiento. Al poco tiempo de perseverar en este régimen de conducta, notó que se le robustecía la voluntad, cobraba mayor firmeza el carácter y disminuían a cada punto las dificultades que la pereza representaba invencibles.

Pero también dice que de seguro hubiera fracasado en su carrera, a no haberse disciplinado como un maestro disciplina a su discípulo, obligándose a cumplir siempre con su más riguroso deber por ingrato que le pareciese, porque de suyo era inclinado a la flojedad y le gustaba ocuparse en tareas fáciles y agradables, posponiendo las penosas y difíciles.

Los caracteres superiores necesitaron siempre esta severa autodisciplina.

Si os determináis a cumplir lo que la conciencia os dicte que es vuestro primordial deber, en vez de inclinaros a vuestra ilusoria conveniencia, fortaleceréis el carácter, afinaréis el juicio, acrecentaréis el discernimiento y subirá de punto vuestra reputación de hombres ecuánimes y equiponderados.

La naturaleza inferior se inclina espontáneamente a la pereza, y a todos nos gusta ocuparnos en tareas fáciles y agradables que no ofrezcan difi-

cultades cuyo peso exija vigorosos esfuerzos de voluntad. Pero en esto no somos buenos con nosotros mismos, porque desconocemos que la ley de causa y efecto es inseparable compañera de la de acción y reacción. Si no fuese tanta nuestra ignorancia de las condiciones psicofísicas en que se desenvuelve nuestra vida, sabríamos que la pena, la fatiga del esfuerzo está de sobra compensada por la satisfacción íntima, el goce inefable de ver realizada la obra emprendida, como Dios se recreó complacido en la obra de la Creación.

Quien se acostumbra a andar por camino llano, no se atreve a subir por las escabrosas cuestas que conducen a la amena meseta de la prosperidad y bienandanza. Se desaniman y toman por regla de perezosa conducta la de renunciar de antemano al fruto de la acción, no por grandeza de ánimo y abnegado sacrificio en bien del prójimo, sino por ahorrarse el trabajo de la siembra y cultivo.

Pero adviertyan cuantos retroceden desalentados ante una dificultad, que la única manera de evitar la picazón de una ortiga es empuñarla rápida y vigorosamente. De la propia suerte, la única manera de evitar las picazones y molestias de una labor ingrata es acometerla con esforzado ánimo, imaginándonos que no es tan difícil como a primera vista parece.

El valor es una cualidad indispensable para el

éxito; pero ha de estar regulado por la prudencia para no caer en el vicioso extremo de la temeridad, porque entonces nos arrastraría como caballo desbocado a todo linaje de locuras.

Dicen los filósofos herméticos que para adelantar en cualquiera de los órdenes de la vida se necesita la osadía, no en el concepto vicioso que vulgarmente se le da a esta palabra, sino en el de la santa audacia, tan del agrado de la fortuna.

Son tan sutiles las diferencias entre el valor, la audacia, la osadía y la temeridad que pueden compararse a los colores del iris cuya separación en el espectro no está señalada por límites precisos, sino que el tránsito de uno a otro color no se percibe a simple vista, porque en realidad no son más que indefinidas gradaciones de una misma vibración.

Así la osadía es muy valiosa cualidad cuando está calibrada por la prudencia y regida por el buen juicio. De lo contrario es un violento y desordenado impulso, un palo de ciego, un salto en las tinieblas, una fuerza de considerable magnitud e intensidad, pero sin determinado punto de aplicación.

Conozco a un sujeto que en su vida supo lo que es el miedo ni tampoco tuvo jamás tratos con la precaución. Pero su atrevimiento no es hijo del valor considerado como virtud, sino de la igno-

rancia que no echa de ver el peligro, y así comete frecuentes errores y da muchos malos pasos de los que le cuesta no poco trabajo salir y nunca en bien.

Si la prudencia de este hombre hubiese corrido parejas con su valor, seguramente fuera una eminencia en su profesión.

Aun las mismas facultades de orden moral, a que los teólogos llaman virtudes, están expuestas a viciosos extravíos sin la regulación del buen juicio.

Tomemos por ejemplo la benevolencia, esta modalidad del amor que consiste, como su mismo nombre indica, en beneficiar al prójimo con la práctica de las misericordiosas obras de consolar al triste, dar buen consejo al que lo ha de menester, vestir al desnudo, dar de comer al hambriento y de beber al sediento, hospedar al peregrino, y en suma hacer a los demás lo que en paridad de circunstancias quisiéramos que los demás hiciésemos con nosotros mismos.

La exaltación de la benevolencia tergiversó la máxima de "haz bien sin mirar a quien", en el sentido de que al prestar un servicio no hemos de fijarnos en si quien de nosotros lo impetra está o no necesitado de él, cuando la verdadera interpretación de dicho consejo es que *hagamos el bien*, sin distinguir de nacionalidad ni condición social.

Pero tengamos en cuenta que se nos exhorta a *hacer el bien*, y por lo tanto estamos obligados a valernos del buen juicio, del discernimiento, para convencernos de que con el servicio o auxilio prestado remediamos efectivamente una necesidad y no contribuimos inadvertidamente a fomentar pasiones y vicios.

Hay quienes llevan su bondad al extremo de la bobería y son víctimas de explotadores que so capa de indigencia encubren malicias criminales.

Dicen los excesivamente benévolos que su deber está en hacer el bien, aunque el beneficiado lo convierta en mal, porque de las consecuencias no será responsable el caritativo, sino el que se prevale maliciosamente de los sentimientos caritativos del prójimo.

Pero este argumento fuera válido si no pudiéramos discernir por medio del buen juicio las condiciones del auxilio que vamos a prestar, de suerte que *hagamos el bien* tal como la ley moral nos ordena, y no *hacer el mal creyendo cándidamente que hacemos el bien*.

Lo peor que puede a uno sucederle es tomar el error por verdad y el mal por el bien. No es cuestión de apreciaciones ni de puntos de vista, sino del plano en que actúa la conciencia en sus aspectos mental y moral.

Quienes viven en el error y obran mal creyendo

obrar bien, no son instrumentos de malicia, sino esclavos de la ignorancia. Su conciencia les dicta la regla de conducta que siguen, pero es porque todavía están muy atrasados en su evolución y su conciencia no alcanzó aún el nivel en que con mayor discernimiento se distingue la verdad del error, el bien del mal y la justicia de la iniquidad.

Los inquisidores, monarcas, cortesanos, magnates y plebe que asistían a los autos de fe con tan gozosa expectación como asisten hoy los aficionados a los asaltos de pugilato, riñas de gallos, corridas de toros, partidos de pilapié y demás espectáculos en que el músculo y el estómago prevalecen contra el corazón y el cerebro, obraban *con arreglo a su conciencia* y creían sinceramente que abrasando vivos a los que llamaban herejes hacían un señaladísimo servicio a Dios, a su patria y a la humanidad. Eran ignorantes y no malvados, porque sólo cabe malicia cuando la acción es contraria al recto conocimiento.

Los que hoy día defienden y aplican la pena de muerte no lo hacen por crueldad ni son de temperamento sanguinario, sino porque su conciencia está todavía en el inferior plano desde donde no es posible ver claramente la finalidad de la vida, ni las condiciones de existencia que siguen al fenómeno físico llamado muerte.

Cuanto menos evolucionada está la conciencia

en su doble aspecto moral y mental, que no ha de confundirse con el religionismo ni la intelectualidad, tanto mayor será el riesgo de recibir la influencia de morbosas sugerencias y de ceder a la índole del ambiente.

Así se explica que el vulgo no se sobreponga a las condiciones mentales de idioma, creencias, supersticiones y costumbres del país de su nacimiento y crianza, mientras que los hombres equilibrados, de claro juicio, cuya conciencia llegó al nivel en donde la mente humana está más cerca de la verdad, se sobreponen a las preocupaciones vulgares sin dejar de sentir acendrado amor a su patria.

Las supersticiones, prejuicios y errores perpetuados por la tradición no tienen lugar apropiado en una mentalidad equilibrada. Por el contrario, denotan un desenvolvimiento unilateral. No acompañan el buen juicio ni el sano criterio, y colocan a sus víctimas en muy desventajosa situación.

Así como hay enfermedades del cuerpo y del ánimo, las hay también de la mente. Los que padecen dolencias mentales, aun sin llegar a la gravedad de la locura, suelen ser de carácter mezquino, faltos de simpatía, generosidad y amplitud de miras.

Las almas nobles y los espíritus verdaderamente fuertes no se creen en los umbrales de la santidad y en las gradas de la sabiduría, despreciando a los

demás por viciosos e ignorantes. Considera el hombre de buen juicio a cada cual según las circunstancias, y si no tolera, por lo menos se explica sus extravíos conceptuándose capaz de caer en los mismos vicios y errores que repara en el prójimo. Sabe que quien muy alto está puede caer, y quien en lo hondo se arrastra puede remontarse.

Citaré el caso de una joven de singular belleza y esmerada educación urbana, hija de una muy distinguida familia, de tal manera preocupada por las cuestiones de religiosidad, que se hizo insopitable para sus mismos deudos. Por haber oído que el mundo es uno de los tres enemigos del alma, creyó pecaminoso todo cuanto a la sociedad humana se refería, y apartóse del trato de sus conocidas y amigas, volviéndose tan huraña y tediosa, que acabó por quebrantársele gravemente la salud, sin tener valor para desechar aquellas preocupaciones.

Si se determinara a frecuentar el trato de personas de buen criterio y reanudar las relaciones con sus razonables amigas, muy luego se vería libre de tan morbosas inclinaciones; pero se empeña en andar siempre con escrupulos ultramonjiles, llenos los bolsillos de folletos de propaganda devota, que en ella es ya monomanía, para repartirlos como si se tratara de anuncios y prospectos de algún terapéutico específico.

Como esta fanática hay muchas personas que persisten en dar aire a sus temas y tópicos vengan o no de propósito en la conversación, creyendo que así cumplen un deber y son apóstoles de las buenas causas.

Pero estos caracteres unilaterales y como suele decirse arrimados a la suya, tercos en sus opiniones y obstinados en sus pareceres, inspiran si no repugnancia, por lo menos antipatía, porque denotan desequilibrio mental, aunque en todas las demás cuestiones distintas de su manía, se conduzcan con exquisita corrección.

El hombre equilibrado y de imparcial criterio repudia toda preocupación y prejuicio, y al propio tiempo compadece a sus víctimas.

Citaré entre los curiosos casos de monomanía inofensiva, pero cargante, el de un por todos los demás conceptos apreciable sujeto a quien se le ha metido en la cabeza el tema de la higiene de la alimentación, y aunque en una tertulia se hable de las sinfonías de Beethoven o de las elecciones presidenciales, aprovecha un momento de general silencio para interpolar con la cuña de su lengua una disquisición filosófica sobre el valor nutritivo de los alimentos, apostando antes de que alguien le contradiga, a que los guisantes contienen más albúmina que la carne de buey, y que el vino no es ni ha sido jamás nutritivo por mucho que digan

los vinicultores. El resultado es que en cuanto se le ve a este hombre en una reunión o por la calle, se esquiva su encuentro para no sufrir su monótona conversación.

Otro las toma con la medicina. Es una especie de curandero honorario por el estilo de los abogados sin ejercicio. Cada vez que le encontréis y no podáis evitarlo, os hablará de un nuevo medicamento específico que le ha puesto en su sitio la osamenta y a su juicio libraría a la humanidad de toda dolencia si se generalizara su uso. Tiempo atrás para unos era la revalenta arábiga, para otros el jarabe Pagliano y no faltaba quien atribuyese a lo que bárbaramente llamaba *la ruá* del nombre del inventor del específico *Le Roy*, el título de panacea universal, dando a su eficacia mayor énfasis con el pleonasmo, sin advertir que ya es de por sí universal toda panacea.

Así van muchos por el mar de la vida con poco velamen de buen juicio y mucho y muy pesado lastre de preocupaciones, manías y muletillas. O por el contrario despliegan ostentoso velamen de preocupaciones y andan escasos del lastre del discernimiento. Aparentan mucho y no tienen más caudal que el que ostentan. No hay en ellos más cera que la que arde.

Mas para el hombre equilibrado el discernimiento es el piloto y la voluntad el capitán.

XI. DOTES DE MANDO.

XI. DOTES DE MANDO.



Un extranjero desconocedor de los métodos norteamericanos visitara cualquiera de los grandes establecimientos comerciales de las ciudades populosas y viese la multitud de empleados que parecen abejas en colmena, se figuraría que a ellos se les debe el enorme número de negocios que allí se realizan durante las horas de trabajo.

Pero si entrara en las oficinas del establecimiento encontraría sentado a la mesa de su despacho a un hombre grave, sereno y equilibrado, parco de palabras y abundoso de pensamientos que rige y domina la actividad de millares de empleados. Es la cabeza y centro, el motor de aquella potente y complicada máquina humana, el piloto de aquella nave que sin velas ni hélice navega en tierra firme.

Quien aspire a dirigir, acaudillar y presidir, ha de tener talento organizador y dotes de mando. No sólo ha de ser capaz de conocer a los hombres y leer en su interior como en un libro abierto, sino también juzgarlos acertadamente, pesarlos y medirlos para colocarlos en el puesto donde mejor puedan prestar sus servicios de colaboración a la obra colectiva, pues así además de ser bueno con-

siglo mismo lo será también con cuantos le auxilién en su empresa.

A muchos les resulta tan sencillo como el respirar el dirigir, mandar y regir la actividad de un numeroso personal. Es que han nacido con dotes de mando y no necesitan hacer aspavientos ni darditos ni ponerse iracundos para que sus subordinados les obedezcan. Dominan por el prestigio de su presencia, por la energía de su carácter, como Hércules avasallaba a cuantos contemplaban su gigantesca y potente figura. En cualquiera situación en que se hallen, dominan a cuantos están en su derredor.

Si de varios rebaños entresacamos diversas reses para formar nueva grey, no tardará en distinguirse entre ellas la que por implícito consentimiento de las demás haya de ser su guión.

Análogamente, en toda corporación humana, hay siempre uno que sobre los demás descuelga y que por tácito consentimiento del conjunto lo reconocen todos por jefe y caudillo.

La experiencia nos demuestra que así sucede en los Consejos de Administración de las sociedades anónimas y de las Compañías ferroviarias, en las Juntas directivas de gremios y sindicatos, en las Academias, Ateneos, Centros y corporaciones literarias y científicas, en los partidos políticos y minorías parlamentarias, en toda agrupación más

o menos numerosa de hombres asociados para un fin común. Aunque por votación haya de elegirse el jefe, presidente o director, ya está de antemano elegido en el pensamiento de los electores. Las jefaturas se ganan por prestigio personal y no por escrutinio de votos. Los votos se limitan a corroborar oficialmente el prestigio personal reconocido por tácita aclamación de la conciencia colectiva.

El jefe está siempre caracterizado por la excelencia de las positivas cualidades requeridas por la índole de la agrupación cuya jefatura desempeña. Es afirmativo y tiene algo de dictador, aunque limitada su autoridad por los estatutos, reglamentos, constituciones y costumbres de la institución a cuyo frente le ha puesto la voluntad de quienes le obedecen. No hay en él nada negativo ni pusilánime. Cuanto mayor es su energía aplicada al servicio de la justicia más se acrecienta su prestigio y se consolida su autoridad.

El hombre positivo, el jefe nato, cuyas dotes de organización y mando son en él tan naturales como la melena en el león, siempre afirma, nunca titubea. Su ordeno y mando es hijo de la reflexión y no del capricho. Si acaso se inclinara a la arbitrariedad perdería el prestigio y con él la confianza y obediencia de quienes hasta entonces le hubiesen apoyado. Su personalidad sería la misma, pero su individualidad habría desmerecido en el

concepto que antes se tenía de ella, porque borró los viriles signos que la caracterizaban.

El jefe, director o presidente con naturales dotes de mando no necesita instigar a la obediencia a quienes lo acatan, porque mientras no desluzca sus positivas cualidades lo seguirán doquiera vaya. Será lo que suele llamarse un jefe indiscutible.

Un buen jugador de ajedrez debe ser capaz de prever una docena de jugadas. Ha de tener siempre en cuenta lo inesperado para contrarrestar cada movimiento de su adversario.

Así la previsión ha de ser una de las más señaladas características del que dirige, gobierna, preside, manda o acaudilla. Es el hombre capaz de vislumbrar tras el velo del tiempo la satisfacción de las necesidades actuales, el cariz que han de tomar los acontecimientos y los efectos que por ley natural producirán en el porvenir las causas establecidas en el presente. Ha de ser capaz de afrontar toda eventualidad y salir airoso de toda contingencia. El nacido para mandar tiene algo de vidente y profeta.

Sin embargo, para la jefatura y dirección de las agrupaciones numerosas, de los partidos políticos y movimientos populares, son mucho más necesarias las cualidades superiores del ánimo que las inferiores de la mente, llamando así a las que se aplican al conocimiento y asimilación de ideas aje-

nas, y no a la investigación de la verdad por el esfuerzo propio.

Los eruditos e intelectuales no suelen ser aptos para acaudillar a las gentes sin caer en el hoyo de la demagogia. La superabundancia de ejercicio mental debilita sus fuerzas anímicas y rehuyen la responsabilidad de una dirección, presidencia o jefatura.

Suele decirse que quien ignora el peligro es más valiente que el que lo conoce o presume, y por el atrevimiento que le da la ignorancia hace lo que otros con mayor cultura temen acometer.

Los intelectuales podrán influir eficazmente en la marcha de la civilización como entidad colectiva, por la virtualidad de las ideas cuya insistencia acaba por generalizarlas y mudar la actitud mental de las masas populares.

Pero individualmente, el intelectual y más todavía el erudito, el husmeador de archivos y bibliotecas, no se atreve a cargar con la pesadumbre de una jefatura, mientras que quien sólo conoce la especialidad de aquello que emprende o de que se encarga, no ve los riesgos y eventualidades que echa de ver el hombre de más refinada intelectualidad.

Hay quienes apenas saben trazar su firma, que destrozan el idioma, que cometan mil disparatados idiotismos, y sin embargo su natural talento y

dotes de organización y mando los capacitan para dirigir y llevar adelante empresas en que fracaría un doctor universitario.

El caudillo o jefe de un organismo o institución de cualquiera índole sabe trazar diestramente la línea que separa el conocimiento teórico de la habilidad práctica. Sabe que todo conocimiento imposible de concreta aplicación es inútil para su obra.

En el ejército norteamericano de la Unión, cuando la guerra civil, militaban a las órdenes de Grant otros generales mucho más cultos y eruditos que él, pero incapaces de dar valor práctico a sus conocimientos, porque carecían de las dotes de mando y cualidades anímicas sin las que de poco sirven las puramente intelectuales. En cambio, aunque Grant sabía menos que ellos en punto a erudición militar, tenía por ventaja muy vigorosas las intuitivas cualidades de táctico y estratega, que aplicaba acertadamente a las funciones de la guerra.

No es posible ser a un tiempo general y particular, jefe y subordinado. Hay que dirigir o ser dirigido. Señalar el camino, alzar la bandera y trazar el programa o alistarse en las filas acaudilladas por quien con su prestigio se eleve a la jefatura.

El éxito de un general en campaña depende en gran parte de su acierto en rodearse de un Estado

Mayor capaz de transmitir sus órdenes y secundar sus planes. Grant tenía en su ejército oficiales de mayor aguante y mejor temple que él, pero no de tan excelentes dotes de mando.

El jefe, director, presidente o caudillo debe ser hombre de pronta decisión sin precipitaciones. Primero reflexionar y después decidirse de manera que no haya de volver sobre su acuerdo ni invalidar su primera decisión. Si vacila y no sabe cómo dar el siguiente paso sin consultar con alguien, pronto decaerá en el concepto de sus subordinados.

No es posible hacer nada digno de nota en este mundo sin el arte de manejar a los hombres, y no será capaz de manejarlos quien no esté en simpatía con ellos.

Los grandes caudillos y directores son los que hermanan la habilidad práctica con la afabilidad y consideración. Los subalternos no sólo seguirán a tal caudillo, sino que lo seguirán con entusiasmo y trabajarán noche y día para ayudarlo a marchar adelante. Pero si ven que se le enturbia la mirada, si carece de viriles cualidades, si no hay en él nada que inspire admiración y respeto, le seguirán si acaso le siguen como el esclavo sigue a su dueño.

No hay sistema ni reglas por las cuales un director de empresa, un presidente de corporación, un jefe de partido, un dueño de establecimiento

pueda obligar a sus subalternos, secuaces, subordinados y dependientes a mantenerse en leal disciplina y colaborar con entusiasmo en la obra común. Han de ser las cualidades individuales del jefe las que han de excitar la voluntaria obediencia, confianza y respeto. Han de estar quienes le obedezcan convencidos de la superioridad que respecto de ellos tiene indiscutiblemente, que posee habilidad práctica y todas las cualidades propias de la jefatura. Así le seguirán con entusiasmo, celo y lealtad.

El que manda y dirige ha de ser moral y mentalmente superior a los dirigidos, capaz de dominarlos sin coacción por la firmeza de su carácter y la práctica habilidad para trazar planes y a su feliz término llevarlos por la línea de menores dificultades.

Pero si tenéis miedo de suscitaros enemigos, no deis un paso que os ponga un milímetro más alto que el rasero de la multitud, porque desde el momento en que descolléis por vuestra originalidad e independencia de carácter caerán sobre vosotros las burlas, calumnias, insultos, diceríos, el ridículo, la caricatura y el escarnio. Todo el que sobresale de entre el vulgo se expone a los dardos de la envidia, al odio de los adversarios en igual medida que al apoyo y aplauso incondicional de sus partidarios. Es muy propio de la naturaleza

humana apedrear a quien descierra entre la multitud o se alza con su nombre como bandera izada sobre el montón anónimo.

El caudillo debe tener voluntad de hierro e inflexible propósito con un valor fronterizo de la audacia para desafiar los vituperios y ser impermeable a la calumnia.

Algunos de los más eminentes directores de la conciencia colectiva han sido demasiado sensibles a la difamación y la diatriba; mas a pesar de las amarguras sufridas al verse blanco de los detractores de su honra que insidiosamente llegaban al extremo de aludir a las intimidades de la vida privada, persistieron en la propaganda de sus ideales y acabaron por demostrar al mundo la ejemplaridad de su conducta.

Otros no tuvieron abnegación para tanto, y asqueados de las intrigas, ingratitudes, deslealtades e insidias que por doquiera asaltaban su integridad, se apartaron de la vida pública renunciando a las dulzuras de la miel por no sufrir el escozor del aguijón.

Los que de un modo u otro tienen poderosa influencia en la opinión pública y alternan como estadistas en el gobierno de las naciones, necesitan estar dotados de gran amplitud de miras, de las mismas cualidades que adornaron a los eminentes estadistas de otros tiempos, pero mucho más vigo-

rosas para afrontar las exigencias de los actuales, cuya complejidad requiere clarísima intuición.

Lo mismo que del orden político cabe decir respecto del industrial. Los complicados organismos, las vastas operaciones mercantiles y el enorme volumen de los negocios demandan cabezas muy firmes sobre los hombros de hombres de temple y aguante.

La organización metódica es la más apremiante necesidad de nuestra época, como lógico resultado de los enormes intereses comprometidos en las empresas colectivas. Nunca hubo tanta necesidad como hoy de certeros directores, gerentes y administradores.

Una de las más graves deficiencias en la educación de la infancia y la juventud es que no se ocupa en vigorizar la individualidad del educando. Por diversa que sea su idiosincrasia mental a todos se les obliga a seguir los mismos cursos con asignaturas de igual número y extensión en los dos primeros grados de enseñanza, que es precisamente cuando se debieran diferenciar las cualidades del carácter para integrarlas después armónicamente y volverlas a diferenciar en los estudios de profesional aplicación.

El torpe y el despejado, el especulativo y el práctico, el aficionado a las letras y el entusiasta por la ciencia, el turbulento y el apacible, todos

pasan por el mismo aro y caen en el mismo molde. El resultado es inevitable. El noventa por ciento de los jóvenes forjados en esta común turquesa son reproducciones del mismo modelo. Nuestro actual sistema de educación desfigura la individualidad, excepto en los casos en que el talento es tan sobresaliente y las características tan señaladas, que nada puede contra su vigor el funesto sistema de nivelización universal.

Triste cosa es ver a un hombre, con intrínsecas cualidades de superioridad, ir toda su vida a remolque de otros de no tan excelentes prendas, porque los malos educadores no supieron educir de él aquellas cualidades durante su niñez. El sentido común, su fuerza de independiente decisión duermen en las profundidades de su ser. Está haciendo labor de pigmeo, cuando posee las ineducidas posibilidades de un coloso, por falta de verdadera educación y apropiado ejercicio.

La verdadera educación, la educación para la cual ya están preparadas las nacientes generaciones consiste en educir los gérmenes de las posibilidades, actualizar las fuerzas latentes en el interior del educando, fortalecer la originalidad, estimular la confianza propia, alentar la iniciativa y la habilidad práctica y cultivar e intensificar todas las facultades.

Necesita el mundo quienes de veras, por su buen

juicio y la ejemplaridad de su conducta, no tan sólo por la morbosa influencia del dinero o de la posición social sean las clases directoras de la sociedad.

Necesitamos que la juventud dependa de sí misma sin engreimientos ni fanfarroneras, y que reciba la educación conveniente para afrontar las vicisitudes de la vida.

Van por ahí a docenas los titulares académicos que obtuvieron legítima y honrosamente sus diplomas, y sin embargo fracasan que es un dolor en cuanto se ven frente por frente de los ordinarios problemas de la vida. No tienen cualidades de superioridad ni dotes de mando ni independencia de criterio. Están ahitos de teorías y ayunos de habilidad práctica. No se les enseñó en la niñez a tener iniciativa ni se les dió la libertad conveniente para afirmar su individualidad y de aquí que sean débiles en sus juicios e inseguros en sus determinaciones.

Por mucho que aprendáis en las escuelas, no olvidéis que lo que más importa en la realidad de la vida es el talento práctico, la capacidad de la acción positiva, precedida por el pensamiento y la reflexión.

Cabe en lo posible ser un gramático eminente, conocer al dedillo las reglas del lenguaje, y sin embargo ser chapucero escritor. En cambio, hay lite-

ratos insignes, de ameno y donoso estilo, que cautivan por la belleza de la forma, la profundidad de los conceptos, la viveza de las imágenes y el realismo de las descripciones, que saldrían cargados con enorme calabaza de los exámenes de una Escuela Normal, porque no sabrían definir aquellas mismas figuras de dicción, combinaciones sintácticas y eufonismos prosódicos que espontáneamente arranca de su pluma la intuición gramatical y el buen gusto literario.

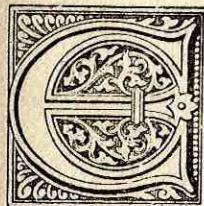
La educación no consiste en un cúmulo de teorías almacenadas en el cerebro como se coleccionan las voces de un idioma en los diccionarios de difícil manejo.

El joven verdaderamente educado no lleva sobre sí la pesadumbre de unos textos a que no es capaz de dar aplicación práctica en la vida. Por el contrario, sabe cómo utilizar hasta el último adarme de sus conocimientos y ejercitar todas las facultades de su individualidad.

Es el piloto de su nave, el dueño de su persona, el rector de su conducta, el responsable de sus libérrimas acciones sin otra limitación que la puesta por las leyes de Dios y de la naturaleza a la voluntad del hombre.

XII. TRABAJO Y PROSPERIDAD.

XII. TRABAJO Y PROSPERIDAD.



El anhelo de prosperidad, de poderío, fama, honores, gloria y éxito en los empeños de la vida es una de las más dominantes y señaladas características de la naturaleza humana.

Para la mayoría de los hombres el deseo de conquistar una posición que les proporcione recursos suficientes con que satisfacer las necesidades de la vida corporal es uno y a veces el menor de los motivos que los inducen a aprender un oficio, abrazar una carrera o seguir una profesión.

Tenemos todos más o menos un instintivo sentimiento de que estamos impelidos por una suprema Potestad; que hay en nuestro interior un vigoroso resorte, el imperativo categórico de la conciencia, que nos mueve a diseñar el dechado que se nos dió en el Monte de la Transfiguración del más crítico momento de nuestra existencia y realizar nuestro vislumbrado ideal.

Un divino impulso nos incita constantemente a concretar positivamente nuestros anhelos y satisfacer nuestras aspiraciones. Algo hay subyacente en nuestra más fervida ambición que transciende a todo personal egoísmo. Este algo está relacionado vitalmente con el grandioso plan de la

creación, con el progreso y el final destino de la raza humana.

Lord Rosebery, uno de los más poderosos magnates de Inglaterra, formuló a los diez y ocho años de edad las aspiraciones de su vida en estos tres propósitos: casarse con una millonaria, poseer un caballo que ganase el Derby y presidir el Consejo de ministros.

Los compañeros del resuelto joven tildaron de locura semejantes anhelos; pero él persistió en sus empeños con tal perseverancia, que se casó con una Rothschild, ganó por tres veces para sus famosas caballerizas el gran premio del Derby y fué en 1894 primer ministro de la reina Victoria. Cumplidamente se realizó su triple anhelo.

Aunque no con mucha claridad, tenemos conciencia de que algo debemos al mundo y estamos obligados a pagar la deuda. Hay en nuestro interior algo que protesta contra la vida ociosa, contra una existencia sin objeto definido, y nos dice que nuestra deuda con la humanidad es una deuda personal.

Nos enseña que no es transferible el mensaje que hemos de dar al mundo, sea largo o corto, grandioso o mínimo. Lo hemos de dar nosotros mismos. Así dijo muy bien la antigua sabiduría, la sabiduría de los siglos, que nadie está moralmente autorizado para cumplir el deber ajeno, sino a lo

sumo para ayudar a su cumplimiento mientras no descuidemos el propio.

Por cuantiosa que sea nuestra fortuna personal no quedaremos saldados hasta haber efectuado nuestra parte de labor en la obra del mundo.

Comprendemos que es ruín y despreciable conducirnos como zánganos en la colmena humana; comer, beber, gozar y servirnos de lo que otros producen a costa de fatigosa labor. Esto es verdaderamente criminal, porque violenta el sentimiento de justicia y contraría las ideas de equidad.

Las ansias de una más plena y completa vida; el anhelo de expansión y desenvolvimiento; el deseo de dar positiva realidad a nuestros ensueños, de engendrar hijos de nuestra mente, ejercitar nuestra inventiva y espontaneidad en la manifestación de nuestros talentos y aptitudes; la intuitiva inclinación a llegar a ser lo que estamos destinados a ser, de diseñar el modelo cuya plantilla se nos dió al venir al mundo, son los motivos de una provechosa y lúcida carrera de la vida.

Luis Pasteur, cuyo solo nombre equivale a toda una biografía, no se ocupó en otra cosa que en beneficiar a la humanidad con su trabajo y mantener decorosamente a su familia. Se entregó con toda su alma al mundo, apartándose de lo que las gentes suelen entender por mundo, pues aunque conocido del mundo entero, no figuraba jamás su

nombre en ninguna fiesta mundana. Su amor era la familia y su pasión el laboratorio. Retirábase a descansar a las diez de la noche, y a las ocho de la mañana ya estaba con la vista puesta en el microscopio. Además de sabio era bueno y por serlo con los demás lo era también consigo mismo.

Su profunda y genuina religiosidad se hermanaba con la más compasiva tolerancia. "Todo el que sufre me pertenece", solía decir cuando alguien mostraba dudas acerca de si tendría escrúpulo en favorecer con su vacunación antirrábica a quien no participara de sus creencias.

Como toda alma generosa, amaba Pasteur predilectamente a los niños y a menudo repetía: "Cuando me acerco a un niño me invaden dos sentimientos: el de ternura por el presente y de respeto por el porvenir."

Todo cuanto era lo atribuía a su madre que le enseñó la virtud de la paciencia tan necesaria en sus largas investigaciones y la tenacidad en la labor cotidiana. Fué un hombre completo. En él se armonizaban en perfecto acorde la virtud y la ciencia, la cabeza y el corazón. Realizó su anhelo de servir a su familia, a su patria y a la humanidad.

Hay quien se manifiesta a sí mismo y pregoná su mensaje a la humanidad por medio de su original aptitud para proporcionar a sus semejantes algo que contribuya a emanciparlos del dolor.

Otros entregarán su mensaje por medio de su artística habilidad o por la ciencia, la literatura, la oratoria, los negocios, y así cada cual puede entregar su mensaje, cumplir su parte en la obra colectiva del género humano, por medio de una cualquiera de las modalidades de expresión de la actividad. En cada uno de estos casos el motivo dominante transciende al mero propósito de lo que vulgarmente llamamos ganarse la vida.

El de veras artista no pinta tan sólo para vivir de la venta de sus cuadros, sino porque siente la necesidad de expresar lo que en su interior se agita en demanda de expresión. Tiene un invencible deseo de trasladar a la tela o a la tabla el cuadro que se ha representado en su mente.

Felipe Roos, sin rival en la pintura zoológica, nació con tan raras disposiciones para este arte, que cuando niño fueron el pincel y la paleta sus únicos juguetes, y pintaba como canta la alondra y nada el pez y brilla la estrella.

Como prueba de su facilidad increíble para pintar, refiérese que dudando un oficial del ejército italiano de lo que se decía del pintor en Roma, donde estaba pensionado por el landgrave de Hesse, apostóle el embajador de Alemania a que Roos pintaría un cuadro mientras ellos jugasen una partida de naipes. Antes de que terminase la partida estaba ya pintado el cuadro.

Todos anhelamos ostentar el ideal que en nuestro interior alienta. Necesitamos verlo y que lo vea el mundo.

No vale tanto lo que el hombre obtiene materialmente de sus esfuerzos como la inherente pasión que le invita a hacer todo cuanto de mejor le sea posible, manifestarse en la plenitud de sus actualizadas potencias y en absoluto dominio de sus facultades. Esto es lo que sostiene a los hombres en sus esforzadas peleas por el éxito.

Algunas tribus salvajes tienen la supersticiosa creencia de que el espíritu de los enemigos vencidos se infunde en el cuerpo del vencedor, y acrecienta así su fortaleza. Por quimérica que sea esta superstición no deja de servir de símbolo al hecho indudable de que cada triunfo de nuestra actividad sobre los obstáculos, cada dificultad vencida, impedimento desbaratado, problema resuelto y enigma descifrado, multiplica nuestra fortaleza y nos coloca en ventajosa disposición de vencer en más arduos empeños.

El ejercicio de las facultades positivas y creadoras, el explaye y aplicación de la mente a cada vez más intrincados problemas constituye un poderoso tónico mental y nos proporciona una satisfacción que ningún otro placer es capaz de dar.

Consideremos la insipidez, flojedad, aburrimiento de la vida del hombre ocioso que no tiene

motivo que lo incite a la obra, y comparemos esta estéril existencia con la del hombre que siente en su interior la tumultuosa agitación de las energías que lo impelen a realizar un grandioso propósito.

El hombre ocioso y sin aspiraciones desconoce el significado y valor de la eficacia personal, y no puede disfrutar de la satisfacción que compensa los esfuerzos del laborioso y vencedor.

Hay quienes se admirán de que continúen trabajando los hombres que alcanzaron una posición social que los resguarda de las inquietudes económicas de la vida. Podrían retirarse del palenque, abandonar el estadio, y sin embargo persisten en sus esfuerzos con el mismo celo y ardor que si entonces comenzaran la lucha por el pan.

Las gentes vulgares llaman a esto ambición egoísta; pero si conociesen la psicología humana advertirían que el hábito del trabajo es en ellos una segunda naturaleza, como llegan a serlo todos los hábitos, y les fuera insufrible tormento prescindir del empleo de su actividad, sobre todo cuando dominan su profesión.

Los artistas, autores, actores y cantantes eminentes no se retiran de la vida activa cuando están en el apogeo de sus facultades y en el esplendor de su celebridad; y por lo tanto no hay motivo para que los comerciantes se retiren al llegar al pináculo de la prosperidad.

Los aún no nacidos hijos de la imaginación del artista, del literato o del actor forcejean por apropiada expresión y no cesan de incitarlos hasta que les dan vida real.

Así también los anhelos y aspiraciones, los ideales y sueños del hombre dedicado a los negocios, del inventor, del industrial o comerciante claman por expresión positiva mientras no le falten las fuerzas al que ha de dársela.

Quienes no han ganado comprometidas batallas en el campo de los negocios, no comprenden cuán profundamente arraiga en el ánimo de los hombres laboriosos esta noble pasión por el éxito final de su empresa, esta insaciable sed de victoria, y cómo los alienta y estimula para perseverar con esperanza de más señalados triunfos.

El hombre activo y emprendedor tiene por el vencimiento tan vehemente anhelo como el de los famosos conquistadores lo tuvieron de vencer a sus enemigos. Pero el humo de la gloria que envolvía a los debeladores de pueblos se alzaba de las hogueras del incendio y del estrépito de sus homicidas armas, mientras que el vencimiento anhelado por los próceres de la industria, de la agricultura, el comercio y la ciencia es el incruento, pacífico y beneficioso del espíritu humano sobre las rebeldías de la materia.

El anhelo de mayor victoria se renueva lozana-

mente cada vez que el campeón gana una batalla, de suerte que el hábito de vencer llega a estar en él tan hondamente arraigado, que antes de la nueva lucha ya tiene asegurado el triunfo. ¿Cómo ha de abdicar de su poderío y ceder a los halagos de la ociosidad en tan ventajosas condiciones?

No cabe duda de que hoy día los economistas prácticos, los hombres de negocios, los banqueros, industriales y comerciantes que forman el Estado Mayor del ejército mundial del trabajo influyen más poderosamente en la marcha de la civilización que los políticos y estadistas que tan sólo de nombre y en apariencia gobernan a las naciones, porque el verdadero gobierno está hoy día por doquiera supeditado a las condiciones económicas dependientes en su totalidad de los hombres de negocios.

Mucho se censura a los ricos que a pesar de su fortuna material siguen trabajando como si aún hubiesen de amasarla. Suele achacarse esta laboriosidad a codicia, diciendo que para qué ha de buscarse aquel hombre tan rico más quebraderos de cabeza, cuando bien pudiera vivir descansadamente el resto de sus días.

Sin embargo, el rico laborioso no trabaja por codicia de acrecentar sus materiales riquezas, sino porque en él es una necesidad tan imperiosa como las fisiológicas el ejercicio de sus facultades, de-

jando aparte las excepciones por todos conocidas de quienes subordinan el esfuerzo a la avaricia.

Cuando la riqueza no va en compañía de la vulgaridad, el trabajo de quien sin materialmente necesitarlo trabaja tiene mucho de espiritual y puede compararse a la labor del químico en el laboratorio, del erudito en el archivo, del arqueólogo en las excavaciones, del naturalista en los campos.

Trabaja entonces el rico laborioso por sincero amor al trabajo, en satisfacción del sentimiento del deber y del espíritu de justicia, para intensificar más y más sus facultades, relegando a segundo plano el acrecentamiento de su fortuna. Reconoce que ha de hacer algo en beneficio de la civilización y lealmente lo cumple en la medida de su capacidad.

Dice Sydney Smith:

Conviene que todo hombre se ocupe en algo y que su ocupación sea tan honrosa como su índole lo consienta, para que al morir le alabe la conciencia por haber obrado bien.

Y añade Burton:

La pereza es la nodriza de la perversidad y la almohada del diablo. La ociosidad del espíritu es mil veces peor que la del cuerpo, porque el ingenio sin ocupación es el moho del alma, y así como en el agua estancada rebullen los animalejos inmundos, así una mente ociosa se llena de siniestros pensamientos.

La tiránica fuerza del hábito es también un poderoso factor en la perseverancia y continuidad en el trabajo. La tarea cotidiana durante largos años proseguida se incorpora a su naturaleza.

Cuando por tiempo de treinta años ha ido nuestro hombre diariamente a su despacho para hacer lo mismo con escasas variantes de forma y método, la súbita interrupción de aquel género de vida, el cese repentino de tan prolongadas actividades es demasiado brusco para soportarlo sin experimentar en el ánimo el violento choque del cambio de régimen en la economía individual.

Todo hombre normalmente constituido, que no sea extravagante ni excéntrico ni lunático, repugnará alterar los adquiridos hábitos de laboriosidad y diligencia. Teme el innecesario esfuerzo que ha de hacer para contrarrestar la fuerza de inercia, igualmente actuante en la mecánica material que en la dinámica espiritual.

El paso de la actividad al quietismo, de la diligencia a la pereza, del trabajo al ocio le parece una especie de suicidio lento, una gradual atrofia de las facultades que fueron el noble orgullo de su vida.

Hay muchas razones para que el hombre laborioso no se retire del servicio activo en cuanto tiene lo suficiente para un holgado pasar, y aparte del hábito interviene el cariño, el afecto y apego que

toma por la obra cuya realización fué el sueño dorado de su también dorada juventud.

El anhelo de colocarse en las filas delanteras de su profesión, ramo o gremio, de poner el pie en más dilatados campos de actividad, que en la lucha por la supremacía han llegado en nuestros tiempos a términos casi inmensurables, no la codicia de mayor riqueza mantiene con las armas en la mano al hombre laborioso.

Se parece al cazador que soporta todo linaje de penalidades y fatigas en la persecución de la pieza, pero en cuanto la cobra da por bien empleados sus esfuerzos.

Las comodidades, ocios y placeres livianos no son nada en comparación del deleite espiritual dominante del éxito feliz y dichoso término de una noble empresa. ¿Quién será capaz de describir el gozo del inventor, el vibrante estremecimiento de su ánimo al contemplar por vez primera la perfecta función del mecanismo que su mente concibió y sus manos realizaron, aquella obra hija predilecta de su ingenio, que ha de contribuir al adelanto del mundo y emancipar al hombre de trabajos enojosos?

¿Quién puede imaginar la satisfacción, la dicha del científico que tras largos años de luchar con la adversidad, con la incomprendición, la burla, el menosprecio y el sarcasmo aun de sus propios ami-

gos, deudos y allegados, logra por fin arrancar a la naturaleza un secreto, descubrir una ley, explicar un fenómeno, resolver un problema que contribuya a dar nuevo empuje a la evolución de la humanidad?

Cuando tras penosas noches de vela descubrió Arquímedes el famoso principio en que, como piedra angular, se levanta el soberbio edificio de la Física moderna, prorrumpió en el grito de triunfo: *Eureka!* y como un loco salió corriendo por las calles de Siracusa transportado de un júbilo más intenso que si hubiese encontrado un escondido tesoro.

La lucha noble e incruenta por la supremacía, el vencimiento de los obstáculos, el dominio de la naturaleza, la realización de los ideales han sido los estímulos que siempre desenvolvieron la individualidad humana, los factores del verdadero progreso que edujeron, ampliaron y fortalecieron los más nobles rasgos de la humanidad.

Indigna de una mente varonil es la idea de que el hombre deba retirarse al yermo de la ociosidad cuando posea lo suficiente para vivir descansado el resto de sus días, porque todo hombre ha nacido con la sagrada obligación de ejercitar útilmente sus facultades mientras no se lo impidan la enfermedad o los achaques, y dar al mundo cuanto más y mejor le sea posible.

Las leyes de la naturaleza humana y del universo son tales, que cuanto más dé al mundo más obtendrá del mundo en beneficio moral, porque irá acrecentando su verdadera y perdurable valía.

Pero en el momento en que intente venderse al egoísmo y la codicia se convertirá en un ente mezquino y despreciable por muchas lisonjas y adulaciones que de quienes procuren valerse de él reciba.

No es extraño que el hombre que por egoísmo se retrae del servicio activo cuando todavía está en plena pujanza de sus facultades, caiga hastiado de su inacción en las garras del tedio y de la melancolía con riesgo de arrastrarlo al suicidio. Comprende que es moralmente delictuoso substraer sus productivas energías y creadora habilidad de un mundo tan necesitado de que todos cuantos lo habitan se esfuerzen cada cual por su parte en mejorarla y hacer más llevaderas las condiciones de la vida.

Comprende que no es bueno consigo mismo, sino que comete un delito de lesa naturaleza, contra sus posibilidades de adelanto y perfeccionamiento al cesar en el ejercicio de las potencias de que le dotó Dios. Procede tan insensatamente como el siervo que escondió su talento bajo tierra sin obtener el rédito que prometía su acertada inversión.

Si analizáramos psicológicamente un fuerte y vigoroso carácter veríamos que su principal con-

textura espiritual consiste en el hábito de vencer, en su familiaridad con los obstáculos, mientras que si por el contrario analizamos un carácter flojo y desmayado hallaríamos en su deleznable meollo la esponjosa contextura de la pusilanimidad.

Entre el hombre que se formó por autoeducación y batalló denodadamente por la conquista de un puesto en el banquete de la vida, y el joven mimado que jamás se vió en trance de movilizar sus fuerzas de reserva, hay la misma diferencia que entre el corpulento roble que afirmó su robustez en contienda con cien tempestades y la planta de invernáculo que nunca estuvo expuesta a las heladas primaverales ni a las ráfagas del huracán.

Cada fibra del roble es la señal de una victoria, y así cuando su tronco ha de luchar con la tormenta y la furia de los elementos, exclama: "Ya me conocen las tempestades. Estoy familiarizado con el trueno y la centella. Tengo en mi interior medula sobrado compacta para resistir el ímpetu de los ciclones y la violencia de los tornados, porque luché y vencí mil veces contra otros tantos."

Pero la planta de invernáculo sucumbe marchita al primer roce del cierzo.

La responsabilidad inherente a la libertad y a la autoridad es un poderoso estímulo del desenvolvimiento individual, que nunca puede aprovechar el indolente y perezoso. Cuanto mayor es la res-

ponsabilidad mayores son las fuerzas y energías que el hombre acumula para tenerlas de reserva.

El convencimiento de que habían de dar un valioso mensaje al mundo, defender una idea, propagar una doctrina que impulsara el progreso de la humanidad, sostuvo a los mártires, apóstoles, confesores y reformadores en la propugnación de sus ideales a pesar de cuantos sufrimientos, penitencias y persecuciones hubieron de sufrir por parte de los siniestros campeones del error.

El divino descontento que siente toda alma anhelosa de más alta vida es la íntima aspiración al perfeccionamiento, el vehemente y noble deseo de actualizar las potencias latentes y manifestar en obras vivas sus posibilidades. Es la voz de nuestro verdadero ser que nos llama y excita al cumplimiento del deber basado en las leyes de Dios identificadas con las de la Naturaleza.

XIII. LA FALSA ECONOMÍA.

XIII. LA FALSA ECONOMÍA.



L cobrador de un Banco parisién llevaba por la calle un taleguín de monedas de oro, cuando se le cayó una pieza de diez francos que rodando de la acera al arroyo fué a parar junto a un imbornal. Con intento de recuperarla dejó el cobrador el taleguín en el suelo, y mientras recogía la moneda, se lo robaron con la astuta presteza peculiar de los rateros. Por no perder diez francos perdió cinco mil. En su afán de rescatar la moneda, no se detuvo a reflexionar que es muy arriesgado dejar así como así quinientas otras completamente abandonadas en medio de la acera.

Así hay algunos ricos miserables tan esclavizados al hábito de la economía adquirido cuando empezaron a vivir por su cuenta, que muchas veces pierden un duro por economizar un céntimo. Si tienen en su casa alumbrado por gas, dejan los mecheros con luz tan baja, que el más lince tropieza con las sillas, y si la instalación es eléctrica, ponen lámparas de quince bujías donde la capacidad del aposento o la índole de los menesteres domésticos las requiere de cincuenta. Economizan luz a costa de la vista, y cuando se les acorta o sobreviene alguna afección visual han de gastar

en anteojos y medicinas triple de lo que imprudentemente economizaron en luz.

Hay quien temeroso de gastar demasiado deja las habitaciones medio a obscuras, y de resultas tropiezan los chiquillos con el canto de un mueble o derriban una botella de tinta cuyo contenido se derrama sobre una costosa alfombra.

Parece y aun es vulgaridad decir que la economía nada tiene de común con la sordidez y la mezquindad. Por el contrario denota amplitud de miras, previsión del porvenir, el prudente empleo de nuestro haber. Por lo general pocos tienen exacto concepto de la economía. Hubo quienes murieron atropellados bajo las ruedas de un tranvía o de un automóvil por abalanzarse a recoger un paquete, un sombrero o un bastón que se les había caído en medio del arroyo. En Nueva York ocurren con frecuencia accidentes de esta índole.

Conozco a un joven que ha perdido muchas ocasiones de adelanto por sus costosas economías en todo aquello que contribuye a realzar la prestancia de la personalidad para producir favorable impresión en el ánimo de las gentes. A su corto entender no hay que quitarse de encima un traje hasta que se caiga a pedazos de puro raído ni una corbata hasta que se deshilache. Es tan tacaño, que cuando le viene a visitar un corresponsal de su negocio no se le ocurre invitarlo a comer, llevarlo a alguna

diversión honesta ni siquiera pagarle el tranvía si lo toman juntos, resultando de ello que por su mala fama de cicatero todos repugnan tratar con él. Muy cara le cuesta a este joven la falsa economía.

Otros hay que por no gastar perjudican gravemente su salud privándose de cosas necesarias para la vida corporal, sin comprender que nadie anhelo de obtener de sí el mayor rendimiento posible, debe dar a su cerebro escasa o malsana alimentación, pues fuera tan desatinado proceder como si un industrial empleara por combustible raeduras y desperdicios porque el carbón de buena calidad le pareciera muy caro.

Sea la que quiera vuestra profesión y por pobres que os veáis, no escatiméis ni en cantidad ni en calidad lo necesario para el sustento del cuerpo, porque lo que por un lado se ahorra en la mesa por otro se gasta en botica. El alimento es la base de las energías vitales sin las que no hay posibilidad de labor provechosa en los empeños de la vida. La peor economía es la que le niega al organismo corporal lo indispensable para su sano mantenimiento.

En la cocina de su castillo de Abbotsford, mandó grabar Walter Scott esta máxima: "No desperdices nada, pero no carezcas de lo necesario."

También se necesita tener muy claro criterio

para aplicar al trabajo los principios de economía personal, o sea la acertada inversión de la energía en nuestra cotidiana labor. Hay muchas maneras de hacer las cosas mal y muy pocas de hacerlas bien. La gracia está en hacer cuanto hagamos con el menor esfuerzo y tiempo posible. Para ello es indispensable conocer la índole de nuestra labor e ir aprovechando las lecciones de la experiencia, porque de la práctica es hija la maestría y la experiencia es madre de la ciencia.

No significa esto que no hayamos de concentrar toda nuestra energía en la tarea que tengamos entre manos, pues alguien podría objetarnos diciendo: ¿cómo es posible economizar energías si las hemos de concentrar tan por completo en nuestra labor?

A esto cabe responder que en esta concentración consiste precisamente la economía, porque concentrándolas las aprovechamos todas sin dejar que ni una dina se desperdicie, y en esto vemos un nuevo argumento en pro de la recta acepción de la palabra economía, que no entraña como a muchos les parece la idea de cercenar o substraer parte de lo necesario, sino en aprovechar todo cuanto indispensable haya de emplearse en el ejercicio de nuestra actividad.

Por ejemplo, las vicisitudes de la vida obligaron a un comerciante a emprender un largo viaje para

resolver personalmente un delicado asunto del que dependía la salvación o la ruina de su negocio.

Era el hombre uno de aquellos que no cuidan de mascar bien por miedo de gastar demasiada saliva, y en vez de viajar en coche cama pensó que economizaría dinero aposentándose en un vagón de segunda clase. Pero en castigo de su tacañería sucedió que por estar completos los coches de tercera clase, fueron ocupando los de segunda en las estaciones intermedias multitud de viajeros de tercera clase no sólo por su billete, sino por su condición social, de modo que nuestro mal inspirado comerciante no pudo pegar los ojos en toda la noche, hubo de sufrir las impertinencias de los forzados compañeros de viaje, y al llegar a la estación de término estaba tan derrengado y molido, que le fué preciso meterse en cama en su habitación del hotel, sobreviniéndole intensa fiebre que le imposibilitó de ultimar el asunto, aparte de los gastos ocasionados por la enfermedad.

Mucha mejor cuenta le hubiera tenido viajar cómodamente, descansando en el trayecto como si estuviera en su casa, para llegar con el cuerpo vigoroso y el entendimiento despejado al punto de su destino. La mal entendida economía le resultó sumamente cara bajo el doble aspecto material y moral.

Si no hubiera sido tan tacaño, de seguro ad-

virtiera la diferencia entre la comodidad y la molestia, y el dinero invertido en su bienestar le rindiera centuplicado beneficio.

No es posible acertar en las estipulaciones de un negocio cuando no está uno en equilibrada condición de cuerpo y ánimo, porque las circunstancias morales son más importantes en el trato mercantil que las materiales, aunque a primera vista parezca lo contrario.

Nuestro más vivo anhelo ha de consistir en *saber y poder*. Por consiguiente, no hemos de reparar en lo que cueste adquirir todo cuanto acreciente nuestros conocimientos, vigorice el cerebro y eleve a la máxima potencia nuestra eficacia individual.

Antonio Canova, el famoso escultor italiano que restauró la pureza clásica del arte, fué en su infancia y juventud un dechado de sobriedad sin sombra de tacañería. No escatimaba nada de lo necesario para elevarse por encima del bajo nivel en que había nacido, pero nunca invirtió ni un céntimo de su dinero en cosa que no le ayudara a progresar en su carrera.

En cambio llegaba hasta la prodigalidad en el auxilio prestado a los compañeros que se hallaban todavía más necesitados que él, y cuando ya en pleno éxito le concedió el gobierno el título de marqués de Ischia, con la pensión anual de 3,000

escudos, invirtió íntegra esta cantidad en favorecer y subvencionar con bolsas de viaje y estancia en Roma a los artistas pobres que por entonces se adiestraban en el manejo del cincel.

La tacañería ofrece multitud de modalidades a cual más vulgar. Hay quien prefiere consumirse la vista a comprarse unos anteojos porque le parece un gasto superfluo. Otros sufren horriblemente de los callos o de las muelas por recelo de lo que les haya de costar el pedicuro o el dentista. No pocos compran cuanto necesitan de lo más barato que encuentran sin considerar que lo barato es por lo malo doblemente caro que lo bueno. En cuestión de compras conviene preferir lo caro a lo barato, pero con la condición de no dejarse engañar en la calidad, porque los comerciantes de mala fe suelen aprovecharse de la inexperiencia del comprador para venderle oropel a precio de oro. Una compra desacertada es la peor especie de prodigalidad.

La prudente economía dista tanto de la mezquindad como del despilfarro.

Lo mismo que ocurre respecto a los objetos materiales sucede con el trabajo humano considerado como mercancía sujeta a la ley de la oferta y la demanda.

Para tener a nuestro servicio buenos operarios manuales e intelectuales es preciso pagarlos bien,

porque de lo contrario resultarán caros por barata que parezca su retribución.

Las ventas fallidas, los géneros estropeados, los clientes perdidos, la mala fama adquirida a consecuencia de un personal inepto o negligente merman los beneficios anuales en cantidad mucho mayor que la que podría invertirse en tener dependientes y empleados de insuperable maestría en el cumplimiento de su obligación.

En vez de beneficiarse se perjudica quien por maligno espíritu de ruindad pretende obtener pingüe lucro de deleznables elementos de producción. El trabajo barato significa defectuoso producto y mala reputación. Significa inferioridad en todo.

Quienes aprovechan el máximo de su potencia individual procuran tener buena casa, buena ropa y buena mesa, no por lujo ni ostentación ni regalo, sino porque de la higiénica comodidad de la casa sin superfluidades embarazosas, de la indumentaria decente y duradera y de los alimentos sanos y nutritivos depende el mantenerse en la condición necesaria y suficiente para resolver los problemas de la vida cotidiana.

Hoy día conceden las gentes mucha importancia a las apariencias, porque intuitivamente comprenden que por regla general el aspecto exterior es manifestación de la índole interior.

Así resulta que el éxito no siempre tiene por

fundamento exclusivo el mérito, sino que este mérito se ha de manifestar exteriormente dando a la persona la necesaria prestancia para ganar la simpatía y buen aprecio del prójimo, sobre todo en las ciudades populosas donde tan difícil es contraer ventajosas relaciones por el solo atractivo del intrínseco merecimiento.

Nadie puede dar de sí cuanto le quepa si desatiende sus necesidades personales. No vale la pena quitarnos el pan de la boca, vestir haraposamente, morar en un tugurio imposible y privarse de lo más necesario por el siniestro capricho de ir atesorando monedas en un banco, sin preocuparse de engrosar el positivo capital de la individualidad.

La falsa economía no es más ni menos que una modalidad o aspecto de la avaricia, que a su vez pertenece a la misma parentela psicológica del temor, la desconfianza y el egoísmo, con la agravante de que el avaro es a la postre más dilapidador todavía que el prodigo, porque por no gastar en lo necesario, le sobrevienen con el tiempo dificultades y tribulaciones para cuyo remedio le es preciso consumir mayor caudal que el que le hubiera bastado para evitarlas.

Es la falsa economía un egoísmo ciego. El egoísta se muestra tacafío con los demás, pero él no se priva de ningún gusto que se pueda proporcionar, mientras que el avaro llega hasta la mono-

manía en su insaciable afán de riquezas por el morboso placer de poseerlas sin utilizarlas, pues siendo rico vive miserable y de nada le sirven sus riquezas, parecido a los perros de hortelano que no se comen ni dejan que otros se coman las hortalizas.

Es el avaro digno de lástima, y bien dice Séneca en sus *Epístolas* que la indigencia en el seno de las riquezas es la más deplorable, a lo que con igual acierto añade Cicerón en su *Paradox*:

Rico es quien no ambiciona riquezas, y de pingüe renta quien no tiene la pasión de atesorar, porque el fruto de las riquezas es la abundancia, y la abundancia consiste en contentarse con lo necesario sin mortificación para adquirir lo superfluo.

El avaro lo somete todo al riguroso cálculo aritmético y le parece que economizar es substraer lo necesario al cuerpo, mente y espíritu, con la ilusión de tenerlo de reserva cuando más adelante lo necesite.

De esta suerte se coloca la falsa economía en el mismo plano que la indigencia, aunque en contrario sentido, porque el indigente *quiere y no puede* satisfacer sus verdaderas necesidades, al paso que el avaro *puede y no quiere* satisfacerlas. ¿Cabe mayor locura?

El avaro fosiliza su corazón, desconoce la piedad, y aunque no es capaz de negarse a pagar lo

que debe, es incapaz de dar ni un céntimo para el alivio de los pobres.

La avaricia, en su aspecto de falsa economía, suele ir acompañada de la sagacidad, astucia, doblez y tesón que caracteriza a los políticos y estadistas cuyo talento emplean más bien en afirmar su poderío personal que en conducir a los pueblos por el camino de la paz y el trabajo, únicos elementos de verdadera grandeza y prosperidad.

Ejemplo de ello nos ofrece la historia en Richelieu, el famoso ministro de Luis XIII de Francia, cuya avaricia igualaba a su sagacidad.

Repetidas veces le había visitado Fenelón, para pedirle que se subscribiera como protector de una fundación benéfica sin lograr de él ni medio sueldo.

Pero el ilustre autor del *Telémaco* no se dió por vencido, y volviendo de nuevo a visitar al primer ministro, empezó por decirle que acababa de ver el retrato que de él había hecho el pintor de cámara.

—¿Y no le pidió vuestra ilustrísima dinero para la subscripción?—preguntó Richelieu.

—No, señor cardenal—repuso el obispo.—Era demasiado parecido al original.

La falsa economía lindante con la avaricia, es la pasión más ciega, porque es la única, acaso, que no tiene conciencia de sí misma. Al avaro le parece

que los demás son derrochadores y que sólo él es económico, ahorrativo y previsor.

El buen labrador no comete la locura de vender por afán de dinero el trigo que necesita para la sementera, porque sabe que cuanto más abundante es la siembra más copiosa es la cosecha con tal de que caiga en bien labrado terreno la simiente.

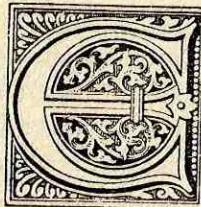
XIV. LAS CUENTAS DE LA NATURALEZA.

XIV. LAS CUENTAS DE LA NATURALEZA.

Los molinos de Dios muelen lentamente, pero no dejan grano alguno por moler. — FEDERICO LOGAN.

Si no escuchas a la razón, seguramente te golpeará en los nudillos. — FRANKLIN.

La vejez prende en una depravada juventud como el fuego en madera carcomida. — SOUTH.



XCLAMABA un goto:

—¡Ay Dios mío! ¿Qué hice yo para merecer tan crueles sufrimientos?

Y la gota le respondió:
—Muchas cosas. Comiste y bebiste como un Heliogábal y pasaste la vida en la ociosidad. No fuiste bueno contigo mismo.

La naturaleza nos anota en el Debe de nuestra cuenta corriente la multa que sin condonación posible hemos de pagar cuando violamos sus leyes. Podrá prestarnos cuanto deseemos si dejamos nuestro cuerpo en hipoteca; pero al llegar el plazo de expiración del préstamo nos exigirá implacablemente hasta el último céntimo.

Sin embargo, para mejor alucinar a la víctima de la concupiscencia, concede moratorias y no presenta la cuenta hasta que el deudor transpone la virilidad y entra en la vejez. Entonces se cobra el

capital y los intereses en forma de diabetes, artritis, arterioesclerosis, dispepsia, cáncer, aneurisma y demás achaques que amargan los últimos años de la vida.

Dícese que ha pasado ya la edad de los milagros. Nos maravillamos de que un ladrón muerto por sus fechorías en la cruz, vaya aquel mismo día al Paraíso, y no advertimos que los manjares de nuestras mesas se transmutan en tejido cerebral que sirve de medio de expresión al pensamiento.

¿Ha pasado la edad de los milagros cuando la naturaleza obra diariamente a nuestra vista un prodigo mayor que el de resucitar a un muerto?

El mendrugo de pan con que la caridad pública alimenta al pordiosero se convierte en sangre y carne vivas después de pasar por los menudos pero admirables laboratorios del aparato digestivo.

No echamos de ver el proceso de elaboración que transmuta el mendrugo de pan en músculo que actúa y cerebro que piensa. No advertimos el incesante movimiento de la mano que hacia atrás y adelante empuja la lanzadera que teje el destino de un Bunyan, ni la estupenda alquimia que convierte el mendrugo en la incomparable alegoría de la *Jornada del Peregrino*.

Verdaderamente es prodigiosa la construcción y sorprendente el funcionamiento del organismo humano.

Imaginemos una cisterna que tuviera la virtud de transmutar en un segundo en agua limpia y potable la pútrida corriente de las cloacas, y tendremos un similitud de lo que la naturaleza obra al convertir en el instante de la respiración en sangre arterial, vivificadora, limpia y pura, la negra sangre venosa cargada con los desechos y desgastes de los tejidos orgánicos.

Cada gota de este insustituible elixir de vida está elaborada por el supremo Químico. En su mágica corriente flota nuestro destino. Entraña en su caudal la extensión y los límites de nuestras posibilidades. En ella se diluyen la salud y larga vida o la enfermedad y la muerte prematura. En ella están nuestras esperanzas y temores, valor y cobardía, energía o lasitud, fuerza o debilidad, éxito o fracaso. En ella se encierran las susceptibilidades de una amplia y elevada cultura o de las mezquinas facultades recibidas en herencia de incultos ascendientes.

Por lo tanto, ¡cuán importante es ser buenos con nosotros mismos en obediencia a las leyes de la salud para mantener limpia y pura la corriente de la vida corporal!

Dice Spencer:

Hay quienes llaman al cuerpo humano "vil saco de corrupción" y lo mortifican creyendo que no vale la pena de cuidarlo. Otros lo miman y halagan como a niño

malcriado, creyendo que es su único y verdadero ser. Pero la naturaleza va poco a poco eliminando de las filas de la vida a los que por exceso o por defecto estropean su cuerpo, y deja en el mundo a los descendientes de aquellos que acatan y obedecen las leyes de la salud.

La naturaleza se complace en dar al que tiene. Cumple a la letra la sentencia evangélica: "A quien tenga se le dará más, y al que poco tenga, aun lo que tenga se le quitará."

Quiere esto decir en fiel interpretación, que la naturaleza nos muestra en dilatado escaparate el contenido de sus inagotables almacenes y nos invita a tomar de allí todo cuanto necesitamos, con la condición de utilizarlo, porque de lo contrario nos lo quitará. Su lema es: utilizarlo o perderlo.

Pero así como los artículos llamados de consumo, se acaban y hay que reponerlos luego de aprovechados, en los bienes de naturaleza sucede precisamente lo contrario, porque cuanto más los utilizamos más crecen, esto es, que a medida que vamos consumiendo o aprovechando determinado bien, nos lo da la naturaleza en proporción cada vez mayor, mientras que si no lo consumimos o aprovechamos nos lo quitará para dárselo a quien mejor sepa aprovecharlo.

Si nos ponemos el brazo en cabestrillo sin moverlo, la naturaleza le quitará su fuerza muscular; pero si arrepentidos del quietismo sacamos el

brazo del cabestrillo y lo ponemos en ejercicio, la naturaleza le devolverá la arrebatada fuerza.

De la propia suerte, si colocamos la mente en el cabestrillo de la inactividad, la naturaleza le quitará al cerebro todo vigor, reduciéndolo al idiotismo o la imbecilidad.

El herrero necesita un brazo derecho muy robusto. La naturaleza se lo da, pero deja débil el izquierdo, porque no lo ejercita.

También podemos análogamente concentrar toda nuestra energía mental en una sola facultad, pero todas las demás enflaquecerán hasta quedar exhaustas.

Una joven podrá si quiere llevar apretadísimos corpiños para fingir la esbeltez del talle; pero la naturaleza le arrebatará las rosas de sus mejillas y la castigará con dolorosos trastornos viscerales.

No esperemos gozar de cabal salud si no somos buenos con nosotros mismos, si no nos abstemos de todo cuanto amenace perjudicarnos mañana, aunque de momento parezca complacernos. La salud es el premio de una constante lucha con la naturaleza inferior. No deja impune la naturaleza ni la más mínima violación de sus leyes. A nadie indulta. Cuando alguien la ultraja, lo castiga con penas aflictivas, y si la transgresión es muy grave llega a la pena de muerte.

Un eminente cirujano realizó ante sus alumnos

una delicada operación quirúrgica que sólo era posible gracias a los modernos adelantos de la cirugía, y terminado su terrible trabajo, les dijo:

"Hace dos años, una sencilla operación hubiera podido curar esta enfermedad. Seis años atrás, la hubiese evitado un prudente régimen de vida. Hemos hecho cuanto estaba en nuestra mano, pero la naturaleza ha de pronunciar ahora su última palabra, porque nunca consiente que el condenado recurra de la sentencia."

Al día siguiente murió el enfermo.

Aparte de los eventuales accidentes que no está en nuestro poder evitar, la salud depende en su mayor parte de nuestra voluntad.

¿Cómo es que prosperan en su profesión los setenta y cinco mil médicos que ejercen en los Estados Unidos? A ninguno le falta ocupación, y es un dolor que cada año mueran en un país con ínfusas de superiormente civilizado, cuatrocientos mil seres humanos de enfermedades absolutamente evitables.

Decía Séneca:

Los dioses nos han dado larga vida, y nosotros la abreviamos.

Pocos son los que saben llegar a viejos. Raro es el que muere de vejez natural; y sin embargo, el

admirable mecanismo del cuerpo humano tiene inherente virtud para funcionar durante un siglo.

Tomás Parr murió a los 152 años. Se había casado a los 120, y no cesó de trabajar hasta los 130. El famoso médico Harvey, a quien, con olvido del español Miguel Servet, atribuye la falsa historia de la medicina el descubrimiento de la circulación de la sangre, examinó el cadáver de Parr y no encontró otra causa de muerte que el repentino cambio de régimen de vida cuando a instancias del rey de Inglaterra fué el centenario a Londres.

Cosa parecida le ocurrió a Enrique Jenkins, fallecido a los 169 años, y probablemente hubiera vivido algunos más de no trasladarse a la capital de Inglaterra donde los excesos de la mesa aceleraron su muerte.

Nada hay de que estemos más ignorantes que de la química biológica del organismo humano. Ni el uno por mil de las personas son capaces de señalar exactamente la situación de las más importantes vísceras ni describir su funcionamiento en la economía animal.

Dice Francisco Willard:

Tiempo vendrá en que se considere como un rastro de nuestra primitiva barbarie, el que a los jóvenes se les enseñen los nombres de los ríos del Tibet y no sepan palabra (excepto los estudiantes de Medicina) de las admirables leyes fisiológicas en que se funda su dicha material.

¿Qué tan importante para el hombre como el conocimiento de sí mismo? La famosa máxima de Quilón, inscrita en el frontispicio del templo de Delfos, no sólo se refiere al conocimiento del carácter moral, sino también al de los caracteres mental y físico, porque no es posible conocer el aspecto moral sin conocer simultáneamente el aspecto físico.

El cuerpo humano es una de las más estupendas maravillas de la Creación, y no aprender a apreciar sus bellezas ni a comprender su significado ni a profundizar sus misterios es una desgracia para la civilización.

Vivimos de milagro. Cada día quebrantamos las leyes de nuestro ser, y esperamos tener una vejez tranquila y descansada. ¡Vana ilusión! Cuando llegue la hora, presentará la naturaleza sus cuentas al cobro y forzosamente habremos de pagarlas con la enfermedad y la muerte.

XV. LA HORA DE LA OPORTUNIDAD.

XV. LA HORA DE LA OPORTUNIDAD.



EPRESENTÓ el escultor Lisipo la Oportunidad en figura de una joven de hermosísimo semblante con la cabellera suelta al aire, alas en los pies, una navaja de afeitar en la diestra, y colocada de puntillas sobre una esfera en actitud de echarse a volar.

En otros símbolos se representa a la Oportunidad o a la Ocación, como también se la llama, con un solo cabello, de suerte que por él era preciso asirla cuando pasaba.

Dice Mathews:

El hombre es en muchos aspectos hijo de la oportunidad. Comoquiera que estimemos la eficacia individual y su aptitud para el éxito, hay en el producto el factor de las circunstancias que no podemos desconocer.

Al pasar el rey Jorge IV de Inglaterra por una aldea en uno de sus viajes, le sobrevino un vahido, y como no iba en el séquito el médico de cámara, recurrieron los cortesanos al farmacéutico del lugar, que también ejercía de médico, quien administró al rey una sangría, con lo que recobró el conocimiento. El monarca quiso premiar aquel servicio nombrando al farmacéutico médico de pala-

cio, y por esta circunstancia labró aquel hombre en un momento su buena fortuna.

Desde luego había muchísimos farmacéuticos tan competentes como él en su profesión, pero por cuyos lugares no pasó el rey a tiempo de que le sobreviniera el accidente. Esta singular oportunidad estableció la diferencia entre él y los otros.

Pero también conviene advertir que la educación profesional del farmacéutico era un elemento indispensable, pues si no hubiera estado dispuesto a aprovecharse de la ocasión cuando se le deparó, de nada le hubiera servido.

Por lo tanto una de las muchas maneras de ser buenos con nosotros mismos es prepararnos a aprovechar la ocasión en cuanto se presente, con la seguridad de que esta preparación será como una especie de imán que la atraiga y espontáneamente la provoque. Así los hombres superiores *no esperan a que venga la oportunidad* sino que *la llaman* con la absoluta confianza de asirla por su único cabello.

Durante muchos años se había estado ejercitando el eminentе violinista Ole Bull en su favorito instrumento, pero aunque este paciente ejercicio le daba la conveniente preparación para cobrar fama con el tiempo, era todavía desconocido en las esferas musicales. Acertó a pasar un día la famosa cantante Malibrán junto a la ventana del entresuelo donde Ole Bull practicaba sus lecciones, y

quedóse pasmada, pues en su vida había oido tocar tan magistralmente el difícil instrumento. Preguntó la Malibrán por el nombre del violinista y poco tiempo después, recomendado por su admiradora, presentábase Ole Bull en público concierto cuyo éxito lo colocó en primera fila del mundo musical. Le llegó la hora de la oportunidad y pudo aprovecharla porque *estaba preparado* para ella.

El profesor Sargent, superintendente o director de educación física en la universidad de Harvard, empezó su carrera desempeñando el modesto cargo de bedel en el colegio de Bowdoin. Cursó libremente los estudios de segunda enseñanza, dedicándose a la especialidad de la gimnasia didáctica con tal aprovechamiento, que una vez recibido el título académico, construyó varios aparatos de utilísima novedad cuyo feliz éxito dióle la suficiente nombradía para que la universidad de Yale le ofreciera y él aceptara el cargo de profesor de gimnasia con el sueldo de 250 dólares al mes.

Sin embargo, el director del colegio de Bowdoin no se avino a prescindir de sus servicios, y le retuvo con la condición por Sargent impuesta de atender a las obligaciones de su nuevo empleo. Posteriormente le nombraron profesor de gimnasia de la famosa universidad de Harvard y hoy se le considera como el más eminentе de su especialidad.

La falta de ocasión es la excusa del ánimo débil y vacilante. ¿No está la vida de cada quién llena de oportunidades? ¿No es cada lección de la escuela, cada examen de prueba de curso en las carreras científicas y literarias una oportunidad? Cada enfermo es una oportunidad para el médico, cada pleito para el abogado, cada transacción para el comerciante, cada prueba de confianza para el dependiente.

La vida es el privilegio del esfuerzo, y cuando el hombre se coloca a la altura de este privilegio, las ocasiones se van sucediendo mucho más rápidamente de lo que él es capaz de aprovecharlas.

Carlos T. Yerkes, que en un principio era corredor de comercio en Filadelfia y es ahora uno de los multimillonarios de una ciudad del Oeste de los Estados Unidos, empezó a prosperar por haber aprovechado una ocasión que se le deparó mientras asistía a la subasta de los géneros de un almacén cuyo dueño se había declarado en quiebra.

Entre los artículos destinados a la subasta vió varias cajas de una clase de jabón que su madre acostumbraba a comprar en el colmado de donde se surtía. Le preguntó al dueño del colmado que a cuánto le compraría una partida de aquel jabón y le respondió que a doce centavos la libra. Entonces Yerkes adquirió por nueve todas las cajas de

jabón y de esta manera hizo su primer negocio por cuenta propia.

En una ciudad puerto de mar estudiaba un muchacho la segunda enseñanza en un colegio, y estaba una noche desvelado, pensando en que por falta de recursos habría de desistir de los estudios cuando oyó el grito de ¡fuego! Levantóse precipitadamente y corriendo hacia el puerto que en la vecindad de su domicilio estaba, vió un buque incendiado.

No había en aquella época servicio público de extinción de incendios, y el armador creyó del todo perdido el barco, por lo que cuando el estudiante le ofreció cuarenta dólares por él tal como en aquel momento estaba, no vaciló en aceptar el trato.

Sin perder instante, contrató el joven a un tropel de marineros y faquines del puerto que lograron sofocar el incendio, y pocos días después vendió el buque por quinientos dólares.

¿No es posible que la oportunidad esté a vuestra puerta sin que advirtáis su presencia?

Un pobre labriego de Nuevo Hampshire, que apenas podía vivir con el producto de su granja, supo que durante el verano se cotizaba a subidos precios el pescado y especialmente las truchas en los hoteles de las estaciones de aguas medicinales.

Compró nuestro hombre un tratado de piscicul-

tura, y construyendo un estanque artificial para acumular el agua que brotaba de su granja, llegó a obtener de la nueva industria cuádruple beneficio del que le reportaban las pedregosas tierras de su pejugar.

Una joven norteamericana recibió en herencia un trozo de tierra tan pantanosa, que sus amigas se burlaban de ella diciéndole que aquella heredad sólo servía para albergue de ranas.

Pero la animosa joven vió una oportunidad aprovechable en donde sus amigas no veían más que un pantano inútil, y respondió resueltamente:

—Puesto que mi heredad sólo sirve para albergue de ranas, me dedicaré a la cría de ranas para venderlas en el mercado.

Así lo hizo con tal éxito, que al cabo de algunos años pudo comprar otros pantanos circundantes y ampliar la cría y venta de ranas.

Un hombre muy mañoso, pero que apenas había obtenido utilidad de su maña, estaba convaleciente de una grave dolencia, cuando se le ocurrió tallar con su cortaplumas un trozo de madera de pino y hacer con ella un lindo juguete para que su hijo menor se distrajera en el patio.

Tanto agrado el juguete a los compañeros del pequeñuelo, que en tropel acudieron todos a suplicarle que les hiciese otro igual a cada uno de ellos.

Pronto cundió la fama por toda la comarca, y lo que empezó por una distracción de convaleciente convirtióse al cabo de algunos meses en una fábrica de juguetes.

Guillermo Phips era un pastor del Maine que dejó este oficio campesino para aprender el de calafate y después el de buzo en el puerto de Boston.

Pasando un día por la calle oyó que un grupo de marineros hablaban de un galeón español que había naufragado junto a las islas Lucayas y que se suponía que llevaba gran porción de oro.

Determinóse el joven a probar fortuna y trasladándose al lugar del naufragio encontró, después de no pocas penalidades, el perdido tesoro.

Los marineros se limitaron a hablar. Phips hizo aquello de que los marineros hablaban. Era hombre de acción.

No son muchos los que poseen la facultad de ver claro lo que la mayoría de las gentes no echan de ver o lo ven turbio; pero todavía es menor el número de los que aciertan a asir la ocasión por el único cabello que, según el simbolismo helénico, le cae sobre la frente.

Cuando Alejandro el Magno quiso consultar a la pitonisa, se negaba ésta a ir al templo porque a su parecer era nefasto el día; pero el futuro conquistador de Asia la obligó a ir a la fuerza, y en

tonces ella, colocada en el trípode y puesta en éxtasis, exclamó:

“Hijo mío, eres invencible.”

Este oráculo fué suficiente para Alejandro cuyas armas no se rindieron jamás al enemigo.

Dice Jorge Eliot:

¿De qué le sirve a un hombre la oportunidad si no sabe aprovecharla?

Los hombres que lograron éxito preeminente en la vida han sido aquellos que con su esfuerzo aprovecharon las ocasiones para cuyo encuentro estaban preparados.

Un fotógrafo de Cleveland (Ohio) llamado Jaime F. Ryder, leyó un día en la prensa extranjera que un artista de Praga había construído un instrumento tan delicado para el retoque de fotografías, que eliminaba toda imperfección.

Inmediatamente se puso en correspondencia con el inventor y adquirió la exclusiva del nuevo instrumento en todo el territorio de la Unión.

Supo asir la oportunidad por el único cabello y perfeccionó de tal modo el arte de la fotografía, que obtuvo el primer premio en la Exposición nacional celebrada en Boston.

¿Quién no ha oido hablar de la famosa agencia de viajes de Thomas Cook & Son, o más brevemente de la agencia Cook? Fué la primera en pro-

porcionar a los viajeros y más particularmente a los excursionistas toda clase de facilidades para efectuar los viajes llamados circulares en combinación con las líneas marítimas y fluviales.

Sin embargo, lo que hoy es una lucrativa industria de inestimables beneficios para los viajeros, tuvo modestísimos comienzos en el aprovechamiento de una ocasión.

Era Tomás Cook un humilde tornero de madera que para asistir a la Asamblea general de las Sociedades de Templanza, que había de reunirse en Leicester, hubo de recorrer a pie 24 kilómetros de carretera, para ahorrarse el gasto del tren que era muy caro en aquella época.

En el camino se le ocurrió la idea de que las compañías ferroviarias no tendrían reparo en organizar trenes especiales con alguna rebaja de precios para conducir al punto de reunión a los millares de personas que acostumbraban a concurrir a las asambleas, congresos, conferencias y demás actos de numerosísima asistencia.

El resultado fué la organización de los desde entonces llamados trenes especiales para asambleas, peregrinaciones, excursiones, congresos, etc., ampliándose después el beneficio a los viajes circulares.

Tal vez otros tuvieran la misma idea que Tomás Cook, pero él fué el único que la llevó a cabo.

En los primeros tiempos de la textura mecánica del algodón, las fibras menudas se adherían a los carretes y era necesario parar con mucha frecuencia la máquina para limpiarla, con gran pérdida de tiempo y por lo tanto de producción. No se había inventado aún el Jacquard.

El dueño de la fábrica era el padre de Roberto Peel, quien observó que uno de los tejedores, llamado Ricardo Ferguson, nunca había de parar su máquina y tenía siempre limpios los carretes.

—¿Cómo es esto, Ricardo? —le preguntó un día el dueño.—El contramaestre me dice que siempre tienes limpios los carretes?

—Verdad es —repuso Ferguson.

—¿Y cómo te las arreglas para tenerlos?

—Es un secreto, y si se lo dijera sabría usted tanto como yo.

—Bueno, hombre, bueno. Algo te daré si me lo revelas. ¿Podrías tú hacer de modo que todos los telares trabajasen con tanta suavidad como el tuyo?

—Sí, señor.

—Pues bien, ¿cuánto quieres por tu secreto?

—Un cuartillo de cerveza cada día.

—Convenido.

Y entonces le dijo Ferguson a Peel misteriosamente al oído, como si temiera que alguien más pudiese sorprender su para él valioso secreto:

—No hay más que embadurnar con cal los carretes.

Pronto se colocó Peel con este secreto a la cabeza de sus competidores y recompensó a Ferguson con una cantidad de dinero en vez del cuartillo diario de cerveza. Su sencilla idea ahorró millones de dólares en lo sucesivo.

Las cualidades de exactitud, laboriosidad, honestidad, perseverancia y entusiasmo en la obra son necesarias para el éxito, pero no suficientes cuando falta la percepción sagaz que echa de ver las oportunidades tanto si están a la puerta de su casa y al alcance de su mano como si en el otro extremo del mundo. Pero tampoco basta ver la oportunidad, sino que es necesario tener muy viva la cualidad de ejecución para aprovecharla.

Vuestro talento es vuestra vocación. Vuestro legítimo destino está escrito en vuestro carácter.

Dice Bulwer Lyton:

Nadie lucha lo bastante para reformar victoriosamente su carácter, y uno de los principales factores del éxito en la vida es regular nuestra conducta de suerte que mejore las naturales inclinaciones.

Cuando Ole Bull estudiaba humanidades en la universidad de Cristianía y estaban ya cerca los exámenes, le suplicaron que tomara parte en una función de beneficencia, tocando algunas piezas en el violín. Después de vacilar un tanto accedió

a la solicitud, pero al día siguiente le suspendieron en el examen de latín, y como de este fracaso se quejara a su profesor de música, le respondió:

—Es lo mejor que pudiera haberte sucedido, porque así te entregarás por completo al arte. ¿Crees tú que naciste para ser cura de almas en una parroquia de Finlandia o misionero en Laponia? Seguramente que no. Todos cuantos te conocen dicen que debes marcharte al extranjero para ampliar tu educación musical y ser algún día director de orquesta.

Siguió Ole Bull el consejo y fué con el tiempo mucho más de lo que su profesor le predijera. Le había llegado la hora de la oportunidad y supo aprovecharla.

XVI. VOCACIÓN Y VOLUNTAD.

XVI. VOCACIÓN Y VOLUNTAD.



ADA cual lleva en su interior la capacidad necesaria para todo cuanto ha de cumplir. Si su capacidad es poca y su anhelo de prosperar no va más allá de un tibio deseo, sin prepararse para alcanzar altos destinos, no llegará jamás a sobresalir de la vulgaridad.

Esta natural aptitud que todos en mayor o menor grado y en diferencial índole tenemos se manifiesta en un impulso que va de dentro afuera como energía latente ansiosa de actualizarse concretándose en acción.

En unos esta fuerza que pugna por quebrantar los obstáculos que a su salida se oponen, es tan poderosa, que espontáneamente ceden a ella, determinando las naturales inclinaciones contra las cuales no hay manera de combatir.

En otros no es tan impetuosa, pero sí lo bastante intensa para que el joven sienta su influencia como si una voz interior lo llamara a entregarse por completo a determinada índole de actividad. Tal es la vocación.

Todos sabemos que hay momentos críticos de que depende el destino de muchos años. Si falta la voluntad necesaria para poner en obra lo que

nos dicta la vocación o llamamiento de la voz interior, arriesgamos dar torcido rumbo a nuestra vida y ser estorbo más bien que auxilio de la humanidad.

Cuando hacemos algo, sea lo que quiera, establecemos una causa que tarde o temprano, instantáneamente o al cabo de muchos años ha de producir su efecto. Toda acción equivale a sembrar una semilla; pero así como para que la semilla germine es necesario sembrarla a su debido tiempo y en apropiado terreno, también es necesaria la oportunidad de la acción para que dé frutos provechosos.

Nunca como ahora hubo tanta demanda de jóvenes fieles a su vocación, que sepan hacer siquiera una cosa, pero que la hagan excelentemente bien. Por muchos millares de hombres que estén hoy sin trabajo, como sucede en Inglaterra, siempre hay quien busca uno cuya voluntad coincida con su vocación y sepa hacer algo mucho mejor de como otros lo han hecho hasta entonces.

La vocación descubre y manifiesta las naturales aptitudes, pero la voluntad las pone en ejercicio. Dice Garfield:

La vocación puede compararse al clarín de guerra que convoca a los soldados para la batalla; pero el son del clarín por sí solo no puede hacer soldados ni ganar batallas. Es necesario que la voluntad dé viva eficacia a la

vocación, como el ardimiento del soldado responde al son del clarín de guerra.

La vocación le señala a la voluntad el camino que debe seguir para convertirse de potencia en acto. Este camino es distinto para cada hombre y constituye la especial modalidad de su actuación.

El presidente Hayes le aconsejaba a Guillermo Mac'Kinley diciendo:

Para lograr éxito y fama es necesario que obedezca usted el llamamiento de su vocación con toda la energía de su voluntad. Cuando esté usted en el Parlamento no hable a troche y moche sobre todas las proposiciones que se presenten a discusión, sino que debe usted limitarse a determinado asunto y ser en él una especialidad.

Quien fielmente y con resueltta voluntad obedece el llamamiento de su vocación, puede estar seguro de realizar algo notable, y si tiene además de talento sentido común, será ruidoso su éxito.

La vocación secundada por la voluntad es una interna energía capaz de transmutar los obstáculos en auxilios. Es la fe que mueve las montañas, la mente que agita las moles, la fuerza que hace penetrar el ánimo en las profundidades de la vida interna para manifestarla en las hazañosas acciones de la vida externa.

No es posible lograr éxito valedero sin obedecer al interno impulso de la vocación que nos dice y asegura que podemos llevar a cabo determinada

obra, que nos infunde el íntimo convencimiento de la victoria.

Tan poderosa es la fuerza de la vocación intensificada por la voluntad, que quien a su impulso obedece, tiene la seguridad de vencer y no se deja perturbar por ninguna circunstancia que amenace contrariar su vocación.

Entonces hace lo que Lincoln en su cabaña de leñadores transmutada por la magia de la vocación y la voluntad en el palacio de la Casa Blanca; lo que Enrique Wilson hizo en la granja de su padre, aprovechando en instructivas lecturas el tiempo que los muchachos de la vecindad malgastaban en frivolidades; lo que el pastor Ferguson que con cuerdas en que los nudos simbolizaban las estrellas trazó el mapa del cielo convirtiendo el cayado en telescopio; lo que Jorge Stephenson cuando aprendió las cuatro reglas valiéndose por pizarra de los costados de una vagoneta de las minas.

Para lograr éxito es indispensable ser buenos con nosotros mismos, obedeciendo la voz interior que nos dice que *podemos* lograrlo. Es necesario sentir y estar inspirados por la irresistible determinación de realizar felizmente la acometida empresa.

Una de las principales causas del fracaso es dudar de que sea posible el éxito. Una de las principales causas del éxito es creer que podemos uti-

lizar ventajosamente nuestras fuerzas y acrecentarlas al impulso de la voluntad y de la fe. Cuanto menos confianza tengamos en nosotros mismos, menos buenos seremos también con nosotros mismos y menor parte de nuestra individualidad pondremos en acción.

El optimismo individual alentado por la obediencia a la vocación realizada por la voluntad no sólo será provechoso para quien en tan sano sentimiento funde todas sus acciones, sino que contribuirá a realzar el optimismo colectivo de que muy necesitada está hoy la humanidad para oponerlo victoriamente al pesimismo de quienes sólo ven la inminencia de fieros y aniquiladores males.

Si hubiesen de tener realidad las tenebrosas visiones del pesimismo, equivaldría a negar la providencialidad de los destinos humanos y perderían toda su eficacia las enseñanzas de los sabios, el ejemplo de los héroes, la virtud de los santos, la palabra de los apóstoles y el sacrificio de los mártires que entrefundieron la voluntad con su vocación.

No es posible que prevalezcan las puertas de cieno contra las puertas de oro, el error contra la verdad, las tinieblas contra la luz y el mal contra el bien.

Podrá la línea de evolución decaer a trechos con tan rápido declive que parezca pendiente de

precipicio; pero quienes tienen arraigada fe en el porvenir, que escuchan la callada pero elocuente voz de su vocación y están convencidos de la inmortalidad de su ser, saben que la verdad padece y no perece; que el sol se eclipsa y no se apaga; que la justicia arrebatará las victoriosas palmas que pasajeramente vibraron en manos de la iniquidad.

Así es que más acierto cabe en vaticinar la dicha, paz y felicidad como trina cumbre de nuestra carrera de obstáculos, que el dar por visto con los catalejos del pesimismo el infortunio final de la especie humana por Dios creada para ser partícipe de su inmarcesible gloria y eterna bienaventuranza.

Desde cimas cuyo sereno ambiente no empañan nubes de parcialidad y prejuicios sectarios, se ven culminar en lontananza dos puntos cardinales del porvenir de la humanidad: el pináculo de su progreso material y más a lo lejos el cenit de su progreso moral.

Según la noción vulgar del tiempo, todavía parece que está el hombre muy distante del punto en que ha de enseñorearse de las fuerzas de la naturaleza; pero como no hemos de calcular la tardanza de lo venidero por lo que tardó en llegar a presente lo pasado, puesto que en proporción geométrica se va desenvolviendo el progreso humano, bien podemos presentir cercana la hora en que

con nuevos descubrimientos y más pasmosas invenciones cierre la ciencia la serie de sus conquistas en el mundo material.

Pero cuando por efecto del mismo perfeccionamiento material sustente la tierra al hombre con hartura y la anulación de las distancias mate el fiero sentimiento de separatividad, se acelerará con vivísima pujanza el progreso moral cuya lentitud presente es promesa cierta de su rapidez futura.

El porvenir es de quienes entendiendo por futurismo la preparación de las generaciones a una nueva era, sientan y presentan la vocación de la paz, armonía y concordia entre todos los hombres; de quienes convencidos de que en su propio provecho trabajan al trabajar en el de sus descendientes, desvén todo cuanto propenda a enemistar a los hombres y derechamente encaminen cuanto los hermane en la divina paternidad.

XVII. LA INTRÍNSECA BONDAD.

XVII. LA INTRÍNSECA BONDAD.



AS edades de la vida humana están enlazadas como los eslabones de una cadena, o mejor dicho aún, como los términos de una serie en que cada consecuente depende de su antecedente. La educación humana no tiene su principio en la cuna ni su fin en el sepulcro, sino que tan sólo es durante la vida un sector y no muy extenso del amplísimo círculo en que se efectúa la completa evolución del ser humano.

Si nuestros elementos constituyentes son cuerpo, mente y espíritu, como sin discrepancia reconocen a la par biólogos y psicólogos, resulta evidente la necesidad de educar armónicamente los tres elementos, y de aquí la clásica trilogía de educación física, intelectual y moral respectivas al cuerpo, a la mente y al espíritu.

Con auxilio de esta trina y una educación, será capaz el niño convertido por el tiempo en hombre, de hacer todo aquello que sepa hacer bien y de hacer bien todo cuanto haga, sin pensar en el provecho material ni en la nombradía que su obra pueda allegarle, porque uno y otra son las añadiduras que sin pedirlas recibe quien busca ante todo el reino de Dios y su justicia, que no es más

que el cumplimiento del deber y la obediencia a las voces de la naturaleza superior.

El toque no está en lo que un hombre sabe y puede hacer, sino en el empleo que da a su conocimiento y poder. Emplearlos en el bien es el fin de la verdadera educación armónica de cuerpo, mente y espíritu.

El hombre bien educado en su niñez, difícilmente tiene borrascosa juventud, y el joven que no cae en los extremos de la gazmoñería ni de la disipación, llega a la virilidad con un robusto equipo físico, mental y moral que le predispone a hacer cuanto bien pueda a sus semejantes o por lo menos de no causar deliberado perjuicio a nadie, ni ser un elemento perturbador que agrave en vez de aliviar los males del mundo.

Si en la infancia y juventud recibió la genuina educación moral que guía a la voluntad a la práctica de la virtud sin apetencia de premio ni temor al castigo, tan sólo porque la virtud está en armonía y el vicio en discordancia con la tónica de su temperamento espiritual, preferirá lo bien hecho a lo bien dicho, y será tan indulgente con los demás como severo consigo mismo. Sabrá confesar una falta, reconocer un error, descubrir el aspecto superior de sus prójimos y perdonar los defectos ajenos, convencido de que no son permanentes, sino transitorios y susceptibles de eliminación.

Si la educación intelectual armonizó las facultades de su mente acertará a discernir entre la verdad y el error, la fe y la superstición, lo real y lo ilusorio, y no habrá para él nada insignificante ni despreciable, porque comprenderá que tan infinita se manifiesta la sabiduría divina en la construcción de un universo como en la construcción de un átomo.

El famoso novelista ruso Turgueneff describe imaginativamente cómo la Naturaleza actúa con la misma exactitud en lo que por ilusión de relatividad llamamos grande y pequeño. Dice así:

Soñé que me veía ante la entrada de un majestuoso templo excavado en la roca que de techumbre le servía. Era tan vasto su recinto que los ojos no tropezaban con el límite por muy a lo lejos que mirasen. Impelido por extraña fuerza entré en el templo y avanzando hacia el interior vi sentada en adoselado trono una arrogante diosa, más gallarda que la Minerva de Atenas, que me pareció la encarnación de la Sabiduría divina. Estaba absorta en su tarea y el ceño de su augusta frente denotaba profunda atención.

Yo creía que estaría elaborando el cerebro de un potente pensador, de algún insigne filósofo que había de revelar nuevas verdades a la peregrinante humanidad. Me acerqué respetuoso, y a riesgo de distraerla de su labor, le pregunté qué hacía. La diosa levantó la cabeza y respondió suavemente: Estoy pintando las alas de una mariposa.

A ejemplo de la madre Naturaleza, debemos sus hijos poner tanta atención en las cosas que nos

parezcan menudas como en las que por la misma ilusión de relatividad nos parezcan grandes.

Cuando oímos decir a los astrónomos que el Sol es cerca de millón y medio de veces mayor que la Tierra y vemos en las comparaciones gráficas que nuestro planeta resulta al lado del Sol como una lenteja junto a enorme sandía, nos admiramos de la magistral habilidad del supremo Artífice que tan espléndida joya montó al éter, que no al aire, en el infinito cerco del espacio. Pero la admiración se convierte en pasmo y la mente se abisma en el misterio, al saber por revelación del telescopio que ese Sol, al parecer tan coloso en comparación de la Tierra su vasalla, resulta un pigmeo comparado con Canopus el capitán de Navío de la marina celeste.

Así nadie quiera ser más de lo que le permite su eficacia individual. Noble, legítimo y aun necesario para la evolución es el anhelo de prosperidad y el deseo de éxito; pero la realización de este anhelo y el cumplimiento de este deseo exigen de antemano la intensificación de la eficacia individual, como para mayor rendimiento se necesita mayor potencia mecánica.

Oigamos al insigne pensador hispanoamericano Juan Montalvo:

He visto el cedro del Líbano encumbrarse al firmamento y sacudir su real cabeza entre las nubes; su

magnífico ramaje abraza un gran espacio a la redonda, y asombrando el suelo con sus radios, puede albergar un ejército alrededor del tronco: grande, noble, majestuoso, veneración infunde; fresco, verde, puro, es bienhechor: lujo de naturaleza, adorno de la tierra, gloria de los bosques: el águila posa en su cumbre, y se contonea como en su trono, orgullosa de la pompa que le engrandece: los vientos le prestan homenaje y murmulan cual música divina entre las hojas; el sol matinal le unge cada día, y le declara emperador: la noche admira ese fantasma gigantesco erguido en su seno, desalojando una gran porción de oscuridad: tácito y miedoso personaje en las tinieblas; franco y excelsa a mediodía.

Si somos grandes, seamos como el cedro.

He visto la perenne albahaca en el jardín, sentada voluptuosa en un recodo: su diminuto cuerpo no incomoda a los vecinos, no despidé maligna en torno suyo ponzofiosas exhalaciones: contenta de su juventud, sonríe a todos; satisfecha de su frescura, jamás se encona: el suelo donde arraiga, el aire que la nutre, el agua que la humedece, todos la aman: el sol no la corona, por muy chiquita; el viento no la recuesta, por muy inocente; pero tiene sus secretos con el rocío, de parte con la aurora, y el favonio le trae recados misteriosos del Paraíso. Un hilo de agua cristalina corre a sus pies sumiso y acariciante; la mariposa viene triscando por el aire, y en sus graciosos dengues procura congraciarse con la amable niña: ya llega, ya la toca; ¡qué dulce mata! El colibrí es demasiado grande para ella; su almidar es el banquete del plateado insecto; pero tiene aroma para todos, y sirviendo para muchas cosas buenas, no es para nada malo, porque no tiene veneno.

Si somos pequeños, seamos como la albahaca.

He visto el naranjo cuajado de azahares: redondo y elegante cual una hermosa vestida con tontillo; fresco y provocativo cual el rostro virginal de la doncella; do-

noso y rico en simpatía, adornado y contento cual la novia que va a extender la mano: ¿quién no toma de él una flor? ¿quién no pone en los dientes al paso una de sus doradas y saludables hojas? Por la madrugada es una caja de música con el sinnúmero de jilgueros que entre su follaje chacotean; por la tarde, él se opone a la melancolía del crepúsculo, y dice: No quiero estar triste; por la noche se calla, y en silencio está elaborando las esencias con que ha de regalar al alba.

Si somos medianos, seamos como el naranjo.

Y no como el espino, y no como la ortiga, y no como la cicuta: con espinas ciñeron la frente del Señor los fariseos, con cicuta mataron a Sócrates los treinta tiranos.

Si somos grandes, seamos como el cedro; si pequeños, como la albahaca; si medianos, como el naranjo; esto es, siempre provechosos, o cuando menos, inofensivos; si no admirables por la grandeza, amables por la simpática pequeñez, o por la utilidad que ofreczamos a nuestros semejantes.

Para ser buenos con nosotros mismos es indispensable la integral educación, y cuando los medios de vida y las circunstancias del ambiente no sean propicias para recibirla de quienes por naturaleza están moralmente obligados a proporcionarla, no le faltarán al joven de recia voluntad recursos para adquirirla.

Cuando todavía no era en parte alguna obligatoria y gratuita la enseñanza primaria, vivía en una aldea de las orillas del Danubio un muchacho de padres tan míseros, que apenas supo dar los primeros pasos le enviaban todos los días a reco-

ger en el bosque leña que ellos iban a vender a la inmediata ciudad.

Algo mayorcito, le enseñaron a cosechar bayas de enebro y llevarlas a una destilería próxima en donde servían para fabricar ginebra.

Al pasar junto a las ventanas de la escuela y ver a otros niños de su edad ocupados en el estudio de las lecciones, los miraba con santa envidia, deseoso de estar entre ellos; pero sus padres no podían costearle la educación, y él cavilaba algún medio que le permitiese asistir gratuitamente a la escuela.

Por fortuna, supo que el maestro era aficionadísimo a los pájaros canoros, de los que tenía algunos en la pajarera del jardín de su casa, y recordando que en el bosque a donde iba diariamente a recoger bayas de enebro había multitud de rui-senores, jilgueros, verdecillos y pinzones, resolvió cazar algunos y llevarlos al maestro.

Así lo hizo, y al día siguiente se presentó en la escuela con un cestillo en el que había puesto un par de jilgueros cazados con liga, suplicándole al maestro que los aceptase, sin querer recibir dinero por ellos.

Al verle tan pobemente vestido, pero con aire y trazas de inteligente, le preguntó el maestro:

—¿Puedo yo hacer algo por ti en recompensa de tu regalo?

—¡Oh! sí—respondió el muchacho temblando

de emoción.—Puede usted hacer por mí lo que más deseo en este mundo: enseñarme a leer.

Condescendió el maestro con el deseo del muchacho, que desde entonces asistió a la escuela durante los ratos que le dejaba libre el trabajo, y tanta fué su aplicación y tan sobresaliente su aprovechamiento, que admirado el maestro de sus felices disposiciones, lo recomendó a un noble caballero de la ciudad, quien al verle tan despejado le costeó la carrera eclesiástica libremente elegida por el favorecido, que llegó a ser con el tiempo arzobispo de Ratisbona, y adoptó por escudo de armas dos jilgueros en campo de gules con el evangélico mote de: "No se venden dos pajarillos por un ochavo?"

A veces la íntima facultad a que los psicólogos llaman intuición revela al joven mientras durante el sueño actúa su conciencia superior el destino para que ha venido a este mundo.

En 1785, a los diez y seis años de edad, salió Napoleón Bonaparte de la Escuela militar de Brienne con el empleo de subteniente destinado al regimiento de la Fère, de guarnición en Grenoble, de donde a poco lo trasladaron a Valence. A pesar de su escaso sueldo, quiso Napoleón auxiliar a su familia, residente en Ajaccio, y al efecto llamó a su lado a su hermano Luis, nueve años menor que él. Se alojaba el modesto subteniente en un cuarto

realquilado donde sólo cabía una cama, por lo que fué preciso que su hermano durmiera en la bohardilla, situada precisamente encima del alojamiento.

Todas las mañanas, siguiendo la buena costumbre de madrugar, contraída en la Escuela de Brienne, Bonaparte despertaba a su hermano, golpeando el techo del cuarto con un bastón, a cuya señal bajaba Luis a dar la diaria lección de matemáticas.

Una mañana, Luis, que era algo perezoso, tardó en responder a la consabida llamada de su hermano, quien ya iba a golpear por tercera vez el techo, cuando se presentó el rezagado:

—¡Vaya! ¿Qué te sucede esta mañana?—preguntó Napoleón.—Me parece que te vas volviendo todavía más perezoso.

—¡Ay! hermano—repuso Luis.—¡Estaba soñando una cosa tan agradable!

—¿Y qué soñabas?

—Pues que era rey.

—¡Zimbomba! Pues si tú eras rey, ¿qué sería yo? Lo menos emperador. ¡Vaya! Déjate de tonterías y empecemos la lección.

Se cumplió el sueño, porque Luis fué rey de Holanda desde 1806 a 1810 y su hermano emperador de Francia.

Pero ¿qué debe entenderse por verdadera educación? Sin duda la que mejor prepare al niño y

al joven para la vida social de modo que se muevan y actúen en la misma esfera de dignidad y estimación propia que sus semejantes.

La genuina educación tiene por manifestación externa los modales corteses y las palabras aables; pero esta manifestación externa nada vale sin los nobles sentimientos y las virtuosas acciones.

Ser bueno consigo mismo equivale a ser bueno con los demás, aunque sin confundir la bondad con la bobaliconería, porque siendo la vida una lucha, es preciso estar armados, si no para el ataque, por lo menos para defenderse de la incultura ajena.

En los medios sociales en que por razón de su naturaleza ha de vivir el hombre le es tan necesaria la benevolencia como el rigor, la suavidad como la energía, de suerte que trate a cada cual como se merece y no sea víctima de los que abusan de los débiles, sino que por el contrario sepa y pueda emplear su viril entereza contra quien intente burlarse de sus buenos sentimientos.

Ha de ser el hombre bien educado, humilde con los humildes y energico con los soberbios, para abatir su soberbia y enseñarles que la altanería desazonada no puede prevalecer contra la voluntad resuelta a exigir el respeto, pues siempre está dispuesta a respetar a los dignos de respeto.

Dice Spencer:

Prevalecerán los buenos en la sociedad cuando para establecer la supremacía del bien tengan igual audacia, la misma insolencia, idéntica energía que tienen los malvados para el protervo ejercicio del mal.

El grueso del vulgo no conocen los goces intelectuales ni se despiertan en su ánimo espirituales aspiraciones. Parece como si la humanidad en conjunto fuese hoy bajo su aspecto moral la misma que en los días de Nínive y Babilonia.

Pero las minorías selectas son el saludable fermento de la masa humana, y aunque tarde mucho en fermentar, acaba por producirse la fermentación tumultuosa de los deseos y pasiones, de las ansiedades e inquietudes que mueven al hombre vulgar a la acción, porque del deseo se vale la ley de la vida para agujonear a los perezosos y hacerles entrar en el sendero de la evolución. Vale más una energía mal empleada que inactiva. Si quedara perpetuamente en potencia no podría evolucionar. Actualizándola se intensifica con el ejercicio y cada error le sirve de lección, hasta aprender por personal experiencia que no está la felicidad que busca en la satisfacción de los deseos sensuales ni en el halago de las pasiones. Entonces da a su actividad una orientación más elevada y funda en el sentimiento su regla de conducta en vez de fundarla como antes en el egoísmo.

Sin embargo, tampoco en el sentimiento encuentra la verdadera felicidad, y la experiencia le enseña que el sentimiento es un valioso auxiliar de la conducta moral, pero que no es la moralidad. La madre que con riesgo de su vida salva a su hijo de la muerte, realiza una hermosa acción a que la mueve el sentimiento de la maternidad. No cabe duda de que la madre experimenta un placer, egoísta como todos los placeres, en salvar a su hijo. El sentimiento en este caso intensifica poderosamente la eficacia individual. Otra mujer que no fuera madre del niño en peligro, se conmovería ante el lastimoso espectáculo, pero habría de elevar su sentimiento a la altura del deber puro y simple para arriesgar su vida en la salvación de otra con la que no la relaciona ningún afecto personal.

Llega por fin la etapa o período de evolución en que convencido el hombre de que el placer engendra dolor y los goces acaban en hastío; de que sentimientos y afectos tienen también algo de egoísmo y son tan mudables como el viento, erige en norma de conducta, en clave de la ley moral, el cumplimiento del deber, por el deber mismo, independientemente del resultado y fruto de la acción.

Esta es la norma de conducta que reconocieron como más ajustada a las leyes de Dios y de la naturaleza, los filósofos y pensadores de toda época.

Este ha de ser el rendimiento de la trina obra de la educación física, intelectual y moral, cuyos frutos sean la salud, la verdad y el bien.

La escuela estoica, la de más pura moral en la antigüedad, les decía a sus discípulos:

Obedeced a la naturaleza; y por lo tanto, obedeced a vuestra naturaleza superior, la naturaleza de seres racionales, porque la razón es en vosotros una imagen y como una partícula de la mente universal.

Si aprendisteis a comprender el orden y belleza de las cosas creadas, que por doquier revelan una providencial sabiduría, ordenad y embelleced también vuestra conducta y seréis así colaboradores del divino plan.

Tal es la finalidad de nuestra vida: colaborar en el plan de Dios y contribuir al aceleramiento de la evolución humana.

Toda actividad, por prosaica y humilde que parezca, puede cooperar, cuando bien empleada, al progreso y perfeccionamiento de la humanidad. La herramienta del artesano es tan necesaria para la civilización como la pluma del escritor, el cincel del artista, la batuta del músico y el bastón del gobernante. Pero es necesario que herramienta, pluma, cincel, batuta y bastón se manejen como si fueran los cinco dedos de la diestra de Dios.

Kant, que tan escéptico y pesimista se muestra al tratar de la razón pura, considerándola importante para alcanzar jamás la verdad absoluta, se

convierte en optimista cuando considera la razón práctica como reguladora de la voluntad.

Dice a este propósito el filósofo de Koenigsberg:

Obra de modo que trates a la humanidad en ti mismo y en el prójimo, como fin y nunca como medio.

Obra siempre como si fueses el legislador y al propio tiempo el súbdito de un reino de voluntades libres y racionales.

Obra siempre de modo que tu conducta pudiera servir de principio a una legislación universal.

Puede objetarse que en la mayoría de los seres humanos, la razón está en lucha con la pasión, y que casi siempre obra el hombre impelido por el deseo rompiendo el freno con que intenta reprimirle el conocimiento. Cuando se interpone el interés egoísta no valen razones ni se detiene el deseo a pensar en las consecuencias de una mala acción. Sabemos que lo que deseamos hacer es contrario a la razón, a la bondad, justicia y verdad, y sin embargo, lo hacemos.

Entonces obra inexorablemente la ley de causa y efecto, de acción y reacción, para enseñarle por fuerza al hombre lo que se resiste a aprender de grado. Si la satisfacción de los deseos egoístas le diera la felicidad, triunfaría plenamente la naturaleza inferior y fueran desvaríos las ideas de abnegación y sacrificio. La paz estaría en la vida brutal de la materia.

Pero la ley ordena precisamente lo contrario, de suerte que la infracción de sus preceptos físicos quebrante la salud y produzca los terribles dolores de la enfermedad, y que la violación de los preceptos morales engendre el cáncer del remordimiento roedor de la conciencia.

Cuando el hombre aprende esta experimental lección, rompe los lazos del deseo con la espada del conocimiento, y la voluntad queda entonces hermanada con la razón para regular la conducta. Así llega el hombre al estoicismo, el recto sendero de perfección.

Entonces se manifiesta la intrínseca bondad que oprimida por la pesadumbre de la naturaleza inferior se ocultaba en las intimidades del verdadero ser.

La intrínseca bondad se va manifestando extrínsecamente a medida que con mayor penetración le es posible al hombre reflexionar sobre su vida pasada y colegir de las consecuencias experimentadas lo que puede ser su vida venidera.

Acaso las circunstancias externas sean desfavorables a la conducta que es preciso seguir para manifestar prácticamente, en actos positivos, la intrínseca bondad; pero ha de tener en cuenta quien en semejante situación se vea, que las circunstancias externas son mudables y transitorias, mientras que la bondad intrínseca es permanente,

porque está constituida por cualidades que una vez conquistadas a fuerza de perseverancia y voluntad quedan incorporadas definitivamente a nuestro tesoro de bienes espirituales sin posibilidad ni contingencia de perderlas. Nada ni nadie es ya capaz de arrebatárnoslas.

No cabe duda de que la educación moral, cuando con acierto comprendida, contribuye solidariamente con la intelectual y la física al feliz cumplimiento del destino individual; pero mucha más valiosa educación es la de la experiencia de la vida, que con la piqueta del sufrimiento va extrayendo de los opulentísimos fondos del alma los escondidos tesoros de la intrínseca bondad infundida por el Creador al emanarla de su infinito seno.

Sólo mella el alma del hombre lo que experimenta en contacto con el mundo que lo va modificando con su inevitable roce.

La bondad ha de tener un motivo muy superior a los intereses personales. Ser buenos con nosotros mismos porque resulta más provechoso que ser malos, será una bondad acomodaticia, mal apoyada en deleznables sostenes que se derrumbarán en cuanto varíe el sesgo de los intereses personales.

El parlamentario francés Buisson dice sobre el particular:

“A nuestra moral le falta alma. La sociedad no puede vivir sin fe, sea como sea. La fe religiosa de

la Edad media, la patriótica de la revolución del 93 o la que se funda en los deberes de humanidad tienen todas la fuerza de la emoción, del convencimiento, del entusiasmo, la fuerza que impele al hombre a sacrificar el egoísmo en aras de una causa más bella y superior a todos los intereses personales.”

En el Congreso internacional reunido en El Haya el año 1912 se fundaron las llamadas *Ligas de Bondad* con objeto de educir la intrínseca bondad latente en el alma del niño.

La Institución Nacional de Educación Moral de Washington convocó un concurso para premiar con cinco mil dólares el código que mejor diese a comprender a los escolares las normas de buena conducta, resultando premiado el escrito por Guillermo J. Hutchins, del Estado de Ohio, cuyos preceptos corresponden a las leyes de la salud, del dominio de sí mismo, de la confianza propia, de la confianza mutua, del deber, del trabajo, de la cooperación, de la benevolencia y de la lealtad.

Entre los consejos que este código de moral cívica da para actualizar la intrínseca bondad de los hombres futuros sobresalen los siguientes:

“El buen ciudadano ha de esforzarse en conservar perfecta salud, porque la prosperidad de un país depende de los que se ponen en condiciones de aptitud física para realizar su cotidiano trabajo”

"Los que mejor saben encauzar sus actividades, saben también servir mejor a su país".

"La presunción es necesidad; pero la confianza en sí mismo es necesaria para todo el que quiera ser útil a su patria y a la humanidad".

"No hemos de temer hacer el bien aunque los demás obren mal".

"La patria será más grande y mejor a medida que sus ciudadanos puedan confiar más seguramente unos en otros".

"La prosperidad de un país depende de los que saben hacer bien lo que se debe hacer".

"Un solo hombre no podría edificar una ciudad ni construir una línea férrea. Un hombre solo tropezaría con insuperables dificultades para levantar un edificio o tender un puente. Para que yo coma pan, han sembrado y cultivado y cosechado los labriegos el trigo; han construido molinos, han hecho hornos. A medida que aprendamos a favorecernos y ayudarnos unos a otros en fraternal cooperación será más próspero nuestro país".

"Todo acto de malevolencia perjudica a la humanidad entera. Todo acto de benevolencia la favorece".

Tal es la ley de la intrínseca bondad. Cumplirla es ser buenos con nosotros mismos y con los demás.

Lo esencial para realizar la finalidad de la vida es distinguir con acierto entre lo que depende y lo

que no depende de nuestro albedrío. De nosotros dependen las emociones, deseos, pensamientos, palabras y acciones. Lo demás no depende de nosotros y está sujeto a multitud de inconvenientes y obstáculos unas veces vencibles y otras insuperables, según la calidad y medida de nuestras fuerzas.

Por lo tanto, todo el espíritu de la educación está en cifrar nuestra felicidad en la rectitud del pensamiento, la pureza de la emoción, la nobleza del deseo, la veracidad de las palabras, la justicia de las acciones y la recta aplicación de nuestras facultades a la verdadera finalidad de la vida, cual es el perfeccionamiento de nuestro ser en obediencia a la ley de evolución.

FIN

FAMOSAS OBRAS
DEL SABIO PSICÓLOGO Y EDUCADOR
DOCTOR MARDEN

- I. — ¡SIEMPRE ADELANTE!
- II. — ABRIRSE PASO
- III. — EL PODER DEL PENSAMIENTO
- IV. — LA INICIACIÓN EN LOS NEGOCIOS
- V. — EL ÉXITO COMERCIAL
- VI. — ACTITUD VICTORIOSA
- VII. — PAZ, PODER Y ABUNDANCIA
- VIII. — PSICOLOGÍA DEL COMERCIANTE
- IX. — LA OBRA MAESTRA DE LA VIDA
- X. — IDEALES DE DICHA
- XI. — DEFIENDE TUS ENERGÍAS
- XII. — LA MUJER Y EL HOGAR
- XIII. — EL CRIMEN DEL SILENCIO
- XIV. — QUERER ES PODER
- XV. — LOS CAMINOS DEL AMOR
- XVI. — LA VIDA OPTIMISTA
- XVII. — EL SECRETO DEL ÉXITO
- XVIII. — SOBRE LA MARCHA
- XIX. — AYUDATE A TI MISMO
- XX. — LA ALEGRÍA DEL VIVIR
- XXI. — EFICACIA PERSONAL
- XXII. — DELANTEROS Y ZAGUEROS
- XXIII. — SED BUENOS CON VOSOTROS MISMOS
- XXIV. — PERFECCIONAMIENTO INDIVIDUAL

Cada tomo en rústica: 5'50 pesetas.

Encuadrado en tela con estampaciones en oro: 7 pesetas.

OBRAS MORALES

DEL INSIGNE TEÓSOFO
RALPH WALDO TRINE

En armonía con el infinito (3.^a edición).

Un tomo de 208 págs. en rústica, 3 pesetas.—Encuadrernado en tela, 4 pesetas

La ley de la vida (2.^a edición).

Un tomo de 180 págs. en rústica, 2'50 ptas.—Encuadrernado en tela, 3'50 ptas.

Vida nueva (2.^a edición).

Un tomo de 184 págs. en rústica, 2'50 ptas.—Encuadrernado en tela, 3'50 ptas

El credo del caminante (2.^a edición).

Un tomo de 88 págs. en rústica, 1'50 ptas.—Encuadrernado en tela, 2'50 ptas

El respeto a todo ser viviente (3.^a edición).

Un tomo de 96 págs. en rústica, 1'50 ptas.—Encuadrernado en tela, 2'50 ptas.

La mejor ganancia (2.^a edición).

Un tomo de 112 págs. en rústica, 1'50 ptas.—Encuadrernado en tela, 2'50 ptas.

Renovación social (2.^a edición).

Un tomo de 160 págs. en rústica, 2'50 ptas.—Encuadrernado en tela, 3'50 ptas

Lo mejor de lo mejor (1.^a edición).

Un tomo de 128 págs. en rústica, 2'50 ptas.—Encuadrernado en tela, 3'50 ptas.

Mi filosofía y mi religión (1.^a edición).

Un tomo de 186 págs. en rústica, 2'50 ptas.—Encuadrernado en tela, 3'50 ptas.

La formación mental del carácter

Un tomo de 186 págs. en rústica, 2'50 ptas.—Encuadrernado en tela, 3'50 ptas.

Las facultades superiores (Mente y Espíritu)

Un tomo de 186 págs. en rústica, 2'50 ptas.—Encuadrernado en tela, 3'50 ptas.

El mundo en la mano (Dominio de la voluntad)

Un tomo de 186 págs. en rústica, 2'50 ptas.—Encuadrernado en tela, 3'50 ptas.

NUEVA BIBLIOTECA DE CIENCIAS VARIAS

ROBERT M. WATSON

El Espiritismo y la Astronomía

(LOS LUGARES DE ULTRATUMBA)

W. WUNDT

Hipnotismo y Sugestión

PAUL H. DAVIS

El Pensamiento y la Salud

(TERAPÉUTICA MENTAL)

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ



